ROBERTO VAQUERO

DURO DE PELAR



Juan es un curtido portero en la noche madrileña que navega por una realidad cruda y sin filtros. Cada madrugada debe enfrentarse a personajes de diferente calaña, situaciones límite y la decadencia de una sociedad que solo revela su verdadera cara cuando se apagan las luces. Ha visto lo que nadie se atreve a mirar y ha escuchado lo que nadie quiere oír.

En sus ratos libres, usa toda esa información que recopila por la noche para trabajar como detective privado y encargarse de los casos que la policía evita, los que todos prefieren ignorar. Pero esta vez, su habilidad para moverse entre las sombras le lleva a un caso que pondrá a prueba todos sus límites: la caza de un violador en serie que campa con total impunidad.

En un Madrid donde sexo, vicio e inmoralidad se dan la mano, Juan se enfrentará a un enemigo que siempre va un paso por delante. Para sacar la verdad a la luz, deberá romper las reglas que conoce y sumergirse en las sombras más profundas.

Roberto Vaquero

DURO DE PELAR

Título original: *Duro de pelar*
Roberto Vaquero, 2026
Diseño de cubierta: Pedro Viejo

Revisión: 1.0

Quiero dedicar esta novela a Alicia Sanz,
para no variar. Gracias por apostar
por mí y apoyarme en todo.

También extiendo la dedicatoria a
Sandra, la mujer de mi vida:
todo lo que hago es por ti.

PRÓLOGO

Era una noche de sábado muriendo en Malasaña como cualquier otra, las habían invitado a irse de la sala Nasti apenas hacía unos minutos. Era uno de los lugares referenciales del indie madrileño, una sala de conciertos que se convertía en discoteca a partir de cierta hora. Antro donde los haya, de los que te quedas pegado al suelo y los baños son lo más antihigiénico que puedes encontrar en toda la zona, con permiso del Nueva Visión, por supuesto, que no se ha vuelto a limpiar desde la inauguración en los años ochenta.

Eran las últimas personas en salir, ya pasadas las seis de la mañana, y los porteros querían acabar su jornada laboral, cobrar e irse lo más rápido posible hacia sus casas. El grupo estaba formado por cuatro mujeres jóvenes y atractivas que habían conseguido beber mucho y gratis, gracias a su actitud desinhibida y a que en esa discoteca solía haber mucho pagafantas.

Dentro hacía calor y olía a humanidad y alcohol reconcentrado, pero fuera tampoco es que hiciera fresquito. Ese año, junio había venido fuerte, con olas de calor, y las noches eran tórridas. Las chicas iban con tacones con el pie al descubierto y vestidos cortos ajustados con escote. Muchas jóvenes con poco carácter y con una irrefrenable necesidad de gustar a los hombres iban con un repertorio más propio de una actriz porno que de alguien que quería salir un rato.

Una de ellas, Bárbara, con un vestido corto ajustado rojo y con

una melena rubia lisa suelta, estaba más ebria que el resto, apenas se sostenía en pie. Se tambaleaba de un lado a otro hasta que consiguió apartarse de toda la gente que estaba saliendo del Nasti. Sus amigas comenzaron a hablar con unos modernos que se habían encontrado en el batiburrillo que se juntaba cada día desde la puerta del local casi hasta el cruce con la calle Dos de Mayo. El aspecto de ellos era ridículo, con sus bigotillos y su ropa desgastada de otra época.

—No son más que niños pijos yendo de lo que no son —comentó por lo bajo Matei, el portero rumano del Nasti, mientras renegaba con la cabeza. Era el que estaba más fuerte de todos con diferencia, iba con el pelo rapado y tenía la mecha corta.

—¿Qué me vas a contar a mí que no sepa? —respondió Juan, otro de los porteros. Algo más alto, bastante tatuado y más espigado que su compañero—. No puedo con los *pi-hippies*.

Estaban los dos juntos, uno a cada lado de la vieja puerta metálica gris de la discoteca, controlando el final de la jornada, evitando que nadie más intentara entrar de nuevo.

Las chicas estuvieron por lo menos media hora ligando con los modernos, escuchando sus halagos y sus proposiciones de seguir con la fiesta en otro sitio. Todo ese tiempo, Bárbara estuvo apoyada en unos cubos de basura viejos y malolientes que había junto a la fachada del Nasti. Vomitó un par de veces. Tenía los ojos llorosos, luchando por mantenerse en pie. Intentó llamar a sus amigas varias veces, pero estaban demasiado ocupadas para hacer caso a esa amiga «que no sabía beber».

La calle se fue despejando, hasta quedar solo las amigas de Bárbara y los cinco modernos con los que estaban hablando. Las tres chicas estaban deseando moverse ya de allí, pero su actitud era dispar: dos querían irse a la casa de uno de los chicos con todo el grupo y la otra quería volver a su casa. Uno de los modernos, vestido con pitillos, con una camiseta raída de un grupo de música y con un bigotillo ridículo de artista del circo, agarró a la chica que quería irse a casa y tiró de ella hacia él mientras trataba de

convencerla.

—Eh, intento de Luigi —gritó una voz grave y autoritaria—. Suelta a la chica inmediatamente —ordenó avanzando con agresividad hacia ellos.

El moderno se quedó blanco en el acto, por más bebido que fuera no quería problemas con Juan. Medía por lo menos metro noventa y era famoso por ser resolutivo y por llevar guantes de cuero. Así que los modernos no se pusieron chulos y dejaron a la chica en paz al instante.

El grupo de chicas se dividió y la que se quedó empezó a buscar a su amiga Bárbara, que ya no se encontraba junto a los cubos de basura, el resto se fue caminando hacia el metro sin preocuparse de nadie ni de nada. La chica siguió buscando a su amiga, pero no había rastro de ella. Llamó a su teléfono, daba tono, pero nadie contestaba. Insistió hasta que saltó el buzón diciendo que el número al que estaba llamando estaba apagado o fuera de cobertura.

Juan, que estaba observando la escena, torció el gesto.

—Vuelve a llamarla otra vez —intervino temiéndose que el móvil pudiera haber sido robado.

—No da tono ya —respondió la chica empezando a preocuparse.

—Bueno, no te preocupes —intentó tranquilizarla abriendo las manos con las palmas hacia ella—, estaba bastante borracha, seguro que está por aquí cerca o ha pillado un taxi para irse a casa.

La chica estaba temblando por los nervios, con el maquillaje algo corrido y con la cara descompuesta.

—¿Me ayudas a buscarla, por favor? —le pidió acariciándole el brazo y acercándose a él.

Suspiró y renegó con la cabeza justo antes de mirarla.

—Gracias, gracias, gracias —respondió de forma acelerada colgándose de su brazo derecho.

Juan llevaba una camiseta negra ajustada que dejaba ver sus brazos tatuados hasta las muñecas. Hizo un gesto con la mano y se pusieron en marcha. «La verdad es que la chica es guapa», pensó mientras arrancaba a andar. Era morena y con el pelo largo y liso

hasta la baja espalda. Una de esas mujeres que llama la atención de cualquier hombre.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Juan mirándola a aquellos ojos pardos tan bonitos.

—Laura —respondió la morena mientras se frotaba las manos de forma nerviosa sin parar.

Comenzaron yendo hacia la calle del Dos de Mayo a mirar si estaba cerca del obrador que había a apenas una docena de metros del Nasti. Juan siempre iba tras terminar su jornada a por unos cruasanes o una palmera. Uno de los trabajadores les dejaba los bollos a cincuenta céntimos, así que siempre pillaban cantidad para llevar. El olor a pan recién hecho impregnaba el ambiente. A Juan siempre le parecía que era un olor similar al de los piñones, aunque nunca nadie le daba la razón.

Era mejor ese olor que el de botellón que había antes de que empezaran a hornear el pan. Todo el suelo de la calle estaba sucio, con latas de cerveza tiradas por doquier y vasos de mini aplastados. La gente era bastante poco cívica en esa zona. Por no hablar del olor a orín que muchas esquinas desprendían.

Eran ya casi las ocho de la mañana y las calles empezaban a vaciarse, a Juan le gustaba ese momento, excepto por los borrachos rezagados, porque se respiraba una paz que era difícil de encontrar en cualquier otro momento de la noche. El ruido iba desapareciendo según se aproximaba el momento en que salían los primeros rayos de sol.

Buscaron por todas las callejuelas que circundaban el Nasti en dirección a la plaza del Dos de Mayo y hacia el metro de Tribunal, pero no encontraron nada, por lo que decidieron regresar a mirar en dirección a San Bernardo. Todas las calles eran estrechas, aunque fueran largas como la calle de la Palma. Había mucha callejuela oscura, sucia y tétrica por todo el barrio.

Subieron por la calle San Vicente Ferrer y cuando pasaron por el cruce con la calle de Santa Lucía junto a unos cubos de basura sucios le pareció ver algo raro a Juan.

—Espera un momento aquí —le dijo a Laura, torciendo el gesto y avanzando con cautela.

Vio algo rojo parecido a un vestido, estaba en el suelo junto a un cubo amarillo, el típico de los plásticos. Se acercó con cautela y lo que descubrió no le gustó nada, junto al vestido había un tanga roto. Cuando levantó la mirada vio algo que le gustó todavía menos.

«Mierda», pensó. Justo delante de él, detrás de otros cubos y rodeado de una montaña de basura que gente incivilizada tiraba directamente al suelo, había un cuerpo de mujer desnuda boca abajo. La melena rubia la tenía sucia y revuelta.

Se giró y avanzó un par de pasos hacia Laura, que esperaba hecha un flan en el cruce.

—¡No te muevas! —ordenó gritando. La chica hizo ademán de acercarse, pero la pose y la cara de Juan no admitían réplicas—. ¡Quédate ahí, coño! Llama a la policía, ¡y no te acerques, joder!

La pobre Laura se quedó petrificada, aterrada por lo que pudiera haber visto Juan, incapaz de llamar, con el móvil en la mano y temblando.

—Mierda, ya llamo yo, pero quédate ahí. Me cago en la puta. ¡Hazme caso! —volvió a gritar señalándola.

Juan se acercó a Bárbara mientras llamaba a la policía, le tomó el pulso y se dio cuenta de que estaba muerta. A simple vista parecía que la habían violado y estrangulado, pues tenía múltiples marcas de violencia en el cuello y la cara hinchada y amoratada.

La policía tardó tan solo unos minutos en aparecer, una patrulla se encontraba por los alrededores.

VELARDE, 18

La hora de entrar a currar se estaba acercando, Juan siempre se vanagloriaba de no llegar tarde, ni al trabajo ni a nada. Había conseguido aparcar su Ford Ka rojo justo a la entrada de San Vicente Ferrer, casi enfrente de los Apartamentos Tribunal. Avanzó raudo, esquivando a la gente que ya empezaba a moverse por las calles en busca de sus bares favoritos, por lo menos a esa hora la gente todavía no iba demasiado alcoholizada. Eran las diez y veintiocho, el barrio empezaba a ebullir como todos los viernes. En un par de horas no se podría ni andar sin estar esquivando a los grupitos de gente.

Iba como siempre, con su abrigo, gorro y guantes de cuero, todo negro. Estaba bien afeitado y con la cabeza rapada. Avanzaba andando a buen ritmo, rápido, pero sin llegar a correr. Volteó su mano izquierda, miró su reloj y apretó el paso. Llegó a la esquina del bar Freeway y giró a la derecha por la calle Corredera Alta de San Pablo. A la altura de la Chopper Monster había un grupo de *rockabillies* que le saludaron.

—Llego tarde, chavales. Nos vemos —dijo a modo de disculpa evitando que se pusieran a hablar con él y le hicieran atrasarse.

Siguió caminando. Acostumbraba a observarlas pintadas y pegatinas que había en Tribunal por todas partes, pero ese día no se lo podía permitir. En la esquina del bar Pentagrama había varios relaciones públicas de los garitos de la zona intentando atraer a

potenciales clientes. Entre ellos estaba Claudia, una chica joven, un poco pasada de peso, pero atractiva, que solía flirtear con Juan. Ese día iba con un vestido corto color magenta, deslumbrante.

—Bonito sombrero, Clau. A ver si hablamos luego, que llego tarde —le saludó Juan con la mejor de sus sonrisas.

—Espérate, anda, no seas así —su voz era dulce y acaramelada —. Quédate un poco conmigo —respondió acercándose y poniéndose delante de él.

Juan la agarró de los brazos y girando la cabeza para no chocarse con el ala del sombrero le plantó un beso en la mejilla derecha.

—Luego hablamos, Clau, que no quiero llegar tarde.

Esquivó a una sonrojada Claudia y siguió andando a toda prisa hacia la calle Velarde. Ella se quedó embobada mirando a Juan alejarse. Los otros relaciones comenzaron a reírse y a hacer bromas.

—Pues no sé de qué os reís. La envidia es muy mala —respondió con un tono de burla mientras se iba en busca de clientes.

Juan giró en la calle Velarde, justo delante de la tienda de chucherías, y avanzó pasando las tiendas de ropa *vintage* y el Nueva Visión, que a esa hora estaba aún vacío. El Sammy, el dueño del bar, estaba en la puerta, borracho como siempre y con cara de alelado.

—¡Vamos, chaval! —saludó con esfuerzo y con un tercio de Mahou en la mano.

Hizo un amago de pegar unos puñetazos al aire de broma. Siempre decía que era un experto en artes marciales. Como sabía que Juan competía en *kickboxing* siempre le daba la tabarra con sus historietas, la mayoría de carácter fantástico. Por mucho ímpetu que tuviera al contarlo, cualquiera podía darse cuenta de que era un poco fantasma, siendo bastante generosos.

La calle ya estaba hecha un asco, llena de restos de botellas, bolsas de basura variada y restos de comida. Por mucho que Ayuso cuidara el centro, el resto de Madrid le daba igual, la incivilidad de la gente tenía más fuerza. Esta mezcolanza de inmundicias hacía que, en algunos lugares, especialmente junto a los cubos de basura a

rebosar y con bolsas a su alrededor en el suelo, un hedor intenso y desagradable llegara hasta los transeúntes. No era la primera vez que había una plaga de ratas en el barrio.

Llegó a la puerta de La Vía Láctea a las diez y veintinueve. Moisés estaba en la puerta. Era el jefe de los porteros, bajito pero ancho. De joven había sido culturista y rondaba los cuarenta años, aunque aparentaba más: tenía muchas arrugas en la cara. Estaba un poco más pesado de lo que debería, pero era fuerte como una montaña. Miró su reloj con una sonrisa.

—Por los pelos, teníamos una apuesta Nuria y yo sobre si llegabas tarde. Me has hecho perder la apuesta por unos segundos.

—Por un minuto —se limpió el sudor de la frente de llegar a paso vivo.

—Menos, ni veinte segundos, qué lástima —hizo una leve pausa mirando de nuevo el reloj—. Bueno, entra dentro para que te vea el jefe y quédate en la puerta conmigo hasta que venga más gente.

—A la orden —se cuadró como si fuera un militar.

Entró por la puerta y se dirigió a la primera barra. Allí estaba la rubia más espectacular del bar, no solo por su atractivo o su físico, sino por cómo era: buena persona, divertida, cercana y cañera cuando tenía que serlo. Tenía una sonrisa de las que te dejaban sin habla y una actitud alegre que se contagiaba. Era una *hardcoreta* de manual, pero del hardcore punk, no del electrónico. Iba con unos pantalones cortos ajustados, la melena rubia al viento y una camiseta *oversize* sin mangas de Agnostic Front.

—¿Qué pasa, puta rata? Imbécil, anormal —saludó como solían hacerlo agarrándole del cuello e inclinándose sobre la barra para plantarle un beso en la frente.

—Bien, escoria inmunda, zorrón verbenero —respondió Juan con una amplia sonrisa—. ¿Está Vicente? Tengo que dejarme ver.

—Sí, está en su despacho —contestó mientras cogía un vaso.

Juan se dirigió hacia el despacho. El encargado, pues la dueña era su tía, era Vicente: cincuentón, alto, delgado y bastante calvo, aunque él creía que no. Era un moderno petulante al que le había

caído el cargo por lazo familiar. Además, tocaba en un grupo medio famoso de rock, Los Pintamonas. Estaba casado, pero no le hacía ascos a nadie, de hecho, tenía un rollo desde hacía años con una subencargada, Olivia, una cuarentona morena que quería ser actriz y que desperdició sus mejores años detrás de Vicente.

Estaba en su mesa mirando unos documentos. Cuando no estaba acosando a alguna chica miraba papeles.

—Ya estoy aquí, Vicente —se anunció Juan tras tocar la puerta dos veces.

—Perfecto, perfecto —respondió el jefe sin levantar la cabeza—. Ve a la puerta —ordenó haciendo un gesto con la mano algo despectivo en dirección a la misma.

«Si no fuera el jefe le tortearía —pensó Juan saliendo y respirando con fuerza—. Menudo maleducado».

La Vía estaba bastante limpia y poco concurrida a esa hora, solo había una veintena de personas en la planta baja y un par de parejas en la alta. Nada más salir del despacho había una barra, justo después estaba la parte más amplia de la sala principal, que tenía un billar en el medio; esta zona estaba un poco más elevada. Por la izquierda, y continuando hacia la entrada, había otras barras. La cabina de música estaba junto a la barra principal, justo detrás de esta había una estancia privada que comunicaba con una puerta que iba a la calle, sin ser la de la propia entrada del público. Esa sala también comunicaba con un pasillo que iba a unas escaleras que subían sin pasar por las zonas con público hasta la parte de arriba. Además, había otras salas en la zona superior donde guardaban cuadros y objetos valiosos.

Los taburetes eran de madera, los clásicos, y el baño, que estaba justo antes del billar, no era muy higiénico; la entrada era una puerta de vaivén, típica del oeste, que una vez traspasada dejaba a mano izquierda el baño de hombres y a la derecha el de mujeres. Una de las tareas principales de los porteros era evitar que la gente se metiera cocaína en el servicio.

La Vía Láctea era un local histórico de Tribunal, existía desde la

movida madrileña y había conservado su esencia hasta entonces. Estaba decorado con carteles, pintadas, dibujos de artistas famosos y luces de colores, muchas luces. Tenía un estilo bastante rockero, aunque la música que ponían era más comercial.

Juan tenía un turno de diez y media a tres y media, y le pagaban setenta euros por noche. A Moisés le pagaban más, pues entraba a las nueve de la tarde.

—Deja de moñiguear con la rubia y ponte a trabajar —le regañó a Juan.

—Pero si no he hecho nada —respondió encogiéndose de hombros y riéndose.

—Ya, siempre estás igual, Don Juan —rio Moisés pasándole un contador metálico gris—. No soy yo, son ellas que vienen atraídas por mi perfume —le imitó poniendo voz aguda y haciendo caras.

Juan debía picar a la gente que salía y Moisés, que tenía otro, a los que entraban. Así podían controlar con facilidad el aforo del local. Dejaban entrar a doscientas personas, ni una más. La noche empezaba como siempre.

* * *

Junto al bar El Laberinto, una tasca de viejos reconvertida de las de toda la vida y dirigida por Pepe, un borrachín de mediana edad que había sido legionario en su juventud, había un local que nunca funcionaba muy bien, cada poco tiempo cambiaba de dueños y se reconvertía a sus gustos o proyectos, en aquel momento se llamaba Bambú Café. Era de pequeñas dimensiones y tenía enfrente a La Vía Láctea, que se llevaba a la mayoría de clientes potenciales. Había adquirido el local un napolitano marronero que había sido policía y, a saber por qué motivos, había abandonado su país para dedicarse a la hostelería. Su novia era la clásica belleza italiana: morena, alta, con curvas y con labios carnosos. Tenía por lo menos diez años

menos que él. Siempre iba despampanante, bien maquillada y con vestidos y minifaldas que quitaban el hipo. Ponían música comercial de la peor, la decoración parecía artificial y no encajaba con el tipo de garitos del barrio.

El napolitano, Paolo, saludó desde lejos a Moisés y Juan cuando salió a fumar, bastante nervioso, sobre la una de la madrugada. Tenía los ojos rojos y hacía gestos forzados. Debía de llevar unas cuantas copas encima.

—¿Y ese borracho? —preguntó Juan con desagrado.

—Es nuestro nuevo vecino. Ha estado aquí antes y es simpático. No te dejes llevar por tus prejuicios. ¿Has pensado alguna vez que es un poco raro que trabajando en un *pub* tengas ese odio hacia la gente que bebe?

—Bah, no es odio. Simplemente no me gustan los borrachos.

—Pues eso digo —se encogió de hombros riéndose—. Además, seguro que su novia te cae mejor.

—Si bebe como él, lo dudo —sentenció incómodo mirando hacia otro lado.

Aún no se había hecho cola para entrar, aunque poco faltaba para que se empezara a formar. Cada vez venía más gente y el aforo estaba a punto de completarse. Ana y sus dos amigas, apodadas por Moisés como Pili y Mili, llegaron con alegría a la puerta del local. Desde hacía un tiempo todo el mundo las llamaba así, hasta ellas mismas usaban los apodos.

—Buenas, chicos. ¿Qué tal va la noche? —saludó Ana dando dos besos a cada portero.

Era una chica joven que siempre vestía con colores extraños, acababa de cumplir diecinueve años, era habitual del bar desde el mismo día de su decimoctavo cumpleaños. Siempre andaba risueña y feliz, era pelirroja y tenía múltiples pecas en el rostro. Sus amigas parecían gemelas, aunque no lo eran; siempre vestían igual, eran rubias y con rasgos suaves.

—Pasad rápido, chicas. Voy a cortar la entrada ya —respondió hosco Moisés metiéndose las manos en los bolsillos de la pechera de

su abrigo.

—Luego hablamos, chicos. Nos metemos a bailar —respondió Ana guiñando un ojo a Juan y contoneándose.

Entraron y se pusieron a canturrear y bailar según pusieron un pie dentro del bar: no lo hacían demasiado bien.

—Qué bien me caen estas chicas —dijo Juan mirando hacia el interior del bar—. Son demasiado inocentes para este lugar.

—Anda ya, son mayorcitas, chaval. Si vienen a este bar es a cazar, ¿o te crees que vienen a bailar? —Dio una palmada al aire para llamar la atención de Juan—. Espabila, joder.

—Estás un poco bastante obsesionado con el sexo, Moisés —respondió Juan mirando de nuevo por la ventanilla en forma de ojo de buey que tenían las puertas del bar.

Las chicas fueron directas a la última barra, donde se encontraba un camarero que no le gustaba mucho a Juan. Era Tomás, célebre por invitar a chicas a beber e intentar beneficiárselas a cambio.

Al poco tiempo cortaron la entrada y se formó una fila hacia la plaza del Dos de Mayo. Aquel día hacía mucho frío. Juan aguantaba mejor que Moisés, que no hacía más que golpear con los tacones el suelo y frotarse las manos.

Paolo salió de su bar tambaleándose, cada vez estaba más borracho y empezó a gritar tonterías. Un latero pasó junto al bar y se puso agresivo con él, tras empujarle, le dio una patada en el culo dirigiéndole calle abajo. A decir verdad, los lateros eran como una mafia, no era gente inocente buscándose la vida. Trabajaban para un jefe que era un mafioso de manual.

Aunque Juan sabía que ese pakistaní sobraba allí, no le hizo ninguna gracia que el napolitano se estuviera extralimitando. Se le puso esa mirada fija previa a la entrada en acción.

—Venga, chaval —le interpeló Moisés para evitar un conflicto—. Ve a hacer la ronda y deja de querer convertirte en el superhéroe de la jornada —abrió la puerta y le conminó a entrar.

La ronda consistía en pasearse por todo el bar, planta superior y baños incluidos, para ver si había algún problema o si los camareros

necesitaban algo. Juan empezó metiéndose por detrás de la primera barra y fue preguntando a todos si necesitaban algo. El bar estaba bastante lleno y tenía que ir esquivando a la gente. La música estaba demasiado alta para su gusto, sonaba «En mi coche», de Hombres G.

En la segunda barra estaba Saúl, apodado por Juan como Maraca, aunque se lo llamaban mutuamente. Estudió ingeniería y llevaba el brazo derecho a medio terminar, solo tenía la línea del tatuaje, con unas carpas japonesas. Era un poco dado a beber y bastante pendenciero, pero era un buen tío y un gran compañero de trabajo, cosa que no se podía decir de otros.

—Maraca, ¿todo bien? —dijo Juan agarrándole del cuello y zarandeándole.

—Quita, cabrón —se soltó del agarre e hizo ademán de darle un puñetazo de broma.

—Puedes echarle un ojo a Ana —le pidió hablando a su oído—. No me fío nada de Tomás.

—Bien que haces. Esa basura nunca trama nada bueno. Y ahora ponte a trabajar, gandul, pedazo de haragán, rojo de postín. Mi querida España no se va a levantar sola.

Juan sonrió y siguió andando, bordeando el billar hasta la última barra. Tomás se acercó a saludarle de forma demasiado efusiva, como hacen todos los falsos. En la barra estaban Ana y sus dos amigas, un poco más contentas de lo que deberían a esas horas.

—Ten cuidado con Ana, Tomás. No me gustaría que le pasara nada malo —dijo Juan mirándolo a los ojos.

Este se sintió incómodo y respondió lo que menos debía.

—No te preocupes, Juan —sonrió con malicia y le guiñó un ojo—, yo cuido de forma detallada a todas las mujeres.

El tonito y la cara de *fuckboy* no le hizo ninguna gracia a Juan, que tensó sus músculos y se echó un poco hacia delante.

—Como te pases con ella vamos a tener un problema, Tomás. No te lo estoy diciendo a broma. —Se dio la vuelta y se fue a revisar los baños, dejando a Tomás sorprendido e indignado.

Tanto el servicio de hombres como el de mujeres estaban vacíos, sucios y malolientes, pero sin nadie dentro. Avanzó hacia la estrecha escalera que llevaba a la planta superior. En la barra estaba Luisa, una chica joven de rizos morenos que había sido competidora de judo durante muchos años. Tenía un físico llamativo, que acompañaba con una eterna y bonita sonrisa y unos ojos verdes hipnóticos. No había casi nadie, solo dos parejas en la zona de los bancos. La parte de arriba estaba decorada con carteles en casi su totalidad, había un espacio amplio en el que se encontraba la barra y una zona supletoria a mano derecha de la escalera en la que había banquitos. También había una vieja máquina de tabaco.

Tras saludar a Luisa volvió por donde había venido, en aquella ocasión no fue por la salida de emergencia y la galería lateral hasta salir a la puerta de nuevo.

—Todo en orden… —comenzó a decir nada más salir a la calle, hasta que vio a Paolo dar un bofetón a su novia.

Moisés intentó pararle, pero era demasiado pesado para tener la velocidad suficiente para conseguirlo. Juan se zafó de él y fue directo hacia el italiano.

—¿Qué? *Pezzo di merda*. ¿Qué coño quieres? —Se enfrentó a Juan levantando el mentón intentando compensar los veinte centímetros que le sacaba el portero.

No hubo más respuesta que un sonoro cabezazo que tiró hacia atrás al italiano con la nariz sangrando. Juan intentó volver a pegarle, pero la novia de Paolo se lanzó contra él arañando y golpeando. Moisés tiró de Juan hacia atrás y se interpuso. Los dos italianos insultaban sin parar a Juan, pero mantenían la distancia por si se zafaba otra vez de su compañero y volvía a atacarles.

Se armó un gran revuelo en la calle, pero antes de que los móviles entraran en acción todo se había detenido. Moisés llevó a Juan hacia la puerta y la novia del napolitano hizo lo propio con Paolo. La cohorte de curiosos no tardó en disolverse y seguir a sus cosas.

—Puto espagueti de los cojones, puto maltratador de mierda —

dijo Juan intentando zafarse de Moisés.

—¡Para ya! No es tu movida. Ni se te ocurra meterte en cosas de pareja —se encaró y le dio con el índice en el pecho.

—Pero ¿qué dices? Ha pegado a su novia —señaló con el brazo derecho hacia el bar del napolitano.

—Tú estás trabajando, no te pagan por ser Robin Hood, coño. Tienes veinticinco años, no tienes edad para estas gilipolleces. Vete a dar una vuelta por dentro y respira hondo —le mandó empujándole despacio hacia la puerta.

Juan renegó con la cabeza, espiró y se introdujo en el bar.

—Estos chavales —reflexionó en voz alta Moisés—. Se meten en guerras que ni les van ni les vienen.

El bar estaba hasta arriba, era bastante difícil abrirse paso entre la gente, estaba más que claro que el aforo se había sobrepasado, pero, llegados a cierta hora, a Vicente le salía la vena usurera y les obligaba a meter a más gente. El día que llegara una inspección se iban a reír todos menos él. Hizo la ronda habitual y poco a poco se fue relajando.

Le hubiera gustado hablar un poco con Nuria, pero estaba desbordada. Era una auténtica máquina trabajando. La barra principal de La Vía Láctea no era para cualquiera. Cuando pasó a su lado se acercó a él sin salir de la barra, le pegó una colleja y le tiró un beso. Este respiró pausado mientras la miraba, sonrió y se fue hacia los baños.

Cuando se asomó no se podía creer lo que vio.

—¡Eh, parad! —gritó con voz grave. Al ver que no lo hacían, entró en acción sin mostrar un ápice de duda.

Pili se la estaba chupando a un *mod* barrigón y casi cincuentón amigo de Tomás. «Lo que me faltaba por ver», pensó Juan justo antes de coger de la pechera al personaje en cuestión y sacarlo a rastras sin darle ni la oportunidad de guardarse el pene. Intentó hacerlo mientras era arrastrado con fuerza y rapidez hacia la puerta, pero no lo consiguió, estaba demasiado borracho.

La gente se iba apartando ante el empuje de Juan. Llegó a la

puerta, la abrió con la mano izquierda y con una gran muestra de potencia lanzó al *mod* al medio de la calle. Moisés se apartó extrañado.

—¿Qué ha pasado, chaval? —preguntó activándose.

Aunque Moisés parecía tranquilo, cuando pasaba un incidente se volvía agresivo y resolutivo. Al ser tan grande resultaba bastante gracioso verle con tanto movimiento, excepto si iba a por ti. Tenía una fuerza fuera de lo normal. Una vez lanzó a un camorrista por encima de un coche con una sola mano, dejándole para el arrastre tendido en el suelo. Se acercó al *mod* para hacer que se levantara, cuando le volteó vio que tenía su modesto pene al aire.

—¡Ahrg! Hijoputa. ¿Qué haces con el pichulín fuera? —Reaccionó echándose hacia atrás con cara de asco.

—Fuera de aquí, pervertido —le ordenó Juan dando un paso hacia él.

El *mod* no se lo pensó, se guardó el miembrecillo y se fue corriendo avergonzado en dirección al metro de Tribunal.

—¿Me lo puedes explicar? —preguntó riéndose a carcajadas Moisés y señalando hacia donde se había ido el *mod*.

—Le he pillado haciendo guarrerías en el baño con Pili. Les he dicho que paren y han pasado del tema —hizo una leve pausa—. No entiendo cómo en un baño en el que el interior se ve desde fuera, hacen estas cosas. De verdad que no lo entiendo —renegó con la cabeza.

—¿Qué dices? ¿Cómo no vas a entenderlo? A la gente le gusta meterla, es la naturaleza humana. Y te digo más, la culpa es de estas niñas —señaló hacia el interior—, que cada día son más putas.

—No, esto es cosa de Tomás —señaló hacia el interior del bar—. Ese imbécil es su amigo. Voy a hablar con los dos.

—No —le agarró del brazo con fuerza—. Espérate un rato, que hoy estás con el genio subido.

—Pfff, será culpa mía…

—Un poco sí, la verdad —respondió sonriendo.

* * *

Cada vez que Paolo salía a fumar estaba más y más doblado. Por suerte para todos, su novia se había ido hacía una hora, no sin antes mirar mal a Juan. Este, cada vez que oteaba al italiano, solo pensaba en retorcerle el pescuezo. Moisés tuvo que sujetarlo una vez que le dijo «qué» desde lejos y tambaleándose. Sería mejor que tuviera cuidado cuando se fuera del bar, como coincidiera con Juan no lo iba a pasar precisamente bien.

Eran casi las tres cuando el italiano, más bien uno de sus camareros, decidió cerrar el bar y dar por terminada la noche. Se fueron juntos bajo la atenta mirada de Juan hacia la plaza del Dos de Mayo.

—Pitbull, respira, hazme el favor de dejarlo pasar —intentó tranquilizarlo Moisés—. Al final te vas a buscar un problema con Vicente por un borracho de mierda.

La única respuesta que tuvo fue un refunfuño ininteligible en voz baja. Pasados unos minutos Moisés rompió el silencio.

—Bueno, chaval. Cuéntame qué tal tus aventuras de Detective Marciano.

—No hay mucho que contar esta semana.

—Joder, algo habrá —protestó Moisés.

—Nah, estoy pensando en dejarlo. —Dejó de mirar al frente y se giró hacia su compañero con una botella pequeña de agua en la mano—. He hecho bastantes trabajos para Manuel, pero ya no quiero seguir trabajando con él. Me paga muy poco para todo el trabajo que hago, aunque he aprendido bastante de cómo investigar, hacer seguimientos y cosas por el estilo.

—Anda ya, ahora eres James Bond. Ja, ja, ja —rio echándose hacia atrás.

—Ríete lo que quieras, pero me manejo bastante bien. Soy capaz

de hacer buenas averiguaciones.

—¿Es tu alumno en clase de *kickboxing*? —preguntó alargando la mano para que le pasara la botella.

—Sí, ¿y qué? —contestó dándosela.

—Pues que le digas que te pague más. Me dijiste que llevabas tres años, ¿no?

—Cuatro.

—Pues eso. Si tienes confianza dile que te pague más. No eres su chico de los recados.

—No —respondió tajante—, el día que me saque el título me montaré algo por mi cuenta de forma legal. Aunque aún voy a seguir haciendo trabajillos de vez en cuando en «b».

—Entonces en nada ya no estás pluriempleado. —Moisés bostezó abriendo la boca cual oso pardo.

—Si no encuentro clientes para este tipo de trabajos me temo que sí. —Su tono era algo apagado, con cierta preocupación—. Tengo que buscarme algo más para llegar a fin de mes. Estoy empezando a mirar cosas ya.

—Quizá tenga algo que ofrecerte —le guiñó un ojo—, lo mismo te consigo una entrevista para la semana que viene.

—¿De qué?

—Ya te diré. Ahora vete a hacer la ronda final —hizo un gesto con el pulgar hacia el interior del local—, luego o mañana seguimos hablando —finalizó la conversación haciéndose el interesante y riéndose de nuevo.

El local ya estaba medio vacío, se podía andar sin tener que apartar a treinta personas de tu camino. La música seguía alta, pero el barullo de la gente había disminuido. Dio una vuelta por la sala de abajo y no vio nada extraordinario. No le apetecía subir a la planta de arriba, vio que Ana y sus amigas seguían en la barra de Tomás, pero este mantenía la distancia un poco más que de costumbre.

El DJ entraba más tarde que los porteros a trabajar, antes que él pinchaba Vicente, que no dudaba en remangarse y hacer algo si podía ser aún más tacaño. Estaba en la cabina en su momento

culmen, dándolo todo, sin duda fruto de que era un cocainómano. Se llamaba Carlos y era un moderno pasado de vueltas, barrigón y con el pelo grasiento y extraño, repeinado hacia atrás y engominado. Siempre llevaba camisas ridículas y olía fuerte a sudor reconcentrado. Intentó llamar la atención de Juan desde donde estaba junto a la barra principal, este pasó de él y se dirigió hacia la puerta del local hasta que Nuria le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Pocas cosas podían detenerle en medio de una ronda.

—¿Quieres algo, mendrugo? —le dijo Nuria según estuvo en distancia.

«A ti con un lacito», pensó el portero, pero no se atrevió a decirlo.

—Dame un Red Bull, que estoy que me duermo.

—Eso es porque no estás conmigo —respondió girándose hacia la neverita en la que estaban los Red Bull.

«Desde luego», pensó Juan.

—Contigo me dormiría antes —bromeó riéndose y apoyando el brazo derecho en la barra.

—Ya te digo yo que no —respondió seria, pero con mirada de leona. Posó su mano en la de Juan y le arañó hacia ella. Le miró a los ojos, le tiró un beso y se dio la vuelta.

Juan aguantó, pero por dentro estaba que se subía por las paredes.

—Luego te veo, rubita —se despidió intentando hacerse el duro, pero sin conseguirlo.

Nuria solo se rio sin mirarle mientras atendía a un cliente.

Juan se volvió a girar hacia el fondo del local y vio de nuevo a Ana, a Pili y a Mili. Iban cada vez más ebrias. A Juan le daba una gran pena ver a unas chiquillas tan jóvenes beber y drogarse de aquella manera. No pudo aguantarse y se acercó a hablar con ellas.

—Hola, Juan —saludó Ana dando un paso adelante para abrazarle. Su voz seguía siendo alegre y tierna, pero estaba que se caía.

La mantuvo el abrazo, pero sus pensamientos ya estaban con Pili y Tomás. Se zafó de Ana y avanzó con rostro monolítico hacia ellos. Ana avanzó con él, colgada de uno de sus brazos, intentando que le hiciera caso y se olvidara de lo de su amiga.

—Pili, ¿se puede saber por qué te comportas así? Vales mucho más que eso —la interpeló intentando dulcificar su tono grave y varonil.

La pobre chica estaba como una cuba, apoyada sobre uno de los taburetes altos de madera que había por toda la sala. Tenía la mirada un poco ida y una sonrisa más bobalicona de la cuenta. Parecía que se había metido *eme*: tenía las pupilas demasiado dilatadas. Juan esperó unos segundos mirándola con pena y giró su cabeza hacia Tomás, que intentaba mantener la distancia.

—¿La has drogado? —preguntó sin preámbulos acercándose aún más a la barra.

—¿Yo? Claro que no, joder. Yo no hago esas cosas…

Juan apoyó el abdomen sobre la barra y se echó hacia delante todo lo que pudo hacia el interior de la misma mientras miraba fijamente a Tomás con el ceño fruncido.

—Coño, que no —respondió Tomás nervioso echándose su media melena rubia hacia atrás—. Solo ha bebido, mucho, pero solo alcohol, nada de drogas. Te lo aseguro —levantó ambas manos.

—Si te vuelvo a ver, a ti o a cualquiera de tus amiguitos, aprovechándoos de unas crías porque están borrachas, me espero a que termines de trabajar y en cuanto te alejes del bar te arranco la cabeza de cuajo —hizo una pausa para poder insistir en sus amenazas—. Y que sea la última vez que las invitas a más cervezas de las que pueden tomar.

Tomás no dijo nada, intentó mantenerse serio y no provocar una reacción violenta en Juan.

—¿Te ha quedado claro? —insistió Juan.

—Sí, sí —atinó a contestar. Se había puesto pálido, aún más de lo que solía ser, y tenía las manos cruzadas a la altura de la cintura, incapaz de evitar que un tembleque se apoderara de su mano

derecha.

—Más te vale —le señaló con el índice derecho justo antes de volverse y regresar a la puerta.

—Ains, hazme caso, Juan —intentó llamar su atención Ana, tirando de su brazo otra vez.

—Ahora no puedo, pequeña —le contestó Juan acariciando su cara con el torso de la mano.

Ana se quedó sorprendida, tras pasar un par de segundos sonrió y se giró hacia sus amigas. Estaban las dos que no se enteraban de nada y Tomás seguía con cara de circunstancias, apoyado en una nevera.

* * *

—Ya le has leído la cartilla al pobre chaval —dijo Moisés justo antes de meterse en la boca una cucharada de arroz blanco con pollo del táper rectangular que tenía en la mano.

—Hostias, ¿te pones a cenar ahora? Son las tres ya.

Se demoró en contestar unos segundos, lo que tardó en masticar y tragar lo que tenía en la boca.

—Pues cuando puedo, no te jode —protestó haciendo aspavientos con la mano libre, la izquierda—. No me voy a quedar sin cenar porque a la hora en la que tú estás acostumbrado hubiera mucha gente —continuó indignado, metiéndose otra cucharada en la boca.

—Pues yo me he aguantado hasta ahora, ya no voy a comer nada hasta que llegue a casa.

—Así estás, que pesas cuarto de kilo.

—Peso noventa, Moisés.

—Y yo ciento veinte y me sacas cabeza y media. Pareces un esqueleto. ¿Quieres una cucharadita? —Hizo un gesto con la cuchara llena de comida hacia él.

—No, claro que no.

—Tampoco pensaba darte —respondió encogiéndose de hombros y metiéndose otra cucharada en la boca.

Pasaron unos minutos en los que Moisés devoró su táper y una naranja, la cual peló con las manos. La calle estaba bastante tranquila y los clientes iban saliendo poco a poco. La hora del cierre estaba próxima. A las tres cerraban la entrada y ya solo podía salir la gente. Era un método efectivo para que a y media, que era cuando acababa su jornada laboral, no quedara nadie y tardaran en cobrar y cerrar entre diez y quince minutos.

—¿Qué le has hecho al rubito, que no dices nada? —preguntó Moisés con cierto recochineo.

—Le he dicho que no se columpie —soltó Juan sin dejar de mirar hacia el Nueva Visión—, que va demasiado de listo sin serlo.

—Cómo eres, te pones así solo porque quiere follar.

Juan se giró con el gesto torcido hacia Moisés.

—Sabes perfectamente por qué me enfado, deja de intentar defenderle, se merece todo lo que le haga y más.

—Puede ser —abrió los brazos con las palmas hacia arriba—, pero aquí estás trabajando. Dale un respiro al chaval.

Juan no contestó, solo se apoyó en el taburete que siempre tenían en la puerta con las manos metidas en los bolsillos.

Al rato, Moisés fue a hacer la ronda final, en la que se invitaba a salir a la gente. No se movía mucho durante toda la jornada, pero a última hora se convertía en un tiburón. En menos de diez minutos tenía a todo el mundo fuera, y lo normal era que sin un solo alboroto.

Juan esperaba de pie con la puerta abierta en el exterior. Estaba mirando la fachada del laberinto cuando Nuria se acercó por su espalda, le abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Escoria, nos vamos al Sirocco. ¿Te vienes luego? —preguntó animada—. Me han dejado no quedarme a cerrar porque hay un concierto.

«No sé de dónde saca la energía esta chica a estas horas»,

pensó Juan mirando a Nuria embobado.

—Los viernes no puedo, mañana doy clase en el gimnasio. De aquí me voy pitando a mi casa. Tengo que irme hasta Vallecas, tengo un trecho por delante.

—Bueno —respondió comenzando a alejarse—, pero un día de estos no te vas a poder escapar de mí. Ya lo verás, te voy a preparar una buena emboscada.

«Como si yo quisiera evitarte», pensó Juan despidiéndose con la mano con cara de embobado. En apenas unos segundos había desaparecido de la vista.

Ana y sus dos inseparables amigas salieron del bar apenas dos minutos después, de hecho, eran las últimas en hacerlo.

—Nos vamos, guapo —le agarró con ambas manos detrás de la cabeza y bajándolo un poco le dio con torpeza dos besos.

—Descansa y cuida a tus amigas. ¿Mañana nos vemos? —preguntó Juan preocupándose, mirándola con ternura.

—Sí, claro. A ver si mañana sacamos tiempo para hablar.

—Claro, ten cuidado.

Ana sonrió feliz de que no le dijera que no y se marchó calle arriba tambaleándose. Pili apenas podía andar, no llegó veinte metros más arriba y ya estaba potando junto a una papelera.

Moisés salió por la puerta, fue hacia los cubos de la basura y los metió para que los camareros pudieran limpiar y volver a sacarlos llenos de inmundicias. Tras invitarle a entrar en el local cerró la persiana metálica.

—Hora de cobrar, chaval —se congratuló frotándose las manos—. Tú primero —le indicó con un gesto con la cabeza.

Juan fue hacia la oficina que estaba detrás de la barra de Tomás, este debía estar limpiando en otro sitio, porque no le vio por ninguna parte. Entró a la barra por el lateral y empujó la puerta que daba a la estancia en donde se encontraba el repelente de Vicente.

Entró y esperó de pie, mientras el jefe hacía lo que parecía que eran unas cuentas; no era aconsejable interrumpirle en sus ocupaciones. Tenía un humor de mil demonios. Siguió por un rato

mirando unos papeles, con la cabeza un poco agachada, dejando a la luz su coronilla, símbolo de su acuciante calvicie. Tenía el complejo de Peter Pan, intentaba parecer un joven adolescente y debía tener cerca de cincuenta años, y mal llevados.

Contó en un movimiento rápido setenta euros y se los ofreció a Juan sin ni levantar la cabeza. Este los cogió y se dispuso a marcharse.

—¿Todo bien? ¿La noche bien? —preguntó sin apartar la mirada de su mesa.

—Sí, todo bien. Buenas noches, Vicente.

Según salió se encontró a Moisés de frente, que le dio una palmada efusiva en la espalda y se metió a hablar con Vicente. Siempre actuaba de aquella manera para intentar evitar que Juan viera lo que cobraba en realidad. Pero este ya sabía que al ejercer de jefe de seguridad cobraba mucho más que él, no entendía por qué después de dos años seguía haciendo lo mismo una y otra vez. Pero en realidad le daba igual que lo hiciera, le tenía cariño y sabía que lo hacía para intentar evitar posibles problemas o envidias. Había mucha gente noble trabajando en la noche, pero también mucho imbécil.

Se dirigió a la salida y a mano derecha se encontró a todos los camareros fumando, no le apetecía que le entretuvieran, por lo que optó por una despedida colectiva sin detenerse.

—Hasta mañana, chavales, me voy que tengo un poco de prisa —se despidió levantando una mano y marchándose lo más rápido que pudo hacia la puerta de salida.

* * *

Las calles de Tribunal estaban a rebosar, Juan fue caminando a coger su coche y marcharse lo antes posible. Subió hacia la calle Fuencarral, giró por Corredera Alta de San Pablo, pasó por delante

del Tupper Ware y avanzó hacia San Vicente Ferrer. En la esquina no estaba Claudia, debía estar de copas en el interior. Tenía el frío metido en el cuerpo, tantas horas de pie en la puerta pasaban factura. Se subió la braga negra que llevaba hasta la nariz, respiró y exhaló vaho.

Cuando llegó ante su coche vio que había dos *skinetos*, vestidos ambos con el uniforme de guarro por excelencia: vaqueros prietos, polo falsificado Fred Perry, botas militares cochambrosas, Harrington del mercadillo y la cabeza rapada. Eran dos delgaduchos, borrachos y drogados que estaban molestando al pobre Luis, el conserje y recepcionista de los Apartamentos Tribunal.

—Que te calles, puto viejo. Aquí mandamos nosotros —gritó uno de ellos avanzando hacia Luis, haciendo aspavientos violentos con las manos y con un tono de voz estridente y quemado.

El pobre recepcionista intentaba razonar con ellos con más paciencia de la que merecían. Para evitar problemas estaba situado en la puerta de su trabajo, ya que había cámaras grabando durante todo el día justo en esa entrada.

—¡Eh! —interrumpió con un grito Juan—. ¿Podéis dejar en paz a alguien que está haciendo su trabajo e iros con la fiesta a otra parte?

—¿Y tú quién eres, payaso? —preguntó uno de los *skins* avanzando con los brazos abiertos.

Juan arrugó la nariz y mirando a los dos despojos sociales que tenía enfrente actuó sin pensar mucho, por instinto. Sacó con un movimiento eléctrico una porra extensible con un sonoro *clack* y antes de que ninguno de los dos alborotadores pudiera decir ni una sola palabra avanzó con ella desplegada y con determinación a pegarles.

—No, no, no, no —intentó frenarle el que avanzaba abriendo las manos a modo de apaciguamiento mientras retrocedía con rapidez.

Su compañero echó a correr cuando vio que Juan se les echaba encima, que no la había sacado para enseñársela. El «valiente» que había avanzado giró la espalda y siguió a su amigo.

Juan no les persiguió, sabía que habían ido hacia el parque de San Mateo en busca de refuerzos. Esas ratas cobardes siempre actuaban así. Solo daban la cara cuando estaban en superioridad numérica, en caso contrario huían o llamaban a la policía. No valían ni para patear a alguien en el suelo. De un golpe seco y sonoro contra el asfalto cerró la porra y se la volvió a guardar.

—Las cámaras, Juan —le regañó Luis con cierto paternalismo y señalando hacia donde estaban puestas.

—No te preocupes, no se han quedado con que venía a por el coche y no les he hecho nada que vayan a poder denunciar. Me voy rápido, que van a volver con compañía. Llama a la policía y di que hay unos pandilleros molestando. No tardarán en venir.

Luis sonrió y se metió al interior del apartahotel mientras llamaba a la policía. Juan se metió en su coche y arrancó calle abajo de vuelta al hogar. Vivía en la calle Peña Ubiña, en Puente de Vallecas. Al día siguiente tenía que estar a las diez arriba para ir al gimnasio a dar la clase de las doce. Según llegara a casa comería algo y a dormir. La vida de noche era dura si no te mantenías alejado de los vicios y no tenías unos horarios firmes, sobre todo de sueño y comida. Podías acabar muy mal.

TOCADO Y HUNDIDO

Las horas iban pasando, un Polo color negro estaba aparcado frente al número once de la calle Valdemosa, en un barrio lujoso de Las Rozas. Árboles bien cuidados, calles bien asfaltadas y aceras limpias. Todo era armónico, tanto que a Juan le parecía como si fuera un plato de una película. «Unos tanto y otros tan poco», pensó desde el asiento de atrás del coche.

Se pasó una buena porción de la tarde dentro del vehículo. Gracias a los cristales tintados y a la tela negra que separaba la parte delantera del coche de la trasera podía observar sin ser visto. En caso contrario, los vecinos habrían llamado a la policía. A los pocos que pasaban por ahí no les preocupaba mucho que hubiera un coche desconocido, pensarían seguro que era una de las nuevas adquisiciones de alguno de ellos.

«Lo único malo que tiene esto es el frío —pensó—. No puedo encender la maldita calefacción». Iba bien abrigado, pero estar allí parado tantas horas y con el sol ya puesto hacía tiempo era bastante duro.

Llevaba una garrafa de cinco litros para orinar, un termo grande con café, una botella de agua y comida, sobre todo barritas energéticas y patatas fritas, para aguantar el tiempo que fuese necesario sin moverse de allí. Se mantenía atento ante la puerta gris que daba acceso a un gigantesco chalet de tres plantas, piscina, jardín y cancha de baloncesto. Tenía a mano una cámara potente

negra, una Sony ZV-E10, que era una de las mejores que podía conseguir para sacar imágenes de calidad incluso desde unos cristales tintados. Estaba presto a actuar si se daba la oportunidad, aunque con fotografiar al coche del marido sería suficiente para que le pagaran.

Llevaba un par de semanas trabajando por libre, aunque no tenía licencia ni titulación era bueno en lo que hacía y el boca a boca era algo principal en aquel negocio. El coche no era suyo, era de un amigo que se dedicaba al mundo del *paparazzi* y le prestaba el auto a cambio de que cuando le hiciera falta le echara una mano.

La mujer que le contrató era una pobre cincuentona, aunque atractiva, polioperada y en forma, que se había portado bien toda la vida con su marido, que había renunciado a muchas cosas para que él triunfara y a quien, según lo que parecía y le había contado, se la estaba pegando con alguien.

Comenzó a sospechar por la actitud de él, siempre evasivo y nervioso cuando le interpelaba. Aconsejado por un amigo suyo que conocía a Juan del mundo de los gimnasios se decidió a contratarle. Al ser los viernes sobre las siete cuando supuestamente el marido se iba y hacía cosas raras, Juan le esperó aparcado en su casa, presto a seguirle según saliera. Las dos veces que lo había hecho acabó en esa dirección, pero no pudo fotografiarlo porque se metía por la puerta del garaje, que abría antes de llegar con un mando electrónico.

El marido no era desconfiado y yendo a una distancia prudencial fue capaz de seguirlo hasta la meta. Las dos veces fue en su coche, un Ford Ka rojo, pero aquel día había decidido no repetir por si identificaba el coche. Además, necesitaba los cristales tintados, su coche no servía.

Al saber la dirección fue hasta allí unas horas antes y esperó con paciencia a que el supuesto infiel llegara. A las siete y media apareció en su coche, un flamante BMW M2 azul celeste. «Ahí está ese guarro», pensó Juan sonriendo con la cámara en las manos.

Según se acercó la presa a la puerta exterior que daba al garaje,

Juan hizo una ráfaga de fotos; en cuanto se introdujo el BMW, y casi antes de que se cerrara la puerta del todo, bajó raudo del coche y avanzó sin miedo hacia ella, encaramándose de un salto con la mano izquierda apoyada en la parte de arriba de la puerta, aupándose para sacar medio cuerpo por encima de la misma. El marido estaba bajando del coche y fue fotografiado en un visto y no visto, pero se dio cuenta de que algo estaba pasando, aunque no pudo ver bien el qué.

Primero se quedó quieto, mirando hacia la puerta extrañado, tardó unos segundos en reaccionar. Los suficientes para que Juan volviera al coche, no sin comprobar antes si alguien le había visto. En aquellas calles casi nunca había nadie. Se metió por la puerta de atrás y cerró con llave.

—Ahora viene lo divertido —pensó en voz alta frotándose las manos.

Sabía lo que iba a pasar, tenía mucha experiencia en estas cosas. Si nadie le había visto entrar al coche, ya había ganado, solo tenía que esperar un poco y podría saborear la victoria.

«Si me ha visto me bajo y le pego, pero yo creo que he tenido suerte», pensó intentando controlar su excitación.

Toda la acera izquierda estaba llena de coches, además, a no muchos metros había una especie de descampado por el que cualquiera corriendo podría escapar. Dejó que la duda hiciera su trabajo.

El marido salió enfurecido y gritando, estaba fuera de sí, mirando a todos lados, buscando cualquier indicio de movimiento. No lo hubo. Avanzó corriendo, a pesar de llevar mocasines, calle arriba, pero tras correr durante un minuto se dio la vuelta. Tenía mala cara, iba jadeando y estaba nervioso, no paraba de mover las manos. Era un calvo barrigón, pero debía de estar forrado, en caso contrario no estaría con la mujer que tenía. Era un poco mayor que ella y estaba hecho polvo.

Se acercó a un coche rojo que había a pocos metros del de Juan, inspeccionó en su interior, pero no vio nada. Fue pasando de un

coche a otro, parecía que le iba a dar un ataque.

De repente, salió una rubia de apenas veinte años con tacones y con un batín ajustado rosa. Era una mujer despampanante, pero era una chiquilla.

«Menudo asco de tío. Está follándose a una puta niña», pensó Juan torciendo el gesto y apretando los puños. Pero enseguida se dio cuenta de la oportunidad que le estaban brindando.

A través del cristal fotografió en repetidas ocasiones a la joven y al marido juntos. Ella le intentaba tocar y calmar. Pero este se acercó al coche de Juan y pegó su cara al cristal, aunque no podía ver nada. Se acercó a la ventanilla delantera para intentar ver la parte de atrás.

—No se ve nada —dijo resoplando con la mano derecha puesta a modo de visera pegada al cristal.

—Cariño, no hay nadie, es un coche sin más —intentó calmarle la mujer con una voz sensual, pero aguda.

—No estoy seguro, lo mismo solo era un mirón, pero me ha asustado, preciosa. Tengo mucho estrés en los últimos tiempos. No quiero líos con la loca de mi mujer.

—No te preocupes, anda, este es un barrio de bien. Has pagado por estar tres horas conmigo —se tocó el contorno de su figura del pecho a la cadera—, no para buscar fantasmas.

—Sí, es verdad. La mente juega a veces malas pasadas, vamos dentro —respondió pasándole el brazo por detrás a la altura de la cadera.

Antes de hacerlo, la prostituta de lujo desconocida le dio la foto del año a Juan. Besó a su cliente con pasión el tiempo justo para que pudieran ser inmortalizados.

«No me lo puedo creer —pensó Juan sonriendo, intentando no hacer ruido—. Es el mejor trabajo que he hecho en mi vida y casi sin ningún esfuerzo».

Esperó a que los amantes de Teruel se metieran en la casa y se pasó a la parte delantera del coche, arrancó y se fue como alma que lleva el diablo a casa de la mujer que le había contratado. Tenía

orden de acudir según obtuviera las pruebas de si existía una infidelidad. Había cumplido con creces y esperaba como agua de mayo el pago generoso que le habían prometido.

* * *

Llegó tras media hora de camino al barrio de Salamanca. Eran casi las ocho y media, no pilló mucho tráfico, era una zona que conocía bien porque había muchas librerías de segunda mano y le gustaba ir a bucear entre montañas de libros viejos buscando una segunda oportunidad. Fue directo a la calle Montesa, 31, allí estaba el *parking* donde solía aparcar cuando iba al barrio. Era zona verde y si se alargaba un poco la reunión con su clienta le multarían, y pasaba de multas. Además, luego tenía que irse a trabajar, así que de allí tendría que ir directo y hacer tiempo hasta su hora de entrada.

En el *parking*, nada más bajar la rampa, le recibió Sergei, el rumano que llevaba la gestión del negocio por las tardes. El aparcamiento era antiguo, pero bien cuidado. Tenía una planta subterránea, en la que estaban, y un espacio al aire libre, que no solía tener mucho uso.

—Buenas tardes, amigo. Cerramos a la una.

—Lo sé, lo sé. Volveré antes seguro. —Entregó las llaves a cambio de un papelito que hacía de *ticket* y cruzó a paso rápido la calle con su cámara en la mano, pues casi enfrente estaba el número 38, su destino.

Llamó al telefonillo y le abrieron rápido. Pasó empujando la pesada puerta negra de acero y cristal reforzado. Era uno de esos bloques del centro de Madrid de los barrios de dinero que parecían más viejos por fuera de lo que eran por dentro. Tenía un amplio recibidor, que llegaba hasta la mesa donde se ponía el conserje de la finca en su horario; en aquel momento no estaba, dejando a mano

izquierda dos ascensores de un considerable tamaño. Había mucho espejo, maderas nobles y, sobre todo, estaba limpio.

Se metió en el primer ascensor que llegó, el de la derecha, y picó la tercera planta, el piso al que debía ir era el D, por lo que una vez que se bajó del elevador tuvo que recorrer un largo y estrecho pasillo decorado con una alfombra desgastada de bordes rojos. La puerta estaba entreabierta. Tocó dos veces y entró tras oír que se le invitaba a hacerlo.

La mujer le recibió en el salón con un camisón de tirantes liviano y corto, azul marino; llevaba el pelo castaño suelto e iba descalza. Llamaban la atención sus ojos azul pastel y sus largas pestañas, sin duda artificiales.

—Pasa, pasa, vamos a sentarnos al sola del salón —le indicó tras darle los dos besos de rigor.

Juan asintió y siguió a la anfitriona al lugar requerido. La mujer se contoneaba de forma rítmica en su avance. Llegó ante un sofá negro exageradamente amplio y se sentó en un extremo con las piernas cruzadas, haciendo un gesto con la mano invitando a Juan a hacer lo propio.

Era una mujer de piernas largas y, aunque ya no cumpliría los cincuenta, se notaba que se cuidaba y que quien tuvo retuvo. Por descontado, iba retocada a fondo: pechos, labios, bótox y alguna operación más de la que Juan ni siquiera conocía el nombre. Se la veía fibrada y bronceada. Además, llevaba una pedicura impoluta de color rojo pasión.

«Menudo mujerón —pensó Juan intentando mantener las distancias—. Y está con el despojo barrigudo del marido».

—¿Y bien? —preguntó repiqueteando los dedos sobre su muslo derecho con nerviosismo.

—Eh… bueno…

—Venga, dímelo ya, por favor —le metió prisa echándose un poco hacia él.

—No sé cómo decir esto sin…

—¿Sí o no? Por favor —hizo un aspaviento con los brazos, su cara

estaba en tensión y respiraba de forma pesada—, me estás matando.

—Pues sí, y tengo las pruebas —echó la cámara hacia delante con la intención de mostrarle las fotos.

La mujer se levantó como si tuviera un muelle y anduvo de un lado a otro enfurecida, gesticulando y gritando con rabia cada dos o tres pasos.

—¡Argh! ¡Su puta madre! ¡Maldito cucaracho hijo de puta!

Juan se quedó callado esperando a que se tranquilizara sin mover ni un músculo. Solo podía mirar a la mujer ir de un lado para otro.

—¿Tú te crees? —preguntó a Juan tirando de su corto camisón hacia abajo, haciendo que sus grandes pechos quedaran dos dedos más al aire—. ¿Una mujer como yo engañada por ese despojo?

El camisón le estaba ajustado y dejaba ver a la perfección sus marcadas curvas, fruto sin duda de dietas y gimnasio.

—Déjame ver las fotos —dijo alargando la mano hacia la cámara. Juan no la soltó, pero le permitió ver la pantalla. Las fue pasando de una en una.

La pobre mujer se quedó petrificada, no movía ni un músculo, solo iba viendo con los ojos fuera de sí foto tras foto. Cuando llegó a la última intentó agarrar la cámara con fuerza, pero Juan se lo impidió, lo que llevó a que le diera dos bofetadas antes de ponerse a llorar y tirarse al suelo. Juan se echó hacia atrás y esperó a que se serenase.

—Per-perdón —atinó a decir mientras se limpiaba las lágrimas—. Ha sido un ataque de rabia.

—Lo sé…

La mujer se levantó y se acercó a una mesita negra, abrió un cajón y sacó dos mil euros en un sobre.

—Solo eran quinientos —respondió Juan al contar lo que había en el sobre.

—Te lo has ganado. Mándame a mi correo las fotos, por favor. A ese cerdo le voy a sacar hasta los empastes —volvió a limpiarse la

cara, aunque ya no estaba llorando. Se le había corrido un poco el maquillaje.

Juan se guardó el sobre en el bolsillo de atrás del pantalón vaquero y se dispuso a salir.

—Espera —le puso una mano en el pecho mirándole de arriba abajo y sonrió con malicia mientras le miraba a los ojos.

Juan tragó saliva e intentó echarse hacia atrás, pero no pudo. Ella le pasó una mano por detrás de la cabeza y le besó con pasión. Juan intentó volver a apartarse con delicadeza, pero ella no se lo permitió. Pasó la otra mano por dentro del pantalón y agarró su polla, que de inmediato se puso dura y asomó, guiada por ella, por encima del pantalón. Juan pegó un respingo, pero a los pocos segundos ya no tenía control sobre sí mismo y se dejó llevar. Le soltó por un instante y antes de que se diera ni cuenta, ella se quitó los tirantes de los hombros dejándolos caer con suavidad junto con su camisón.

Juan se quitó la camiseta y la sudadera que llevaba de una, quedándose desnudo de cintura para arriba. Su cuerpo musculado, tatuado y fibrado hizo que ella levantara una ceja y volviera a sonreír. Le ayudó a desabrocharse el cinturón y el pantalón y se arrodilló ante él sonriendo. No le dio tiempo ni a pestañear, hizo con él lo que quiso. Juan tuvo que esforzarse para no acabar en poco tiempo, nunca había visto a ninguna mujer esmerarse tanto y tener tantas tablas en ese arte.

Para evitar acabar en los preliminares tuvo que serenarse, la agarró del pelo y la levantó para llevarla con fuerza hacia el sofá. La apoyó de rodillas mirando hacia el respaldo. Cuando iba a penetrarla se acordó de que no tenía condón, pero ella adivinó el movimiento.

—No me voy a quedar embarazada —dijo agarrándole la polla impidiendo que se moviera—, métemela tal cual, quiero sentirla.

No se lo pensó, lo hizo. A lo que ella respondió con un gemido prolongado que terminó de volver loco a Juan. Fue una auténtica maratón sexual como no había vivido en su vida. Fueron tres asaltos intensos. Terminaron los dos exhaustos tendidos en el sofá.

—Madre del amor hermoso, la que me has metido —soltó ella antes de suspirar—. Cómo echaba de menos algo así. Lo necesitaba —se humedeció los labios degustando el recuerdo.

—Ha sido bestial.

—Voy a tener moratones por tres días —se acarició el muslo—, y espero que no me hayas dejado marcas en el cuello de ahogarme.

—Joder, lo siento —respondió intentando mirar si se había pasado—. A veces soy un poco bruto.

—Ja, ja, ja —rio con fuerza—. Estoy segura de que es siempre así, pero no te preocupes, te lo he pedido yo. Me ha gustado que me empotres así, tan animal —volvió a suspirar, se levantó y se dirigió contoneándose al baño. En el último momento se giró—. ¿Me acompañas? —preguntó poniendo la voz más dulce y sensual que Juan había oído en su vida mientras le volvía a mirar a los ojos y a sacar esa sonrisa que era capaz de desarmarle.

Juan se irguió como un robot, como si tuviera un resorte, con energías renovadas, y se encaminó a darlo todo una última vez en la ducha. «Con las mujeres así hay que cumplir».

* * *

—¿¡Me estás vacilando, chaval!? —Levantó de más la voz Moisés —. ¿Me estás diciendo que te ha pagado el cuádruple y que encima te la tiraste y te sientes mal?

—Sí, no tenía que haberlo hecho. Yo no me acuesto con gente sin más. Fue un error —respondió con voz seria Juan, echándose un poco hacia atrás en el taburete que tenían en la puerta de La Vía.

—A buenas horas. Eso haberlo pensado antes, detective follador. Me voy a tener que replantear mi oficio.

—Ya, debería haberlo hecho, pero me vino todo de sopetón. Fue poco profesional por mi parte. No se va a repetir. No me gusta la promiscuidad.

—Claro, claro —asintió con la cabeza—. No te gusta hoy, pero ayer sí, aunque posiblemente mañana también.

—Me voy a hacer la ronda. No quiero seguir hablando de esto.

Entró en el local meditativo, no sabía por qué se dejaba liar de aquella forma. Encima había estado a punto de volver a llegar tarde. Además, ese día no tenía ninguna gana de trabajar, seguía haciendo un frío de mil demonios y estaba cansado de entrenar y de estudiar a lo largo de toda la semana. Por no poder, no había ni cenado. Tendría que pillarse alguna guarrería grasienta o con azúcar para aguantar toda la noche.

—Eh, que ya ni saludas, petardo —le interpeló Nuria desde su barra. Ese día llevaba una camiseta de Madball y una minifalda vaquera.

—Perdona —se disculpó yendo a saludarla. Le dio un abrazo y un beso en un lateral de la cara por encima de la barra—, llevo unos días un poco duros.

—Menuda cara de empanado llevas —le acarició acercándose a él a escasos centímetros—. Tienes que bajar un poco el ritmo. Solo se te ocurre a ti pillar otro curro y seguir estudiando.

Juan se quedó atontado, llevaba mal las distancias cortas con las mujeres. No podía retirar la vista de los ojos de Nuria. Por suerte o por desgracia una voz le sacó del ensimismamiento.

—Idos a un hotel, aquí se viene a trabajar, payasos —gritó Saúl pasando justo por el frente de ellos hacia la salida, poniendo una falsa cara de asco y tirándoles un cubito de hielo.

Nuria sonrió y se irguió siguiendo con sus ocupaciones.

—Luego te veo, tiarrón —soltó justo antes de acercarse a la cabina de música.

Juan sacudió la cabeza y siguió con su ronda en la planta de abajo. El ambiente a primera hora estaba incluso más tranquilo que de costumbre. Solo había pequeños grupitos empezando a beber. «La noche se me va a hacer dura», pensó suspirando y yendo hacia la barra del fondo.

¿AMISTAD?

Iba con un vestido que le llegaba justo por encima de las rodillas, verde, con medias y unos zapatitos estilo manoletinas a juego. Llevaba el pelo suelto y le llegaba hasta la baja espalda. A pesar de ser un miércoles, había vuelto a salir. Cuando llegó a Madrid desde su pueblo en Segovia apenas iba de fiesta y tampoco bebía mucho, se pasaba las noches en su habitación en el Colegio Mayor Universitario Chaminade. Pero allí conoció a otras chicas más urbanitas y acostumbradas a la fiesta, poco a poco comenzó a salir un día a la semana, luego dos, y posteriormente de lunes a domingo, que era el intervalo de días que salía en aquel tiempo.

Las notas empezaron a bajar, aunque seguía aprobando casi todo, lo cual no se podía decir de sus amigas más cercanas, que eran bastante zotes. Era una chica atractiva, de caderas anchas y pequeña, pero bien proporcionada. No había tenido mucha suerte con los chicos, solo había topado con los típicos aprovechados sin interés en una relación seria. Ella quería echarse novio, pero quizá no buscara en los mejores sitios.

Salía casi siempre por Tribunal, lo había convertido en su territorio habitual. De normal se levantaba sobre las once y media e iba a alguna clase. Estudiaba Historia del Arte. Sobre las siete de la tarde se iba a Malasaña hasta que cerraran los bares. Bebía todos los días, aunque no acababa borracha siempre, solo de jueves a domingo, a pesar de que algunas veces hacía una excepción a ese

orden y le daba al ron de más. Podía beber cualquiera, pero su preferido era el Havana 7.

Aquel miércoles iba bebida de más, andaba con cierta torpeza y se le dibujaba la típica sonrisa bobalicona que asomaba cuando ya había bebido demasiado. Había estado en el Freeway, invitada a la mayoría de las copas por un camarero tirafichas al que le gustaba.

Sus dos amigas, Pili y Mili, tenían más saque que ella, aún estaban sin efectos aparentes por haber estado bebiendo. Ya eran las dos de la mañana y querían ir a La Vía Láctea para terminar la noche. Pasaron junto al Nueva Visión, que tenía echadas las dos persianas. En una solo había pintadas feas, en la otra, la de la derecha, ponía «Ramones Fan Club». Solo abría de jueves a sábado.

—Me gustan estas calles entre diario —dijo Ana mirando el pavimento.

—Pues a mí me gustan más los findes, hay más ganado —respondió Pili. En la calle apenas había diez personas.

—Pues sí —intervino Mili mirando su móvil—. En estos días cuesta hasta encontrar a alguien para ligar. Estoy mirando y no me sale ni gente por Tinder en la zona, solo feos.

—¿Has probado en Badoo? —preguntó Pili.

—Y en Bumble y Happn —contestó Mili—. Hoy no es mi día, ni el vuestro tampoco. El mercado está muy mal hoy, chicas.

Continuaron en silencio hasta llegar a la puerta de La Vía; al ser miércoles no había porteros. «Ay, Juan», pensó Ana recordando a su amigo. Siempre hacían esa ruta de domingo a miércoles, porque trabajaba Tomás y solía invitarlas a más de la mitad de las consumiciones.

A las dos y media no dejaban entrar a más gente, la última media hora era para acabar las consumiciones. Se cerraba media hora antes que los viernes y los sábados, que eran los días de más afluencia. Ese día habría unas cuarenta personas en el bar, la mayoría puretas. El trío de chicas fue directo hacia la barra del final, en la que estaba Tomás. Olivia estaba en la primera charlando con unos conocidos.

Nada más llegar ya tenían las tres una copa en la mano, y prestaban atención a las historietas del camarero. Este no paraba de hacer carantoñas a Pili y Mili. Cuando no quedaba mucho para cerrar fueron al baño varias veces a meterse. Tomás tenía tics en un ojo y movía de lado a lado la mandíbula.

—Venga, Ana, anímate —le dijo el camarero guiñándole un ojo.

—No, yo no me meto nada.

—Pero si estás que te caes. Venga, es para que puedas aguantar bien —insistió zarandeándola de un hombro—. No nos cortes el rollo.

—He dicho que no —elevó el tono y se echó para atrás.

—Nos estás cortando el rollo, tía, creo que deberías irte a casa ya —señaló hacia la puerta Mili.

—Pues me voy.

—Pues vete —intervino Pili—. Nosotros tres tenemos muchas cosas que hacer aún esta noche. —Se giró hacia Tomás con una mirada seductora, dando la espalda a Ana e ignorándola.

Ana bufó, dio media vuelta y se marchó sin decir nada hacia la puerta, salió y se fue hacia la plaza del Dos de Mayo. Allí giró por San Andrés y se fue hacia la calle Carranza para pillar un taxi. Hacía mucho frío, avanzaba con los brazos cruzados todo lo rápido que le permitía la embriaguez ir.

Estaba tan enfadada que no se fijó en que una sombra la seguía silenciosa y que poco a poco achicaba la distancia entre los dos. No había un alma en la calle, solo se llegaba a oír algún ruido lejano de borrachos dando voces. A la altura del número 23 una mano agarró con fuerza la boca de Ana impidiendo que pudiese gritar, otra le agarró desde atrás rodeando su cintura y la llevó apretando con fuerza hacia el portal del edificio. Intentó revolverse, pero le fue imposible. El edificio era viejo y ruinoso, y de un empujón seco la puerta se abrió hacia dentro. Su atacante cerró la puerta tras pasar con una patada y empujó a Ana contra la pared. La volteó y le pegó una bofetada que casi la desmayó, presionó su cuello con la mano izquierda con fuerza, Ana pensaba que se lo iba a partir, la presión era tan fuerte que no podía gritar. Otro golpe contundente volvió a

atontarla.

—Si gritas o ti resistes ti mato, sorra —le susurró al oído justo antes de ponerle un cuchillo de grandes dimensiones en la cara.

Le dio la vuelta y le apoyó el antebrazo derecho, el del cuchillo, en el cuello, presionando con dureza contra la pared. Con la otra mano le subió el vestido, le bajó las medias y la ropa interior. Manteniendo la presión se abrió la bragueta y sacó su pene erecto.

—Eh, qué coño hacéis, guarros. Siempre igual, idos a tomar por el culo de aquí —gritó un anciano canoso con insomnio que bajaba a pasear con su perro cuando no podía dormir.

El pastor alemán comenzó a ladrar y a tirar de la correa. El atacante se asustó del animal y comenzó a retroceder guardándose el miembro en el pantalón. Ana mantuvo la posición, le temblaban las piernas de forma lastimosa. El delincuente señaló con el cuchillo al anciano, mirándole a los ojos, y se acercó a la puerta.

Ese fue el momento en que el vecino se dio cuenta de lo que estaba pasando en realidad.

—¡Me cago en todo, hijo de puta! —volvió a gritar, esta vez con cólera.

Soltó al perro, yendo este veloz a atacar al agresor, pero no le dio tiempo a pillarle. En un movimiento rápido abrió la puerta, salió y la volvió a cerrar, chocando el perro contra ella. Fue por un pelo. Cuando el anciano dejó salir al perro, pues primero fue a ver cómo estaba Ana, el agresor ya no estaba.

La pobre chica estaba en estado de *shock*, temblando, mirando a la pared y sin vestirse.

—Oye, ¿estás bien? Tienes que vestirte. Estate tranquila, ya no estás sola. Voy a llamar a la policía —le dijo con el tono más suave que pudo poner enseñándole el teléfono móvil.

Llamó al 091 y tardaron en llegar. Ese día no había patrullas cerca o estaban más liadas que de costumbre.

* * *

Habían pasado cuatro días desde el incidente, Ana solo había salido de casa para ampliar en comisaría lo que ya les había dicho a los policías que fueron a asistirla al portal en donde la habían intentado violar.

Por supuesto, no se lo contó a sus padres, faltaría más, estaba avergonzada y no quería que se preocuparan por ella, solo se lo quiso decir a sus amigas Pili y Mili, pero aún estaban enfadadas con ella por lo que pasó en La Vía y no se habían dignado a responder.

Se pasaba los días encerrada en su habitación del colegio mayor, sin interaccionar con nadie, torturándose la cabeza en soledad. Apenas comía ni dormía, ni siquiera tomando pastillas; había perdido un par de kilos. Se pasaba el día viendo *reels* de Instagram y series y películas de Netflix. Su habitación olía a sudor y restos de comida y gran parte de su ropa estaba tirada por el suelo o encima de la mesa de su escritorio.

Estaba nerviosa, necesitaba desahogarse y no tenía a nadie más de confianza para contárselo. Era una experiencia que no quería que la gente supiera que la había padecido. Volvió a desbloquear su teléfono y probó suerte con Mili. El teléfono dio tres tonos y por fin la voz de su amiga respondió.

—¿Qué coño quieres, tía? Estás muy pesadita.

—Necesito hablar con vosotras. Es importante —dijo con un hilo de voz.

—Qué pereza me das a veces, Ana. Dime qué es lo que quieres de una vez.

—Es algo serio, tiene que ser en persona.

—Menuda voz de muerta tienes, estás amargada —respondió con tono hosco, de profundo rechazo—. Hoy hemos quedado ya y no queremos que nos cortes el rollo como el otro día.

—De verdad que necesito hablar con vosotras, me estoy volviendo loca y necesito vuestra ayuda —insistió intentando que no le temblara la voz, pues la mano con la que sostenía el móvil no paraba de hacerlo.

—Qué pereza todo. Venga —hizo una pausa incómoda—, si quieres podemos verte el viernes antes del *tour* de bares. Sobre las seis de la tarde. Podemos quedar en la plaza del Rastrillo, en la terraza de El Balcón de Malasaña.

—Pero para eso quedan tres días —intentó protestar Ana—, necesito que sea cuanto antes.

—Pues es eso o nada —contestó tajante—. No nos puedes dejar tiradas y pretender que después vayamos corriendo ante tus caprichos. Tenemos una vida propia y no nos la vas a joder más.

—Pero esto no es un capricho…

—O viernes o nada —la interrumpió elevando el tono—, tú misma.

—Bueno —lo aceptó con resignación—, pues el viernes entonces.

—Pues hasta el viernes, chao —colgó de malas formas.

* * *

Era un viernes soleado, seguía haciendo frío, pero al sol no se estaba nada mal. La terraza del bar estaba medio llena. Ana llevaba esperando casi veinte minutos sentada en una de las mesas cercanas al establecimiento. La plaza estaba tranquila, con un par de niños en la zona infantil que había justo al lado de la terraza en la que estaba, transportistas reabasteciendo locales y entregando paquetes y los típicos vecinos paseando al perro o dando una vuelta. Aún faltaban un par de horas para que el barrio se transformara en una zona de fiesta.

En uno de los banquitos de madera y metal que había justo en el centro de la plaza había un vagabundo yonqui rumano durmiendo,

sentado y con la cabeza colgando hacia un lado. De vez en cuando roncaba con fuerza, asustando a los que pasaban a su alrededor. También estaban las típicas palomas mugrosas buscando algo que picotear.

Desde la calle de San Andrés llegaron Pili y Mili, conjuntadas como siempre. Ese día tocaba de negro y con un conjunto de dos piezas ajustado, intentando marcar unas curvas que no tenían.

—Ponme un tercio —pidió con un gesto con la mano Pili al camarero según se estaba sentando.

—Para mí otro —añadió Mili.

El camarero, un dominicano guaperas y delgado, asintió con la cabeza y se marchó con su bandeja vacía bajo el hombro hacia el bar.

—Bueno, qué, ¿qué era eso tan importante que nos ibas a contar? —dijo Mili sin un atisbo de mano izquierda según se sentó.

—Pues… me intentaron violar —consiguió contar Ana rompiendo a llorar con las manos en la cara.

Pili y Mili intentaron consolarla, Ana tardó más de dos minutos en serenarse lo justo para poder seguir contándoles cómo fue todo. Tuvo que parar varias veces entre lágrimas, ataques de hipo y bloqueos varios. Al terminar, Mili siguió en su línea.

—Pero ¿entonces no te ha pasado nada, Ana? Solo ha sido un susto, tranquilízate un poquito, anda —finalizó con un gesto de su mano derecha quitándole importancia.

—Pues…

—Nada —interrumpió Pili a Ana—. Lo mejor con estas cosas es no pensarlo. No te ha pasado nada, has tenido suerte, y ya está. Deberías alegrarte. No tiene sentido que te estés fustigando por algo que no ha llegado a pasar.

Ana se quedó cabizbaja y pensativa, no le gustaba lo que le estaban diciendo sus amigas. No entendía cómo no podían empatizar con su sufrimiento, pero aún estaba *shockeada*, demasiado para poder decirles nada.

El camarero dominicano se acercó con las dos cervezas, tras

dejarlas en la mesa le guiñó un ojo a Mili, justo antes de girarse y atender a un grupo de chavales que había en una mesa a dos metros de distancia. Ambas empezaron a reírse y a cuchichear sobre lo atractivo que era, más cuando vieron que les había dejado su Instagram apuntado en un papelito junto a las consumiciones.

Ana sentía una fuerte presión en el pecho, como si una losa pesada la estuviera aplastando, no entendía nada. La ansiedad comenzó a disparársele hasta el punto de que empezó a costarle respirar con normalidad, pegaba grandes bocanadas y empezó a condicionarse más y más, comenzando a marearse.

—Me tengo que ir, chicas —atinó a decir con la mirada un poco ida—. No me encuentro bien.

—Ya empezamos —contestaron sus dos amigas a coro.

Ana se levantó y sin mediar palabra se dirigió a pillar el metro para volver al Chaminade.

—Siempre igual esta niñata. Me tiene harta —exclamó Pili con tono hosco y cruzándose de brazos.

—Y a mí —respondió Mili dejando un billete de cinco euros sobre la mesa y levantándose.

Pili puso los dos euros que faltaban sobre la mesa y se levantó también. Las dos se marcharon hacia La Vía Láctea a que las invitaran a algo, debían de estar a punto de abrir.

No llevaban dos copas encima y ya se estaban haciendo las interesantes sobre un supuesto cotilleo del que se habían enterado. El bar estaba vacío y había sido abierto por Tomás, por lo que estaban solas y con toda su atención masculina.

—Como lo oyes —dijo Pili tras dar un largo sorbo a su cubata de *whisky* con cola, apoyada en la barra y sonriendo al camarero.

—Por los pelos —reflexionó en voz alta Tomás—. Menuda movida.

—Se hace demasiado la mártir —contestó Mili—. Cuando en realidad no le ha llegado a suceder nada. Siempre está queriendo llamar la atención, lo mismo hasta se lo ha inventado. Tampoco la he visto tan mal, no tenía ninguna marca.

—Sin duda, le gusta hacerse la interesante —reafirmó Pili—. No se parece en nada a nosotras. No sabe exhibirse ni seducir y por eso siempre está con películas.

Tomás no decía nada, solo asentía y reflexionaba sobre la nueva información de la que disponía.

—Guárdanos el secreto, Tomás. No nos jodas —le pidió Pili con un tono que intentaba ser serio—. Te lo contamos porque eres de fiar.

* * *

—¿¡Qué!? ¡No me jodas! —exclamó fuera de sí Juan. Se levantó como un muelle del taburete en la entrada del bar y se tensó en un instante.

—Como lo oyes —respondió tranquilo Moisés.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Juan agarrando con las manos los hombros de su compañero.

—Me lo dijo Olivia el jueves. No se habla de otra cosa en el bar, tranquilízate un poco, muchacho —intentó serenarle dándole una palmada en las costillas—. Estamos trabajando. Luego le escribes o algo.

* * *

Ana estaba tumbada e inmóvil en su cama en completa oscuridad con ganas de morirse. No había parado de llorar de forma recurrente desde el miércoles. De repente, en la mesilla de noche se iluminó la pantalla de su móvil, alargó con lentitud su mano derecha y lo cogió. Cuando miró la pantalla pudo leer el nombre de Juan Vía. Algo se revolvió en su interior y le serenó. Por fin podría hablar con alguien

que se pudiera preocupar por ella.

—Buenas, Juan —saludó tras descolgar el teléfono, con el tono más alegre que había tenido en toda la tarde—. Muchas gracias por llamarme…

CUCARACHO

La noche del sábado estaba tranquila dentro de lo que cabía, eran casi las tres y, aunque había gente en la planta de abajo, no estaba llena y la planta de arriba apenas tenía diez personas. Una pareja salió a la calle y se oyó que dentro sonaba «Blitzkrieg Bop», de Los Ramones.

En el exterior Julián, Moisés y Juan tenían una enconada discusión. Cuando salía a fumar el camarero se quedaba siempre un rato charlando con los porteros, en especial cuando estaba Juan.

—No me lo puedo creer, Juan. Eres un posturitas —dijo Julián echándose su media melena rubia hacia atrás.

Era camarero del bar desde hacía un poco más de un año. Era un *hípster* que siempre iba con pantalones vaqueros apretados y camisas y polos coloridos. En invierno, por supuesto, iba con una parca verde y larga.

—Pues es la verdad, nunca me he ido de putas —reiteró Juan con tono duro y áspero—. Me parece algo repugnante.

—Tú eres tonto —intervino Moisés de forma airada—. Las putas salen mucho más baratas que las mujeres de a pie de calle —le dio una palmada a Juan en el pecho—. Les das ochenta euros y haces lo que quieras. Con una que ligues por ahí tienes que invitarla a cenar, que si flores, que si esto, que si lo otro. Es más rentable pagar, te quitas de historias.

—Es algo abominable —sentenció Juan con un enfado incipiente

—. Primero no quieren nada contigo, solo tu dinero y, en segundo lugar —hizo una leve pausa mirando a los ojos de Moisés—, es moralmente deplorable. Además, es aprovecharse de la necesidad de la gente.

—Menuda gilipollez, a mí me desean. Has visto este cuerpo —respondió Moisés mientras se ponía a sacar molla con ambos brazos.

—Bueno, a decir verdad, en el puti de la calle de Amaniel le saludan todas con su nombre —intervino el camarero riéndose.

—Porque es algo memorable para ellas. —Moisés se puso a sacar pecho.

—Sí, o porque eres el que les paga buena parte de su «sueldo» —respondió Juan haciendo unas comillas con las manos.

—A saber por qué es, pero conocerle, le conocen —rio Julián de nuevo—. He ido con él dos veces y es así.

—Me dais mucho asco con estas cosas…

La puerta del local se abrió y Nuria salió a tomar un momento el aire interrumpiendo a Juan.

—¿Qué te da tanto asco, personaje? —preguntó.

Juan fue a contestar, pero Julián no se lo permitió.

—Nada, nada, cosas de hombres. —Abrió la puerta y volvió al interior del bar a seguir trabajando con una rapidez inédita.

—Eso, cotilla. Cosas de hombres —reafirmó Moisés cortante.

—Vaya, con una mujer delante ya no decís las mismas cosas, eh —intervino Juan riéndose.

—A mí tu amor platónico me da igual lo que piense —según lo dijo, Juan se sonrojó—. Es la verdad. Sale más barato pagar por follar que invitar a una pedorra a cenar y que luego ni te la folies. —Se cruzó de brazos y miró hacia la plaza del Dos de Mayo ignorando a Juan y Nuria. Aunque respondió en voz alta se envaró y le costó tragar saliva.

—Qué asco me dais los puteros, menos mal que aún quedan hombres de verdad —respondió Nuria mirando con desprecio a Moisés. Renegó con la cabeza y le dio un beso en la mejilla a Juan —. Tú y yo a ver si sacamos tiempo para hablar un ratito a solas —le

tiró un beso al aire y volvió a entrar para continuar con su turno.

—Bueno —dijo Moisés dando una palmada bastante sonora—, me debes una, aunque seas un pringado con lo de las putas. Al final te la vas a follar por mí —sonrió con amplitud mientras se le arrugaba la cara, debido a los ciclos tenía muchas arrugas y esa cara de pillo que estaba poniendo era muy característica en él. Denotaba una alegría que era contagiosa—. Aunque seguro que te sale más caro que ir a Amaniel, eso ya te lo garantizo yo.

—No tienes remedio, Moisés —respondió riéndose Juan.

—Bueno, date una última vuelta, que en media hora te vas al Nasti a probar. He dado la cara por ti con Vélez —le señaló con el dedo—, así que no me falles.

—Claro que no —contestó con gesto grave—. Sabes que soy un hombre serio.

—Lo sé, lo sé, por eso te he recomendado. Anda para dentro.

La Vía estaba bastante tranquila, ese día la mayor parte de la gente tenía por lo menos cuarenta años, por lo que excepto alguna protesta por cerrar el billar a las dos no se había producido ningún incidente. Eran casi las tres y Ana le había dicho que se pasaría a verle si sacaba fuerzas, si no llegaba pronto tendría que irse al Nasti de refuerzo a trabajar y no podría verla.

Desde su derecha recibió un golpe en el hombro que le sacó de su ensimismamiento, se giró justo a tiempo y vio para su tranquilidad que solo era Saúl bromeando como siempre.

—Maraca, puto rojo. Ponte a trabajar. No te pagan por empanarte por la sala cual zombi. —Se notaba que había bebido un poco, pero a diferencia de otros tenía aguante y sabía beber.

—Ni a ti por estar acosándome fuera de la barra —respondió Juan riéndose y haciendo como que le daba un puñetazo. Saúl, en respuesta, hizo un amago de levantar la zarpa intentando que no le viera nadie.

En realidad, aunque fuera bastante de derechas, hacía ese tipo de bromas solo para picarse con Juan. La verdad era que se apreciaban mucho, por muy distinto que pudieran pensar en cuanto

a ideologías. Para ellos siempre iban primero la persona y los valores.

—¿Bien la noche, Maraca? —preguntó Juan dándole una palmada en la espalda.

—Sí, Vicente se ha ido a mojar el pichurrín revenido ese que tiene con el súcubo de Olivia y me han dejado un rato en paz. Aquí estoy yo —se dio una palmada en la espalda—, levantando la empresa por cincuenta pavos la noche. Les daba de hostias, te lo juro, me sumaba a ti en la lucha contra el capital —rio burlándose y yendo hacia su barra silbando el himno de España.

Juan anduvo hacia la salida y vio a Nuria bastante atareada, suspiró y se le dibujó una media sonrisa, continuó hacia la puerta y nada más salir se encontró de frente con Ana.

—Tienes visita, chaval —anunció Moisés sin dar tiempo a nada más.

—¿Me cubres un momento?

—Claro, pero date prisa, que me tienes que ayudar a echar a la gente y te tienes que ir pitando al Nasti.

Se dieron dos besos y un largo abrazo. Moisés se puso a burlarse en silencio haciendo gestos, por lo que se separaron y se alejaron una decena de metros más abajo. La calle estaba llena de lateros: pakistaníes y chinos. Había rumores de que los primeros trabajaban para los segundos, pero Juan ya había visto varias peleas por el control de la salida de algunos bares y discotecas.

—¿Cómo es que has venido sola y, sobre todo, tan tarde? —preguntó Juan con preocupación mientras acariciaba el brazo izquierdo de Ana.

—Me cuesta salir de casa —suspiró con fuerza—, tengo la cabeza un poco tormentosa. Sobrepienso y me hago daño a mí misma. Tengo mucho miedo, Juan, pero mucho. Me ha costado venir.

—Lo entiendo, pero ¿y tus amigas?

Ana hizo un gesto con la mano para que no insistiera y negó con la cabeza a punto de ponerse a llorar. Juan torció el gesto, pero no dijo nada.

—Bueno, no te quiero robar mucho tiempo…

—Quieta ahí, tengo una cosita para ti. —Se metió la mano en uno de los bolsillos del North Face y sacó un espray de autodefensa rojo de gel—. Quiero que lo lleves siempre a mano, nunca en el bolso. Y quiero que, si te pasa algo más, lo que sea, me llames. Y no quiero excusas, somos amigos y quiero que cuentes conmigo.

La pobre Ana rompió a llorar y abrazó a Juan.

—Gra-gracias —logró decir entre lágrimas.

—No se merecen, para eso están los amigos —le limpió con un esmerado cuidado las lágrimas y la besó en la frente.

—Voy a tomarme una con Tomás y me voy a ir a casa —dijo limpiándose las lágrimas de la cara—. Estoy rayada con cómo se ha podido saber lo que me pasó, porque mis amigas no han podido ser —hipó con fuerza—. No sé cómo te pudo llegar tan rápido todo.

«Yo sí sé cómo me ha podido llegar, esas zorras que tienes por amigas son unas harpías y lo han ido contando a todo el mundo».

—Bueno, pasa dentro y ten cuidado al volver a casa, no quiero que te pase nada. —Le pasó un brazo por encima del hombro y la acompañó a la puerta.

Una vez pasó y se cerró la puerta, Saúl, que estaba en la entrada fumando, empezó a meterse con él.

—Maraca, como te vea la Nuria se te acaba el chollo, pichabrava. A ver si se me va a escapar sin querer —reía con una copa de *whisky* en la mano.

—A ver si me voy a chivar yo a Vicente de que bebes mientras trabajas.

—Me come los huevos ese *castrati*, que me diga algo —respondió agarrándose el paquete.

—Échale un ojo a Ana, Maraca, que me tengo que ir a trabajar al Nasti. Es mi primer día.

—¿A ese antro de maricones? Vas a encajar bien —respondió tirando el cigarro que tenía en la mano y pisándolo—. Me voy para dentro a vigilar a tu otra amada.

—Venga, vete de aquí ya. Yo me encargo del cierre, hay poca

tarea —le apremió Moisés.

Salió andando a toda prisa hacia la plaza del Dos de Mayo; pasó por delante del True Love, un estudio mítico de tatuajes; para continuar por el Verbena Bar, que había cerrado a las doce y era un antro de modernos bohemios que bebían vino; siguió frente al bar 2D, que también cerraba pronto. En su día fue un bar normal, pero cuando el hijo del dueño, Iván, se hizo con el negocio lo transformó en un sitio más animado, más de copas que de cafés. Era un hombre de casi cuarenta años bastante amable, Juan recordó con terror que una noche se lio con su novia filipina, sin él saber que tenía novio, y mucho menos que estuviera con Iván.

La calle estaba llena de meados y de inmundicias, un fuerte olor a orina llegaba desde las paredes, en las que siempre había alguien miccionando a punto de caerse al suelo de lo borracho que iba. Juan avanzaba entre grupitos de gente, en la plaza habría más o menos un centenar de personas haciendo botellón, no había ni rastro de la policía.

Cruzó la plaza y se dirigió a la calle del Dos de Mayo para subir hacia San Vicente Ferrer. En la entrada de la calle había un grupo de dominicanos maleantes hablando a gritos. Hacía tiempo que Juan y el resto de porteros de la zona les tenían echado el ojo. Siempre estaban creando problemas, en especial peleas multitudinarias. Avanzó entre ellos con paso firme, con la cabeza alta y con la mano derecha metida dentro del abrigo, agarrando la porra extensible que tenía en el bolsillo interior del pecho. No le importunaron.

A la altura del Kurgan había un grupito de metaleros en la puerta, destacaba entre ellos el dueño del bar, que era un gigante de por lo menos dos metros diez. Le saludó levantando la mano derecha y siguió a toda prisa hacia el Nasti. Al llegar, vio que había una cola gigantesca en dirección al metro de Tribunal. Moisés le dijo que necesitaban un portero de refuerzo a partir de las tres y media, cerraban a las seis y mucha gente de la zona iba allí a partir de las tres, pues los bares cerraban y la oferta de discotecas era mucho más reducida.

La fachada estaba sucia y llena de grafitis, la cristalera estaba llena de pegatinas y suciedad, hasta el punto de que las luces de neón naranja que formaban la palabra «Nasti» apenas se veían. Hacía años había una especie de figura, pero en aquel momento ya yacía en el suelo del habitáculo sin vida alguna.

El local era amplio, y hasta ahí se podía llegar en la valoración positiva de la discoteca. La ventilación era deficiente, hasta el punto de que las paredes sudaban; el suelo siempre estaba sucio; las barras tenían mal aspecto; en los baños se te quedaban los pies pegados al suelo, y el olor a orín no se iba ni fregando con lejía o zotal. Todo estaba desgastado o roto. Había una tarima hacia el medio de la sala en el lado derecho, allí se montaban conciertos casi todas las semanas y se caían y tenían accidentes los borrachos todas las noches. Era un antro en toda regla, y ese era parte de su encanto. Acostumbraban a ir muchas más mujeres que hombres y el ambiente no solía ser malo hasta avanzada la noche.

La música variaba según los días, pero principalmente ponían indie *rock*, electro pop y más música de modernos que Juan era incapaz de diferenciar. Aunque había mucha escena musical de estos géneros, gran parte del público era gente normal de entre treinta y cincuenta años. Se cobraba diez euros la entrada con consumición y el derecho de admisión se aplicaba sin compasión contra los liantes camorristas y los ladrones.

Vélez, el encargado de seguridad, estaba en la puerta junto a otro portero, Matei; estaban atareados controlando el acceso. El jefe de los porteros era alto y tenía la barba negra con el pelo corto, pero no rapado. Vestía de negro y llevaba un pinganillo en la oreja izquierda. Su compañero iba con el pelo rapado y afeitado, era musculoso y tenía el gesto algo torcido.

—Buenas, Vélez, soy Juan. Me manda Moisés —saludó nada más llegar ante él.

—Buenas, tío. Bienvenido al equipo. Te presento a Matei —este hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo—. Aquí estamos a *full*, date una vuelta por dentro, familiarízate con el local y mira a ver

si necesitan algo las camareras. Ahora no puedo acompañarte, tengo que controlar el acceso. Siento una bienvenida tan corta.

—No pasa nada, voy ahora mismo —contestó Juan abriendo la primera de las dos pesadas puertas de metal insonorizantes que daban acceso a la discoteca.

Entre las dos puertas había una tabla pegada a modo de repisa y un espacio de apenas metro y medio cuadrado. Tras abrir la segunda puerta, el sonido de la música le golpeó con fuerza, estaba demasiado alta, la iluminación era leve y tardó unos instantes en habituarse. Según bajó las escalerillas que iban de la entrada a la sala, pudo apreciar una masa de gente bailando de forma extraña; nunca había visto bailar indie, le pareció grotesco.

Pasó esquivando a gente sobre la tarima de la sala y se dirigió a la barra del fondo, dejando la barra que había nada más entrar a la izquierda para la vuelta. Todo parecía tranquilo, se presentó a todos los camareros y barqueros que se encontró y entró a mirar los baños. Se quedó pegado nada más entrar, la sensación al despegar los pies del suelo le revolvió el estómago, el olor a orines y vómitos tampoco ayudó. Regresó a la sala y se dirigió hacia la salida, pasando antes por la barra del principio. Allí saludó a la camarera, una tal Cynthia y volvió a salir asqueado fuera.

—¿Qué te ha parecido el antro? Es un puto infierno, pero está lleno de chicas —dijo Matei con su característico acento del este y dándole unos toquecitos con el codo.

—Es un antro, no hace falta que lo niegues, pero es lo que nos da de comer —se adelantó Vélez sonriendo—. Voy a pasarme por la oficina, ahora vuelvo.

Resulta que la oficina estaba en la primera planta, aunque también había una sala a mano derecha de la barra del fondo del local que ejercía de despacho para los encargados.

—Seguro que se ha ido al baño. Yo prefiero mear en los cubos de la basura que en los baños del local —afirmó Matei categórico.

—Normal, yo tampoco querría entrar allí a hacer nada —respondió Juan sacando la acreditación de controlador de accesos de

dentro de su abrigo, lo llevaba colgado en el cuello con un cordón.

—No hace falta que lo enseñes, solo si viene la policía —le recomendó Matei. Tras lo cual le hizo caso y se la volvió a guardar.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Juan mientras se frotaba las manos.

—Controlar el aforo y evitar peleas en la puerta. Toma —le alargó un contador morado digital, a diferencia de los de La Vía, que eran mecánicos y tenías que usar los dos. Moisés prefería hacerlo así—. No dejes que entren más de doscientos cincuenta, el encargado está mosca.

Matei se puso a ligar con unas chicas que había en la cola, mientras tanto Juan controlaba la puerta y el aforo.

—Oye, cúbreme un momento —le pidió marchándose con una rubia de la mano.

Juan los miró atónito hasta que doblaron la esquina de la calle Santa Lucía. Mantuvo la situación al menos durante veinte minutos, hasta que llegó Vélez.

—¿Y Matei? —preguntó.

Se hizo un silencio incómodo durante unos segundos. Juan no se iba a chivar de nadie bajo ninguna circunstancia.

—No hace falta que me digas, seguro que se ha ido con alguna guarra. Siempre está igual. Un día le va a pillar su novia y ya verás qué risa. Has mantenido bien la puerta, punto para ti.

No tardó mucho en llegar Matei con la rubia, que tenía el maquillaje corrido y estaba un poco roja. Él venía sonriendo.

—Vete a dar una vuelta por dentro, Romeo —le indicó Vélez señalando con el pulgar hacia la puerta.

Matei se cuadró bromeando y fue para dentro. La noche transcurrió tranquila y llegaron las cinco y media de la mañana. La puerta se cerraba y no se dejaba retomar a los que salían. Al cabo de veinte minutos la mitad de la gente ya estaba fuera, armando bulla y molestando. Matei se esmeraba en que se dispersaran. Vélez entró para ir echando a la gente poco a poco. Al cabo de cinco minutos Juan entró a ayudar al responsable de seguridad.

Cuando iba bajando las escaleras vio que había pasado algo. Vélez estaba junto a la barra chillando y señalando a un tipo que subía a la vez que Juan bajaba. Solo entendió «¡Páralo! ¡Como sea!». No dudó, según pasaba a su altura extendió el brazo derecho y golpeó con su bíceps el mentón del individuo, frenándolo en seco, le ganó la espalda con un movimiento eléctrico y le cerró con un mataleón, apoyándose contra la pared y dejándose caer un poco contra ella para que no pudiera voltearle. Comenzó a apretar hasta que lo desmayó, una chica histérica comenzó a golpear a Juan, por lo que le soltó, dándose de boca contra el suelo.

Vélez subía las escaleras apartando a la gente, estaba enfurecido, con la mirada ida. Agarró al sujeto, que ya tenía la cara llena de sangre del golpe y le abofeteó para que se despertara. Cuando lo hizo volvió a golpearle.

—Hijo de puta, da gracias que no te matemos a golpes —gritó mientras le agarraba de la pechera y le zarandeaba.

—Déjale en paz, fascista —intervino la chica que había golpeado a Juan propiciando que el hombre que tenía controlado cayera al suelo.

—Cállate, zorra. Casi raja con un vaso a mi compañera. Si llega a acertar la podría haber matado. ¡Llévate de aquí a esta zorra, Matei! —ordenó al ver que este acababa de acercarse.

El agresor, borracho como una cuba, decidió no llamar a la policía, había intentado robar y cuando le pillaron casi seccionó el cuello de Cynthia con un vaso roto. Solo consiguió arañarla, pero había estado cerca. La camarera le dio las gracias a Juan y volvió a sus tareas.

Vélez fue al despacho, volvió y trajo los sueldos. A Juan le dio treinta y cinco euros por dos horas y media. No estaba nada mal. Con lo de La Vía, se había levantado ciento cinco euros en una noche.

—Me has gustado, Juan. Si lo quieres el puesto es tuyo. Has pasado la prueba —le dijo dándole la mano. Se la estrecharon con fuerza y se despidieron—. Mañana otra vez a las tres y media.

—Aquí estaré —afirmó con la cabeza—. Hasta mañana, Matei —se despidió también del portero rumano.

—Hasta mañana, señor —se llevó dos dedos a la sien y se despidió imitando un saludo militar.

Eran un poco más de las seis e iba camino del coche, que había aparcado en un callejón pasado San Bernardo. De repente le empezó a vibrar el móvil, lo sacó del bolsillo y vio que era Ana.

* * *

El bar parecía otro, las luces estaban encendidas, la persiana echada y solo quedaba el personal más básico: Nuria, Tomás y Saúl. La música hacía horas que había desaparecido. Vicente tenía una fiesta con los amigos de su grupo y se había marchado a las dos; Olivia, como no podía ser de otra manera, le pidió que la llevara con él, cual perrito faldero. Casi todos los días se quedaban amigos del jefe o de los camareros con la llave echada por dentro hasta bien tarde, continuando un poco la fiesta.

Como en cualquier día al final de la jornada, el suelo estaba sucio, había vasos de tubo de cristal por todas partes y estaba todo un poco manga por hombro. Los baños estaban para echar lejía en grandes cantidades, y las escaleras que iban a la segunda planta, algo pringosas.

Nuria estaba recogiendo junto a la primera barra, Saúl estaba en la planta de arriba y Tomás en la del final, mientras un grupito de amigos del jefe seguía de copas.

Ana estaba en un taburete pegada a la barra lo más cercana posible a la esquina donde estaba Tomás. Había intentado irse en tres ocasiones, pero Tomás siempre la hacía quedarse con una sonrisa, bonitas palabras y otra copa gratis. Había bebido tanto que de vez en cuando cabeceaba a punto de quedarse dormida. Tomás la miró y renegando con la cabeza se acercó a ella.

—Ven conmigo —susurró a su oído mientras la cogía de la mano y la dirigía hacia la estancia que había justo detrás de la barra, al despacho de Vicente. De allí la llevó a las escaleras internas que comunicaban este con la planta de arriba, para que no les molestara nadie.

Ana le siguió tambaleándose, le costaba mucho mantener el equilibrio y no podía hablar y que se la entendiera. Tomás llevaba en la mano uno de los CD que tenía Vicente en su despacho. Pintó dos rayas de un pollo de cocaína que sacó del bolsillo. Se metió la primera y le ofreció la otra a ella.

—Nnnngr —dijo a modo de respuesta echándose para atrás.

Pero Tomás no aceptó la negativa.

—Vamos, joder. —La agarró con la mano por detrás de la cabeza y la acercó a su otra mano junto al CD—. Estás fatal, tienes que tomarte algo o vas a acabar tirada por ahí vomitando. ¡Vamos!

Intentó volver a echarse para atrás, pero Tomás la tenía bien agarrada. Forcejeó como pudo, pero no consiguió soltarse.

Un golpe seco y sonoro en la nuca hizo que la cabeza de Tomás se fuera hacia delante. De la sorpresa se le cayó el CD al suelo. Se dio la vuelta con un movimiento rápido y vio a Saúl con una sonrisa torva.

—¡Deja a la niña en paz, puto *hípster* de mierda! —le gritó encarándose con él—. No puede ni hablar, coño, de todo lo que le has hecho beber. Deja que se vaya inmediatamente o te juro que te reviento la cabeza, puto payaso —le amenazó dándole un empujón eléctrico con ambas manos que le hizo trastabillar con un escalón y caer de culo hacia atrás.

Tomás se asustó un poco y levantó ambas manos en señal de conformidad. Saúl le pasó el brazo por detrás de los hombros a Ana y se la llevó hacia la salida de emergencia, pues la otra ya estaba cerrada. Daba a la calle Velarde también, pero un par de metros más arriba.

—Te he pedido un taxi. Espérate aquí. Tengo que terminar de cerrar, va a llegar en menos de diez minutos. ¿Estás bien para poder

esperar aquí?

Ana asintió con la cabeza, Saúl se metió para dentro sin estar convencido del todo y suspirando por tener que aguantar estas cosas día sí y día también. Pero lo que no tuvo en cuenta es que Tomás también podía irse cuando quisiera porque de echar a los últimos amigos de Vicente esa noche le tocaba encargarse a Nuria. En cuanto vio que nadie le observaba, Tomás salió con cuidado por la misma puerta de emergencias en la que estaba esperando Ana.

—Ven aquí, anda, bonita —la abrazó por detrás mientras la besaba en el cuello y empezaba a magrearla por todas partes—. ¿Por qué no nos vamos juntos a mi casa?

Ana no sabía ni lo que hacía, cuando llegó el taxi se metieron los dos, no habían recorrido veinte metros cuando el coche paró en seco. El taxista se bajó y fue hecho una furia hacia la puerta donde estaba Tomás. Le agarró de la solapa de su cazadora vaquera y le propinó desde fuera dos puñetazos que le dejaron mareado. Después, aprovechó y le soltó el cinturón de seguridad. Le agarró de nuevo y lo tiró al suelo con fuerza, y, antes de irse, le propinó una patada en las costillas.

Dos borrachos miraban desde la plaza y un par más desde la zona del Nueva Visión, no había nadie más en ese momento en Velarde, y no hicieron ningún intento de intervenir, solo observaban con curiosidad desde la distancia. El taxista era ancho de hombros y musculoso, y estaba claro que tenía carácter.

—Pedazo de subnormal —gritó mientras volvía a subir al coche—. No va y empieza a meter mano por dentro a la niña en el puto taxi… y está que no se puede ni mover.

Siguió calle abajo hacia la plaza, para girar hacia la calle de San Andrés con intención de ir por Carranza y dirigirse hacia Atocha.

—Te voy a llevar a la dirección que me habéis puesto en la aplicación —dijo el taxista mirando por el retrovisor a Ana—. ¿Quieres que llame a alguien? Si vas a potar tienes una bolsa de plástico detrás de mi asiento. Píllala.

—Jfprupan —dijo señalando la pantalla de su móvil.

—Joder, para entender lo que dices. Dame tu móvil y llamo yo. —Pinchó en el contacto que estaba puesto y lo puso en altavoz sin dejar de conducir. «A saber a quién estoy llamando. Veremos si ha atinado a poner a quien quería. Jfprupan suena a algo parecido a Juan», pensó encogiéndose de hombros leyendo el nombre del contacto.

—Dime, Ana —respondió Juan con tono serio, pero preocupado.

—No soy Ana, soy un taxista. Tu amiga está un poco perjudicada, de no tenerse en pie, y además iba con un aprovechado, les huelo a kilómetros. He tenido que echarlo a patadas —sentenció con enfado.

—¿¡Qué!? ¿Dónde estáis? —Elevó la voz alterado, dando un respingo y moviéndose de un lado para otro.

—Llegando a la glorieta de Alonso Martínez, iba a llevarla a la dirección que me han puesto en la aplicación, pero preferiría dejarla con alguien de confianza, la verdad. El taxi estaba contratado para una sola persona, por eso he empezado a escamarme cuando la he visto tan mal.

—¿Puedes traerla a la puerta del Nasti? Acabo de terminar de currar, soy uno de los porteros.

—Marchando, voy para allá —respondió poniendo el intermitente derecho para situarse mejor y poder dar la vuelta.

Juan llamó a Saúl según colgó al taxista.

—¿Dónde estás, Maraca? Necesito que vengas ahora mismo al Nasti.

La voz grave de Juan denotaba que algo malo había pasado.

—Estoy saliendo de La Vía, que nos hemos quedado con los amigos del subnormal del jefe de «fiesta», ¿qué ha pasado?

—Ven y te lo cuento, pero ven rápido.

—Voy corriendo. —Por una vez se ahorró las bromas. Sabía que había pasado algo malo de verdad.

Cuando llegó por San Andrés se encontró a Juan andando de un lado para otro, con los puños apretados y farfullando. En la calle todavía había bastante gente bebiendo en vasos de plástico, aún no habían empezado a disolverse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cuanto llegó a la altura del portero.

—Eso digo yo, ¿qué ha pasado con Ana? —le interrogó Juan dando un paso hacia él y poniéndole una mano firme en el hombro.

—La última vez que la vi estaba que se caía mientras Tomás intentaba drogaría. Le he pegado un collejón y me la he llevado lejos de él. He llamado a un taxi y lo he dejado programado para su casa.

—Pues, entonces, ¿sabes quién más es probable que se haya subido a ese taxi para propasarse con ella?

—¿Quién? —preguntó Saúl abriendo ambas manos.

—El cucaracho de Tomás…

—¿¡Qué!? ¡Sus muertos! Pensaba que se había escaqueado como de costumbre de trabajar, pero no imaginé que haría esto —dio una patada al aire—. Seguro que ha sido él.

—¿Sabes dónde vive? —preguntó Juan agarrándole de nuevo el brazo. Saúl le miró a los ojos y sonrió con malicia.

No le dio tiempo a nada más, un taxi llegaba desde el fondo de la calle y paró justo enfrente del Nasti. Primero bajó el taxista, fue hacia la puerta del asiento de atrás opuesto a su lado y la abrió, ayudando a salir a Ana, pues ella sola no podía. Estaba tan mal que casi no reaccionó al ver a Juan y a Saúl.

—Tenéis que llevarla a casa a dormir la mona, ha vomitado, así que mejorará un poco, pero ha bebido mucho.

Se acercó de nuevo a la parte de atrás y sacó una bolsa de plástico, que por su cara debía de tener el vómito dentro. Se acercó a una papelera cercana y la tiró allí. Saúl sujetó a Ana según la bajó el taxista del coche.

Juan y el taxista se dieron un firme apretón de manos.

—Encantado…

—Víctor —dijo el taxista.

—Gracias, Víctor. No sé qué hubiera pasado si no es por ti —le agradeció Juan sonriendo a pesar del cansancio y del estrés—. ¿Podrías describirme al chico que quería aprovecharse de ella?

—Un moderno con pinta de afeminado, con chaquetilla vaquera y

el pelo así un poco ladeado —hizo un gesto sobre su cabeza para describirlo.

—Vale, no sigas. Ya sé quién es.

—Le he metido un par de trucos. Tendrá la cara marcada.

—Ya le pillaremos, sí. —Se quedó unos segundos meditabundo, hasta que sacudió la cabeza y volvió a la conversación—. Gracias por todo, de verdad, ya nos encargamos nosotros. Estamos en deuda contigo, si alguna vez necesitas algo, aquí nos tienes a los dos.

—Ha sido un placer. —Se estrecharon las manos de nuevo y volvió a subirse al taxi a seguir con su jornada. La hora de cierre de las discotecas era de las más productivas de un taxista.

—¿La llevamos a su casa, Maraca? —preguntó Saúl—. Creo que como entre así en el colegio mayor va a tener problemas. ¿Por qué no te la llevas a dormir la mona a tu casa?

Juan asintió serio, su cabeza estaba en otra parte.

Saúl los acompañó hasta donde tenía aparcado Juan el coche, ayudó a entrar a Ana y se despidió de él.

—Ya me contarás, tened cuidado —se despidió dando dos golpecitos con la mano derecha en el capó.

Juan arrancó y se marchó rumbo a Vallecas. Tuvo suerte y en el trayecto Ana no volvió a vomitar, de hecho, empezó a espabilarse un poco, aunque acabó por dormirse. Juan consiguió aparcar en su propia calle, justo enfrente de su casa, en Peña Ubiña. Ana logró bajarse sola del coche y acompañó renqueante a Juan hasta el portal. Por suerte era una casa baja.

—Tú vas a dormir en mi cama y yo en el sofá —indicó Juan señalando hacia su habitación primero, y luego a su sofá.

Ana intentó protestar, pero de poco le sirvió, la cogió en brazos y la dejó sobre su cama, la ayudó a descalzarse y la arropó. No le dio pie ni a que pudiera desvestirse. Ella intentó, agarrando su brazo, tirar de él para que se quedara. Le miraba suplicante, pero no hubo opción. Juan le retiró la mano con cuidado y aprecio, le dio un beso en la frente y la dejó en la cama, cerró la puerta y se dirigió al duro sofá con el que compartiría aquella mañana, pues el sol ya hacía

rato que había salido.

A pesar de las horas que eran, Juan no podía dormir y daba vueltas en el sofá, un pensamiento recurrente le venía a la mente, y no podría estar tranquilo hasta que le diera una salida correcta.

FALTARÍA MÁS

Moisés estaba de pie junto a la puerta de La Vía, mirando calle arriba como Juan caminaba con garbo desde el Nueva Visión a su encuentro. Sonrió cuando vio que Sammy empezó a molestarle con sus locuras de borracho, justo en la puerta de su bar, e intentaba que no continuara con su camino.

«Lo que me faltaba», pensó Juan mientras lo esquivaba como podía. Todo se debía a que estaba intentando impresionar a dos niñas punkis que debían tener diecinueve años. El aliento le olía a cadáver, ya ni siquiera a vómito, pues había traspasado esa barrera. Además, tenía cara de haberse levantado hacía poco, los años y las drogas habían causado verdaderos estragos en él. Era grande y corpulento, pero venido a menos y encorvado. Se estaba quedando bastante calvo y movía la mandíbula de lado a lado. Era un manojo de tics de todo tipo.

Consiguió apartarle y seguir andando, las dos chicas que observaban todo cuchicheaban y se reían. No eran ni las once y ya estaban bastante ebrias. Sammy volvió con ellas a seguir con sus historias de los años ochenta. A veces parecía que se había quedado pillado en aquellos años.

—Haciendo amigos como siempre —saludó Moisés dando un paso hacia Juan y abrazándole.

—Puff… Menudo pesado —contestó enfadado—. No le aguanto. Representa todo lo peor de la sociedad.

—Anda ya —hizo un gesto de arriba abajo con la mano para restarle importancia—. Es un pobre diablo, nada más, Juan.

—Es un yonqui y un borracho —sentenció Juan cruzándose de brazos justo después de ocupar su puesto en la puerta.

—Un pobre diablo…

Desde la plaza del Dos de Mayo llegaron Paolo y su novia, Francesca. Él ya iba borracho y se metió a su bar, no sin antes mirar con odio a Juan, que le mantuvo la mirada. Ella iba con una minifalda vaquera, unas Air Max y un top que dejaba ver su estilizado abdomen. Llevaba el pelo moreno y liso suelto.

—Menuda mujer —dijo Moisés tras suspirar.

Se les quedó mirando y tras cerciorarse, asomándose a su bar, de que Paolo no la veía, se acercó a los porteros.

—Sin rencores, bello —dijo a Juan con una voz suave y seductora mientras le miraba a los ojos—. Soy una leona, pero sé que lo hiciste por mí —se acercó y le dio un beso seductor en la mejilla.

Juan se quedó inmóvil y Moisés luchaba consigo mismo para no hacer nada raro antes de que ella se fuera, aunque tenía los ojos fuera de sí y las cejas levantadas, un gesto que era muy suyo cuando estaba que no daba crédito a algo.

—Chao, bonito —se despidió Francesca, girándose con sensualidad y contoneándose hasta la puerta de su bar.

Ambos porteros se quedaron mirando sin poder evitarlo hasta que entró. Moisés rompió el silencio:

—Menudo mujerón…

—Uff… Desde luego —atinó a responder Juan.

El momento fue roto por Saúl, que salió del local de forma escandalosa.

—Bueno, Maraca —saludó mientras se encendía un cigarro—. Nuestro amigo está desaparecido en combate. No ha vuelto por aquí y no contesta al imbécil del jefe. Este hijo de puta se teme lo peor y ha huido como la sucia rata despreciable y rastrera que es.

—No me cuadra la historia que me habéis contado —intervino Moisés visiblemente incómodo—. No me fío nada de tu amiga.

Tomás es un pichabrava y puede estar con cualquiera. ¿Por qué arriesgarse a algo así cuando sabe que le va a traer problemas graves, sobre todo en su trabajo?

—Pues porque es un adicto, un pervertido y un drogadicto —respondió Juan con tono algo hosco—. ¿Te parecen pocas razones?

—Me reitero en lo dicho —contestó metiendo sus manos en los bolsillos de la pechera del North Face—. Haz lo que quieras, pero es lo que pienso.

—Nada, Maraca —intervino Saúl—. Ya sabes qué es lo que hay que hacer —chocó su puño derecho con su palma izquierda.

—¿El qué? —volvió a intervenir Moisés bastante molesto.

—Pues lo que hay que hacer —defendió Juan a Saúl—. Por cosas menores has repartido justicia varias veces. Así que ahora no me digas lo que tengo que hacer. Además, yo te he ayudado cuando ha pasado, así que por lo menos hazme el favor de no meterte.

Moisés sacó las manos del abrigo, las levantó abiertas con el gesto fruncido desentendiéndose y se metió dentro del local a dar una vuelta, algo que casi nunca solía hacer, pues siempre se lo dejaba a Juan.

—Lo vas a hacer, ¿verdad, Maraca? —preguntó Saúl justo antes de ponerse el cigarro en la boca y frotarse las manos por el frío.

—La duda ofende —respondió Juan con la vista ida hacia el bar de Paolo—. Faltaría más.

* * *

Era noche cerrada. Una cunda estaba preparada y esperando a llenarse de yonquis, aparcada al inicio de la calle Alonso del Barco, justo al lado del Dia de dos plantas que hacía esquina con Ronda de Valencia. Era un Peugeot ruinoso rojo que tenía más años que la Tana. Esa calle era el punto de partida para pillar heroína de decenas de politoxicómanos que pululaban por la zona y que se dedicaban a

robar cuando les entraba el mono, por lo que solía haber bastante policía.

Eso dificultaba la misión de las dos sombras que entraron en el callejón, pues por estrechez, oscuridad, insalubridad y peligrosidad no podía ser denominado de otra forma, por el cruce con la calle Sebastián Elcano. Cuando llegaron frente al número 3 vieron al final de la calle entrar a un yonqui en la cunda.

Juan suspiró.

—Menuda mierda. Aquí va a haber ojos o policía de forma permanente —dijo rezongando y tocando la puerta verde de madera de aquel portal.

Su acompañante, que era un poco más bajo que él y un poco más ancho, probó a empujar con fuerza la puerta. No abrió a la primera, Juan intentó detenerle, pero aun así hizo otro intento, y lo consiguió. Puso una sonrisa amplia de victoria e hizo una media reverencia para que Juan pasase el primero. Antes miró a izquierda y derecha para ver si alguien los había visto. Los yonquis parecían ocupados en sus cosas. Subieron hasta el cuarto izquierda.

Decidieron que lo mejor era sabotear las dos luminarias que alumbraban esa planta. Era un viejo y ruinoso edificio con dos pisos por planta, de escalera estrecha y desconchones en las paredes. De las humedades, mejor no hablar. Sin hacer ruido quitaron las carcasas y luego los propios tubos fluorescentes. Lo dejaron todo en lo alto de las escaleras que subían a la azotea, pues no había más pisos. Se quedaron agazapados a mitad de la misma. Los dos iban de negro al completo, desde las zapatillas de deporte hasta la cabeza, Juan llevaba un gorro de invierno y su acompañante, Pedro, una gorra de visera lisa. En la calle Sebastián Herrera les esperaba otra amiga con el coche preparado para irse, a la altura del restaurante El Valle.

Tuvieron que esperar tres largas horas a que Tomás diera señales de vida. Estaban tranquilos sobre si podían ser descubiertos o no porque la vecina de Tomás había llegado una hora antes y no les había descubierto. Se quejó de que no hubiera luz y se metió en su

casa. Además, era bastante improbable que ningún vecino subiera a la azotea a las tres de la mañana, si alguno lo hubiera hecho, se habría llevado un buen susto. Los dos llevaban sendas bragas polares tapándoles la cara hasta la parte superior de la nariz y guantes de cuero.

Tomás llegó renqueante, bamboleándose y jadeando. Era un cuarto sin ascensor. Dio varias veces al interruptor de la luz a la altura del tercer piso, miró hacia arriba y vio que nada se iluminó.

—No me jodas —se quejó en voz alta y pastosa—. Otra vez sin puta luz.

Siguió andando hasta llegar a su puerta, se limpió con la manga la baba que se le caía e intentó abrirla, pero se le escurrieron las llaves al suelo. Iba tan borracho que no atinaba ni a abrir.

Un fuerte empujón por la espalda le hizo chocarse contra la puerta, su nariz quedó rota y ladeada. Cayó de rodillas y una fuerte patada circular terminó de tumbarle: quedó inconsciente sangrando de forma profusa.

Juan se agachó, le agarró los dedos de la mano derecha uno a uno y se los fue partiendo, produciendo cada uno de los procesos un chasquido seco y grimoso que estaba incomodando a Pedro. Este no había hecho nada, solo vigilar, pues Juan se había lanzado como un miura contra Tomás.

Antes de que pudiera proseguir con su afanada tarea se abrió de golpe la propia puerta de la casa de Tomás. Un hípster en calzoncillos y con las tetas flácidas y barriguilla de sinvergüenza abrió de golpe alarmado por el ruido.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con cara somnolienta intentando ver algo, pues entre que se acaba de levantar y la oscuridad no se enteraba de nada.

Juan se levantó con un movimiento eléctrico y le metió un contundente boleón con el puño derecho que le hizo caer de espaldas. Hizo un sonido seco que inducía a pensar que su mandíbula se habría visto bastante comprometida. El hípster cayó sobre la puerta abierta, haciendo que rebotara contra la pared con

fuerza, pero no volvió a cerrarse, ya que su cuerpo noqueado lo impidió.

—Hostias… —soltó Pedro sorprendido.

Juan ni se inmutó, volvió a agacharse, agarró la mano izquierda de Tomás y con un movimiento eléctrico le partió el pulgar. Pedro le agarró por detrás y tiró de él para levantarlo.

—Vamos, coño. Tenemos que irnos pitando de aquí.

Juan asintió, aunque le molestaba no haber terminado del todo el trabajo. Corrieron escaleras abajo y salieron a la calle. Miraron a los dos lados. No había ni rastro de la cunda ni se veía policía. Cuando llegaron a la esquina de la calle hacia Sebastián Elcano se descubrieron y siguieron andando con tranquilidad. Se metieron en la parte peatonal de la calle Alonso del Barco, justo a mano derecha, y dieron a Sebastián Herrera. La calle estaba vacía, no había ni un solo ruido, exceptuando los ladridos lejanos de un perro enrabietado. A la altura del final de la Academia Militar de Farmacia un coche de la Policía Municipal les adelantó desde su espalda.

En el momento en el que se cruzaron las miradas de los patrulleros con las de Juan y Pedro tuvieron un pico de tensión, escaparse corriendo justo en ese punto de la calle era bastante complicado. Actuaron con la máxima normalidad, como si de dos fiesteros volviendo a casa se tratara. Al ir de negro y ser grandes, los policías disminuyeron la velocidad hasta casi pararse.

«Van a pararnos», pensó Juan. Pero mantuvo la entereza y agarró a Pedro pasándole el brazo por encima del hombro, le movió a derecha e izquierda y se puso a reír y a hacer bromas.

El coche se paró y el policía que no iba conduciendo bajó la ventanilla.

—¡Oye! —Elevó la voz refiriéndose a Pedro—. Controla a tu amigo —señaló a Juan—, que no son horas ya de estar haciendo el tonto. ¿Vais ya para casa?

—Sí, señor agente —respondió Pedro—. Estamos ya de recogida.

—Bueno, pues tened cuidado y no la lieis —se despidió subiendo la ventanilla y arrancando de nuevo.

Ambos se despidieron de los agentes con la mano, asintiendo con la cabeza y sonriendo.

—Bueno, pues nos hemos librado —dijo Pedro dando una palmada y dejando de actuar—. Si llegan a identificarnos y esa rata de tu compañero de trabajo denuncia podríamos tener un problema gordo.

—No va a denunciar nada, estará cagado, pero está bien que no nos hayan filiado —metió ambas manos en los bolsillos—. Así estamos más seguros.

—Pues sí. ¿Crees que sabe por qué ha sido todo esto?

Juan no respondió, solo le miró un instante y sonrió cuando volvió la vista hacia delante.

Siguieron andando en silencio hasta el coche que les esperaba en esa misma calle, un poco más arriba, y se marcharon lo más rápido posible de Embajadores. La noche no se les había dado nada mal.

PARA FRANCIA CON AMOR

En el Nasti había días de concierto, incluso varios, a la semana, al tener Juan una buena relación con Vélez solía darle para trabajar un par al mes, lo cual conllevaba ganar un pico más de dinero que, para qué engañar, le venía de perlas. Su cometido principal era verificar desde la puerta exterior que la gente que accediera tuviera la entrada, y, si alguien no la tenía, Cynthia estaba en la entrepuerta en un taburete vendiéndolas. Iba siempre muy maquillada, con el pelo rizado, suelto y moreno, y, además, tenía un buen busto y los labios gruesos y carnosos. Juan sospechaba que era lesbiana por sus formas y maneras, pero no lo sabía con certeza, aunque tampoco es que le importara.

Las entradas se vendían hasta las ocho y cuarenta, diez minutos después de la hora de inicio del concierto. Si el aforo se llenaba se cortaba antes, y eso fue lo que sucedió aquel día cinco minutos antes de la hora límite. «Sold out», pensó Cynthia mientras recogía la pequeña caja metálica con el dinero y las entradas sobrantes.

—Luego te veo, rey —le dijo a Juan, que se volteó y la miró desde el exterior, pues la puerta estaba abierta. Ella le lanzó un beso al aire y se fue directa al interior, a la oficina del fondo.

Juan asintió con la cabeza. Ese día había concierto de Los Punsetes, no quería ni oír lo que tocaban. Aborrecía a todos esos grupos indies extraños que solían venir.

Un taxi que bajaba por la calle se detuvo en la puerta, de la

ventanilla del conductor asomaba un brazo musculoso.

—¿Qué pasa, Juan? ¿Te lo estás pasando bien con esa música del infierno? —saludó Víctor, señalando hacia la puerta de la discoteca.

—Estoy disfrutando lejos de ellos —respondió Juan riéndose—. Bendita insonorización. ¿Qué tal la tarde?

—Empezando, ya he hecho dos servicios, así que ni tan mal —le guiñó un ojo—. A esta hora el barrio ya se ha transformado, ya sabes lo que dicen —hizo una leve pausa y señaló hacia su alrededor —, cuando anochece pasa de ser el barrio de Maravillas y se convierte en el de Malasaña —rio con fuerza.

—Ya es Malasaña, sí que es verdad que cambia mucho. De barrio normal a zona de fiesta y de sinvergüenzas.

—Desde luego que sí —afirmó el taxista con la cabeza—. ¿Vas a estar luego por aquí?

—Sí, primero Vía y luego al cierre aquí.

—De lujo —levantó el pulgar de la mano que mantenía fuera del coche—, luego me paso si puedo a veros.

—Por supuesto, Víctor, serás bien recibido.

—Luego nos vemos —finalizó arrancando el coche.

Desde el incidente de madrugada de Ana, tanto Juan como Moisés habían hecho buenas migas con Víctor. Compartían ambiente de trabajo y podían ayudarse de forma mutua. Además, nunca estaba de más hacer amigos en la noche, siempre es agradable tener a tu propia gente.

No habían pasado cuarenta minutos cuando salieron dos chicos con estética similar a los Beatles acompañados de Cynthia.

—No les dejes pasar otra vez, están fatal. Uno ha vomitado en medio de la pista —dijo desde la puerta, y volvió a entrar a la discoteca al instante.

Juan miró con rechazo a uno de ellos, el que estaba peor y, por lo tanto, el que seguro había vomitado. Estaba apoyado en una jacaranda de tronco fino que había plantada justo enfrente. Sin soltar su abrazo arbóreo volvió a vomitar, el líquido que cayó al suelo era amarillento y abundante. Un fuerte olor ácido invadió el

ambiente.

—¡Eh! —gritó Juan llamando su atención—. ¿Podéis iros un poco más lejos a vomitar?

«Menudas pupilas tienen, parecen dos búhos», pensó torciendo el gesto.

Tanto el que estaba vomitando como su amigo asintieron con la cabeza, el más perjudicado se limpió con la manga del jersey los restos de babas y vómito. Caminaron unos metros hasta la calle del Dos de Mayo y junto a una señal de *parking* para minusválidos se sentaron en el suelo.

«Además de borrachos, drogadictos. Menudos personajes —pensó mirándolos desde lejos con más asco que pena—. Un puto viernes a las nueve y cuarto… esta gente está tirando su vida a la basura».

El resto de la tarde-noche transcurrió sin incidencias, sobre las diez terminó el concierto y Juan, tras despedirse de Cynthia, se fue hacia el Red Bar, en la misma calle, a por un bocadillo. Siempre que había concierto una parte del público se quedaba, pero la mayoría se iban a sus bares habituales o a sus casas.

En la calle ya empezaba la vorágine, se podía andar con tranquilidad, pero ya había algunos grupitos de gente, bastante ruidosos, y los bares comenzaban a recibir público de verdad.

El Red Bar era un negocio familiar de portugueses, padre, madre e hija, se caracterizaba por su fachada grisácea llena de pintadas y un cartel circular rojo que sobresalía de la misma con el nombre del bar. A esa hora tenían bastante gente, la especialidad eran los bocadillos. Por menos de seis euros te ponían un bocadillo gigante, a Juan le gustaba el pepito o el de pechuga de pollo con tomate y mahonesa. Aunque solía tomar la segunda opción casi siempre.

—Marchando lo de siempre para llevar —dijo la madre sonriendo a Juan al verlo entrar desde la cocina. Era una adorable y pequeña mujer de pelo cano que siempre iba con un delantal blanco.

Juan se sentó en un taburete alto junto a la barra a esperar. A aquel local acudían muchos jóvenes a echar partidas de juegos de

mesa para pasar la tarde y hacer tiempo para otros menesteres más nocturnos. Las tapas eran buenas y los bocadillos los mejores.

La hija era la típica belleza portuguesa, bajita pero bien proporcionada y con una larga melena morena. Atendía de mala gana en la barra. No le gustaba el negocio familiar y se notaba. Aunque con Juan siempre era amable, por lo menos más que con la media de los parroquianos.

—Lo tuyo, Juan —dijo la joven dejando un bocadillo del tamaño de un antebrazo envuelto en papel albal encima de la mesa—. ¿Qué tal la noche?

—Resistiendo —respondió Juan encogiéndose de hombros—. Esperemos que vaya bien.

—Siempre vas con prisa, a ver si te sientas un día a cenar y te veo un poco más —dijo inclinándose un poco sobre la barra.

La madre sonreía con malicia desde la cocina, que estaba un poco más a la derecha de donde se encontraban, visible desde allí.

—Pues sí, a ver si vengo un día que no trabaje, que siempre voy como pollo sin cabeza —contestó Juan levantándose y comenzando a irse.

—A ver si es verdad. Ten buena noche.

—Igualmente —contestó volviendo hacia ella y dándole dos besos.

Tras despedirse se dio la vuelta y salió para ir rumbo a La Vía. La chica se quedó un segundo dispersa hasta que las risas de su madre le devolvieron a la realidad y se puso a atender a otros clientes con su habitual falta de entusiasmo.

A Juan le gustaba ir a cenar con Moisés, aunque fuera antes de su hora de entrada a trabajar, así le podía contar los chismorreos o novedades que pudiera haber. Aunque fuera un camino más largo le gustaba no pasar por la plaza del Dos de Mayo y darse una vuelta por el barrio, así que fue subiendo la calle hasta Corredera Alta de San Pablo y de ahí hasta Velarde. Se le hizo extraño no ver a Claudia en la esquina del Penta, solía estar por ahí de jueves a sábado a esas horas. No quiso entrar a preguntar, tenía un hambre

considerable.

Cuando llegó a la altura del Nueva Visión no vio a nadie en la puerta. El bar estaba abierto, pero ese día solo había un camarero rubito que debía de rondar los dieciocho años, el cual, por supuesto, sería pagado en especies; pero no había ni rastro de Sammy. «Estará demasiado borracho, inconsciente o muerto», pensó tragando saliva. La verdad era que nada de eso le sorprendería.

Por fin llegó ante La Vía, Moisés estaba en la puerta pidiendo el DNI a unos chavales que tenían pinta de estar justo en el límite de edad.

—No te pareces mucho a la foto del carnet —sentenció con tono jocoso tras mirar varias veces el documento del chaval.

—Es que es antigua —intentó justificarse el chico con un hilo de voz.

Juan llegó riéndose, ya sabía el juego que iba a hacer Moisés.

—¿En qué calle vives y cuál es tu segundo apellido? —preguntó este poniendo gesto serio y observando hasta el último movimiento del rostro del interrogado.

—Eeeh… pues…

—Ni puta idea, toma —le extendió el DNI—. A tomar por saco, tú y tus amiguitos. A engañar a otro sitio.

El chaval bajó la cabeza y recuperó su documento. Todo el grupito se marchó calle abajo, dispuesto a intentarlo en otro lugar. No hicieron amago alguno de protesta.

—A mí me la van a jugar, je —se enorgulleció sacando pecho.

—Menudo personaje estás hecho —le dio una palmada en un hombro—. Todavía recuerdo la entrevista que me hiciste para currar aquí de portero. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

—No, algo sabio, sin duda.

Juan rio antes de contestar.

—Me contaste que currar aquí de portero era lo mismo que salía en *De profesión: duro*, pero sin mariconadas.

—¿Y qué? —se defendió—. Es así.

—Moisés… en la película el protagonista se pelea todo el rato

contra grupos de veinte personas y le intentan apuñalar cada dos por tres —respondió intentando aguantarse la risa, aunque no le salió demasiado bien.

—Pues como aquí… —Se encogió de hombros y se puso a mirar hacia el bar de Paolo.

—Sí, sería en los ochenta —contestó mientras se sentaba en el taburete.

Los dos rieron un buen rato, la verdad es que habían pasado buenos momentos en esa puerta los dos últimos años.

* * *

Pasada una hora, Juan se giró y vio a Moisés riéndose, concentrado y afanado con el móvil.

—¿Qué haces? Te veo entretenido.

—Me he hecho un Tinder —contestó Moisés. Juan pegó un respingo sorprendido—. Me hago pasar por una tía buena y vacilo a todo el personal. Mira, he hecho *match* con Julio. Le estoy poniendo cachondo.

—¿Estás pasando el rato excitando a otros hombres? —preguntó Juan riéndose—. Esto no me lo esperaba de ti. No sabía que te iban esas cosas.

—¿¡Qué dices!? Yo no soy gay. Esto es solo un juego.

—Un juego bastante gay.

—Buah, paso de ti. No tienes sentido del humor —dijo enfadado yendo al interior del local a darse una vuelta.

—Buena suerte con tu cita, Moisés —le gritó Juan riéndose—. ¿Quieres que te pille un poco de vaselina?

Moisés se giró con los ojos fuera de las órbitas, señaló a Juan nervioso, pero no fue capaz de responder nada y se marchó dentro refunfuñando.

«Qué noches más buenas me da este hombre —pensó Juan sin

poder parar de reírse—. Es el mejor».

* * *

Para ser las dos y media de la noche el ambiente estaba bastante tranquilo, había gente, pero no estaba tan lleno como de costumbre. Nuria había podido salir más de lo normal a fumar a la puerta. Moisés no paraba de meterse con Juan, a ella parecía que le gustaba la situación.

—Bueno, chicos, me voy para dentro —dijo Nuria mientras tiraba lo que quedaba de cigarro al suelo.

—Venga, ataca. Eres un flojo —le dijo Moisés a Juan cuando la rubia entró en el local señalando hacia dentro el bar.

—Todo a su tiempo —respondió Juan cruzándose de brazos.

—Buah —hizo un gesto despectivo con la mano hacia abajo—. Si estuviera en tu lugar…

—Me voy a dar la vuelta, Romeo —respondió Juan abriendo la pesada puerta roja del bar.

En realidad, no hacía falta, pero no le apetecía que Moisés siguiera con lo mismo, cuando empezaba no paraba. Sonrió a Nuria al pasar frente a la primera barra y siguió revisando hacia el interior. Nada de nada, pocas veces hacía tan poca falta revisar el local. En apenas tres minutos había ido a saludar a Luisa a la planta de arriba, que como no había apenas gente intentó retenerle para charlar; insultó y le tiró una bayeta sucia a Saúl, ante lo cual este blasfemó como un poseso; evitó a la pesada de Olivia, a la cual no aguantaba, y revisó los baños. Todo estaba en orden.

Cuando salió se encontró un espectáculo curioso: un mexicano con bigote negro ancho con las puntas curvadas hacia arriba estaba insultando a Moisés. Vestía un traje blanco y camisa morada de seda desabrochada hasta el pecho y unos zapatos a juego de punta color burdeos. Tenía el pelo algo cano, por supuesto, repeinado hacia

atrás con abundante gomina. Le dio la americana a la mujer que le acompañaba y se cuadró de una forma cómica para pelear con su compañero.

—Ándale, pendejo. Te voy a romper la madre —gritó el mexicano escupiendo a los pies de Moisés.

Este comenzó a quitarse el abrigo con dificultad y lentitud. Estaba tan fuerte que le costaba el proceso. «No le va a dar tiempo», pensó Juan metiéndose en medio para evitar que el mexicano se lanzara a por su compañero antes de que estuviese preparado.

—Aparta, puto payaso —dijo Juan lanzando una patada frontal al pecho del mexicano, que ya se estaba acercando. Este se echó hacia atrás, pero recibió parte del impacto, que lo desplazó aún más de lo que ya se había movido. Se recompuso al instante y se puso a mover los puños adelante y atrás, y a dar saltitos raros como si fuera el actor de una película de boxeo de los años veinte.

—Vamos, cabrón —respondió el mexicano sin terminar de acercarse a una distancia de pelea real.

Moisés tiró el abrigo a un lado e hizo un claro ademán de ir con todo a por aquel hombre. Estaba rojo, con los puños apretados y temblando, lleno de ira. El mexicano siguió yéndose hacia atrás.

—¡Fuera de aquí, puto subnormal! ¡Largo! —gritó Juan intentando sujetar como podía a Moisés.

—Esto no va a quedar así, pendejos —amenazó el mexicano, señalándoles desde lejos mientras intentaba hacer ver que su mujer de cuarenta y cinco kilos le estaba sujetando de un brazo.

Pero sujetar a Moisés no era tarea fácil, consiguió apartar a Juan en un ejercicio de fuerza brutal y corrió hacia el mexicano. Este no supo reaccionar, la única oportunidad que tenía era darse la vuelta y correr y, cuando quiso hacerlo, ya era tarde. Por suerte, la mujer logró apartarse antes de que la mole compacta de Moisés chocara con sus más de ciento veinte kilos contra el mexicano. La brutalidad fue tal cuando le placó a la altura de la cintura que con un movimiento de brazos hacia arriba le levantó del suelo y lo lanzó por

los aires hacia atrás, cayendo con un golpe seco al suelo.

El mexicano se quedó inmóvil, tardó unos segundos en empezar a removerse y a quejarse. Juan agarró a Moisés y le metió para dentro de La Vía. La mujer ayudó a su acompañante a levantarse, tenía el pantalón del traje manchado de haberse rebozado por el suelo. Le costaba andar, la mujer le llevó hacia la plaza, pero antes de alejarse, el mexicano se dio la vuelta y miró a Juan.

—Volveré —gritó levantando un puño en señal de venganza. La mujer tiró de él y continuó llevándoselo.

Juan no movió ni un dedo hasta que no lo vio desaparecer al final de la calle. Estaba más que dispuesto a acabar la faena. Pero viendo lo encorvado que andaba el dichoso mexicano y cómo llevaba una mano apoyada en la baja espalda, supuso que por aquella noche había tenido bastante. La gente de alrededor que había por la calle estaba impactada por la brutalidad con la que Moisés había cargado contra ese cincuentón mexicano. Le había dejado para el arrastre.

—¿Me puedes explicar lo que ha pasado? —preguntó Juan cuando ya se había tranquilizado la situación.

—Ese personaje es mi peor enemigo —respondió Moisés aún enfurruñado.

—¿Qué te ha hecho para que te pongas así? No es lo normal en ti.

—Claro que no —tomó aire de forma profunda para soltarlo todo de carrerilla—: es un señorito, un pijo asqueroso que me humilló por el mero hecho de ser portero. Hace ya años de ese día —miró hacia delante abstrayéndose, recordando el momento—, además fue delante de mucha gente. Es un conocido de Vicente y me trató como a una basura por no dejarle entrar por ir demasiado borracho. Me dijo de todo —realizó una pausa en la que su mirada cobró intensidad—, se metió conmigo por no tener estudios y trabajar aquí y estuvo pasando durante semanas para humillarme con sus amigotes. Siempre en grupo, siempre faltando al respeto. Con cada día que se pasaba mi paciencia se fue acabando hasta que tuvimos

una pelea. Le di un tortazo y le senté de culo. Entonces juró venganza y viene cada equis meses a atacarme. Una vez me pegó por la espalda. No es de fiar ese mexicano. Además, ¿sabes lo que me han dicho de él?

—¿El qué? —preguntó Juan con rapidez, pues estaba atrapado con la historia.

—Que ni siquiera es mexicano. El hijo de puta es de otro sitio e imita a un mexicano. Es para matarle.

Juan se rio a carcajadas, no podía creer que Moisés tuviera un archienemigo bigotudo que fingía ser mexicano y que agitaba el puño en señal de venganza. Era todo muy de telenovela sudamericana de los noventa.

—Ríete lo que quieras —respondió comenzando a hacerlo él—, pero ese tío no entra en este bar mientras esté yo aquí.

—Bueno —respondió Juan mientras se limpiaba las lágrimas de la risa—, mientras esté yo tampoco.

Moisés le puso una mano en el hombro.

—Gracias, chaval.

—No se merecen. Somos un equipo.

Moisés asentía con la cabeza con una media sonrisa, orgulloso de su compañero.

* * *

Justo antes del cierre llegó Vicente, bastante bebido, andando de forma renqueante y con su tradicional séquito de pelotas comebolsas.

—¿Qué ha pasado con Miguelón? ¿Otra vez has discutido con él? Me ha dejado un mensaje —preguntó preocupado. Se angustiaba hasta por las reseñas negativas de internet, era compulsivo y obsesivo hasta la médula.

—Sí, ya sabes que no puedo dejar entrar a ese falso mexicano.

Humilla a tus empleados —sentenció Moisés con un enfado visible—. No solo a mí, con las camareras es también así. Cree que son menos que él y las trata como si fueran sus sirvientas.

—No puedes ser así, Moisés…

—Puedes despedirme si quieres —respondió tajante—. Mi dignidad no está en venta —continuó poniendo las manos a la espalda, con el mentón alto.

—Bueno, bueno —le dio una palmada en el costado—. Tampoco es para ponerse así. Si hace eso no le dejes entrar.

Moisés solo asintió con seriedad y mantuvo la posición. Juan observaba todo con curiosidad, le encantaba la gente que iba de cara y que no se achantaba cuando su honor era lo que estaba en juego.

Vicente entró y siguió bebiendo en el interior hasta altas horas de la noche. Iba abrazado a una cuarentona un poco perjudicada que se estaría tirando, lo cual no le iba a hacer mucha gracia a Olivia.

—Menuda se va a liar hoy con este y las dos queridas —rio Moisés, frotándose las manos y señalando con las cejas y la cabeza hacia el interior del bar—. Vete al Nasti ya, cierro yo. Ya te cuento mañana cómo acaba la película.

Juan asintió, le dio un abrazo y salió pitando sin despedirse de nadie más hacia la plaza del Dos de Mayo.

* * *

A diferencia de La Vía, el Nasti estaba a rebosar, había una legión de modernos por todas partes, estaban desbordados. Para el encargado de ese día, un tipo anodino, cascado y drogadicto, el aforo era algo opcional.

—Esto ya no puede ser —dijo Vélez saliendo por la puerta—, corta por lo sano, Juan. No entra nadie más hasta que salga gente. Me voy a vigilar dentro —le guiñó un ojo y volvió a entrar.

Un lamento colectivo llegó desde la parte derecha, el lugar donde se había formado una cola de grandes dimensiones que llegaba hasta La Gata Flora, el restaurante que había a continuación de la discoteca.

—Es lo que hay —les dijo Matei a los *hípsters* que encabezaban la fila—. Haber venido antes.

Le encantaba vacilar a la gente, siempre con educación, pero disfrutando mucho de hacerlo.

Hubo mucho movimiento, los que iban a fumar no contaban, así que tenían que ir preguntando a todos los que salían si era de forma definitiva o a fumar, poniendo sello solo a los segundos para que pudieran volver a acceder al local sin hacer la kilométrica cola.

—¡Fuera de aquí, pesado! —gritó Matei a un latero pakistaní que se puso al lado de la puerta—. Ni en la entrada ni en la fila, os quiero lejos de aquí, que luego me echan la bronca a mí.

El latero asintió con sonrisa bobalicona y se fue, en toda la zona Matei había adquirido fama de tener poca paciencia y de ser poco diplomático. Nadie se atrevía a molestarle nunca.

—Putos pesados, son una puta mafia —refunfuñó apoyado en la pared del local junto a la puerta.

—Y tanto —contestó Juan mirando a la cola que cada vez era más extensa—. No creo que puedan entrar todos hoy.

—No, es imposible, en una hora cerramos la entrada, ya es tarde para ellos —dijo mirando su reloj de pulsera, eran casi las cuatro y media.

Claudia llegó andando desde la plaza del Dos de Mayo, ese día iba ataviada con un vestido verde pistacho, con su pamela a juego, fue directa hacia la puerta. Matei le dio un codazo cómplice a Juan al verla.

—Te cubro, amigo.

Juan avanzó a su encuentro y Matei se quedó controlando todo.

—Buenas noches, querido —saludó con un poco más de pesar en la voz que de costumbre.

—Anda, la desaparecida —respondió Juan dándole un abrazo

teniendo cuidado de no volarle el sombrero—. ¿Qué tal estás, guapa?

—Pfff, un poco asustada, la verdad —admitió nerviosa, frotándose las manos de forma reiterada.

—¿Y eso? —preguntó enarcando las cejas.

—Ayer me siguió un tipo extraño al salir del curro. Casi me lo hago encima.

—¿Estás segura de que te siguió?

Claudia miró a Juan torciendo el gesto, poniéndose seria.

—Vale, vale. No te pongo en duda —abrió ambas manos hacia ella—. Es de formación profesional.

—Me siguió por cuatro calles distintas —hizo una pequeña pausa mirando hacia el suelo—, y cuando ya estaba casi encima de mí, pasó justo un camión de reparto. Corrí hacia él, lo paré y le pedí que llamara a la policía. Solo entonces dejó de seguirme y desapareció.

—¿Te llamó la atención algo con lo que poder reconocerlo? ¿Has ido a denunciar?

—¿Para qué? —contestó a punto de ponerse a llorar—. Si iba tapado, no podría decirte nada más que iba con la capucha puesta y un pañuelo o algo así tapándose el rostro —hizo un gesto con las manos como tapándose la cara—, tampoco pude fijarme mucho, estaba demasiado ocupada intentando no quedarme paralizada y huir.

—Estas cosas hacen que me hierva la sangre —contestó negando con la cabeza y arrugando la nariz—, ojalá hubiera estado allí.

—Ojalá, desde luego.

—La próxima vez si puedes llámame. Siempre estoy por aquí —intentó reconfortarla posando la mano en su hombro.

Claudia se acercó y abrazó con fuerza a Juan.

—Gracias, de verdad —dijo apretando con fuerza los brazos de Juan a la altura del codo.

Juan se hurgó en un bolsillo del abrigo y sacó un espray de gel rojo.

—Menudo cacharro, es grande.

—Está homologado —se lo extendió e insistió acercándoselo más para forzar que lo cogiera—, llévalo siempre a mano, no en el bolso. A la mínima úsalo, a la cara, sin piedad. Hace no mucho le di otro igual a otra amiga mía.

—Tienes muchas amigas, ¿eh? —respondió poniendo los brazos en jarra y fingiendo indignación.

Juan se quedó callado un momento sin saber qué decir. Claudia se rio y le dio un sonoro beso en la cara.

—Gracias, guapo. Me voy pitando, que he quedado en el metro —señaló en dirección a Fuencarral—. A ver si te llamo por una buena causa y no por estas cosas, que con la tontería nunca quedamos.

—Hecho, te llamo a lo largo de esta semana —se comprometió Juan.

Claudia se despidió con la mano según se alejaba, su cara estaba más relajada, denotaba que se había desahogado un poco. Iba con un bolsito blanco que colgaba junto a la cadera izquierda y en la mano derecha llevaba el espray, pegado al estómago, para que no se viera mucho.

* * *

Pasó casi una hora cuando a la puerta del Nasti llegó un hombre alto, corpulento y barbudo, vestido solo con una camiseta verde de fútbol americano, a pesar del frío que hacía. Iba con un vaso de plástico en la mano, sin duda con alcohol. Tenía la mirada torcida y unos andares que inducían a pensar que no iba demasiado fino.

—¡Quiero pasar! —gritó con agresividad, moviendo la mano del vaso y salpicando a Matei el abrigo.

La mirada del portero rumano echaba chispas, pero hizo un esfuerzo por serenarse mientras limpiaba con rabia su pechera.

—Está ya cerrado —le interpeló Juan con mucha brusquedad. A su derecha se elevó otra protesta colectiva—. No puedes entrar y

menos con un vaso y con esas malas formas.

—Voy a pasar, gilipollas —respondió el borracho mostrando mucho los dientes y ladeando la cabeza—. Soy francés y voy a pasar.

Debía de estudiar o trabajar en España desde hacía tiempo, hablaba español como si fuera un autóctono.

—Te ha dicho que no, franchute —intervino Matei con firmeza.

El francés se acercó y le empezó a dar toquecitos en el pecho.

—Y me lo vas a impedir tú, pequeñín —respondió echando perdigones con cada palabra a la cara de Matei.

Era más alto que Juan y más ancho que Matei, pero estaba empezando a tentar a su suerte. Le dio a este último una toba en la nariz con el índice derecho. Juan saltó y empujó con fuerza al francés, pero apenas le movió. Comenzó a reírse y le dio una palmada en el pecho a Matei. Este, con un movimiento veloz en extremo, le dio un *crochet*, que sonó seco y contundente, como Juan no lo había visto en su vida. Le giró y le dejó sentado en el suelo. Dos dientes saltaron de su boca y rodaron por el suelo. La gente estaba jaleando desde el principio, pero con el puñetazo se volvieron locos, gritando y animando a Matei.

«Para Francia con amor», pensó Juan.

El francés tardó unos segundos en levantarse, con la mano en la boca y protestando por la pérdida de sus dientes, insultando a todos los españoles. El alborotador se alejó dolorido a llamar a la policía. Juan hizo lo propio con Víctor, que en apenas cinco minutos estaba esperando con su taxi en la puerta de atrás del Nasti, la que daba a la calle del Espíritu Santo. Matei atravesó todo el jolgorio de la discoteca y salió por detrás, subiendo al vehículo y marchándose de la zona.

Tres minutos después apareció la policía, el francés señalaba a Juan y a Vélez, que estaban en la puerta para dar la cara.

—Su amigo, el que está dentro, ha sido su amigo —gritaba enfurecido el francés, haciendo movimientos rápidos con los brazos.

Los policías le conminaron a serenarse y se acercaron a hablar con Juan y Vélez.

—Buenas noches, caballeros —saludó uno de los policías al portero. El otro se mantuvo junto al francés por si hacía algo raro—. Ese señor nos ha comunicado que ha sufrido una agresión por parte de uno de los porteros de esta discoteca, por lo que dice, de su compañero.

—Buenas noches, agentes —respondió Vélez con respeto—. Solo estamos nosotros dos hoy. Este señor está bebido y ya llegó herido aquí, sin duda habrá liado alguna por ahí antes de venir aquí. Él nos ha empujado e insultado a nosotros, pero no le hemos pegado, solo le hemos impedido la entrada al local por su estado de embriaguez o de lo que tenga.

—Comprendo —asintió el agente.

El francés no paraba de moverse, de intentar intervenir y de gritar.

—Si sigue así le vamos a detener, caballero —le amenazó el otro policía—. Acompáñeme un poco más lejos —le agarró de un brazo y se lo llevó a unos metros de distancia.

Desde lejos seguía importunando y comportándose como un borracho alborotador.

—Lo que tenéis que aguantar —dijo el policía a Juan y a Vélez—. Voy a intentar que no denuncie, pero si lo hace su abogado pedirá una rueda de reconocimiento con todos los porteros en plantilla. Os aviso para que estéis preparados. A mí esta gente tampoco me gusta.

—Gracias, agente —respondieron a coro ambos porteros.

El francés se puso a gritar «putos españoles» e «hijos de puta» sin parar, hasta que el policía decidió darle un toque de atención en el cogote. Juan y Vélez pudieron ver cómo los dos policías le abroncaban y le invitaban a irse a su casa. Tras un rato de protestas y aspavientos hubo dos momentos en que estuvieron a punto de detenerle. Al final se marchó cabizbajo y derrotado calle arriba.

El policía con el que habían hablado volvió a acercarse.

—Parece que no va a denunciar, va bastante bebido, mañana lo mismo ni se acuerda de los detalles del asunto. Le hemos metido

miedo de que si denuncia le van a condenar a él también —suspiró mirando la silueta del francés marchándose—. A ver si hay suerte y se queda aquí. Hay gente a la que le hace falta el tortazo que no le dio su padre en su momento para que aprendan a comportarse.

—Desde luego —respondió Vélez—. Muchas gracias por todo, agente.

Ambos porteros le estrecharon la mano, tras lo cual volvió con su compañero y fueron hasta su coche, que estaba aparcado en la esquina de la calle.

—Bueno, pues al final no ha salido mal la noche, para cómo podía haber salido —dijo Vélez tranquilo y mirando cómo se iba el coche patrulla.

—No, desde luego que no, ha sido entretenida —respondió Juan.

—Venga, vamos a movernos para despejar la discoteca pronto, que algunos queremos irnos a casa a dormir —hizo un gesto con la cabeza para que Juan fuera dentro a despejar la sala.

BUSCA Y CAPTURA

Llevaba media hora cayendo un fino calabobos que gota a gota le iba mojando, pero no le importaba, le gustaban los días lluviosos. Manuel no salía, estaba tardando más de lo habitual. Juan estaba apoyado con los brazos cruzados en la pared de ladrillo de la peluquería Escabias, que llevaba cerrada desde hacía tiempo. Se encontraba justo a un lado de la entrada del Hospital Universitario Severo Ochoa. Salvo alguna que otra persona con paraguas que iba o salía de alguna cita médica no había mucho ajetreo. El aparcamiento del hospital estaba casi vacío, lo cual era un verdadero hito en el sur de Madrid.

Por fin, una figura achaparrada, calva, barrigona y con una bata blanca de doctor salió quejándose del frío en dirección a Juan. Tosió dos veces justo antes de llegar junto a él.

—Ten cuidado, doctor, a ver si te va a crecer el pelo —bromeó Juan extendiéndole la mano.

—Muy gracioso —respondió—, pero que muy gracioso. Tengo lo que me pediste, aunque no me hace ninguna gracia dártelo —hizo una breve pausa durante la que vio cómo se le levantaban las cejas a Juan—, pero te lo debo —continuó. Hurgándose en el bolsillo de la pechera, sacó un papelucho pequeño y arrugado y se lo extendió.

Juan se lo guardó en el bolsillo de atrás de los vaqueros sin mirarlo. El doctor estaba algo agitado, con manos temblorosas y con un tic en la pierna derecha que era incapaz de controlar.

—Es por una buena causa, doctor. Tan buena como cuando hice el trabajo para su hija —intentó tranquilizarlo.

—Pues entonces espero que le hagas pagar —respondió cambiando de actitud, con voz más firme y con el rostro serio. Se giró sin más y volvió caminando al interior del hospital.

Juan observó al doctor hasta que le perdió de vista, solo entonces se dio la vuelta y avanzó con paso firme y ágil por el aparcamiento, pasó por el parque que había a continuación y llegó a la pequeña rotonda con el busto de Cervantes, cruzó al otro lado y se acercó a su pequeño coche, que tenía aparcado justo enfrente del *pub Gentleman*.

Solo cuando estaba dentro del vehículo sacó el papelillo arrugado y lo estiró sobre el volante: había una dirección. Sonrió y volvió a guardarlo en el mismo sitio del que lo había sacado.

* * *

Tres largos días, con sus correspondientes noches, habían estado Juan, Sara y Pedro turnándose para vigilar la maldita casa que tenían los dos últimos justo delante. Habían descartado que el objetivo viviera allí, solo estaban sus padres, así que tocaba improvisar para sacar la dirección. También habían recurrido a un amigo policía de Juan, pero la dirección que le había conseguido era la misma. Con el nombre que le proporcionaron no podían lograr más información.

El cabronazo que estaban buscando por no tener no tenía ni un móvil a su nombre, parecía un fantasma, seguramente debido a la necesidad de adaptarse por multas impagadas o deudas. «Lo mismo hasta es un okupa», dijo Pedro en la última reunión de equipo. A Juan le encajaba que fuera así, pero necesitaban verificarlo de alguna manera, y habían optado por la vieja confiable.

—Mira a ese cabrón —señaló Sara desde el coche con las

ventanas tintadas de los seguimientos.

—A ver si cuela —respondió Pedro justo antes de beber un largo trago de café de mala calidad de un termo.

Una furgoneta de paquetería amarilla de Correos aparcó justo enfrente de la casa de los padres del sujeto ilocalizable. De ella se bajó Juan, al que se la había prestado una hora un amigo que le debía un favor importante, fue a la parte de atrás y sacó una caja de una PlayStation 5. Tocó el timbre dos veces. Esperó y cuando estaba a punto de regresar a la furgoneta, de la puerta de la casa salió un hombre de avanzada edad, de por lo menos ochenta años.

—Sí, dígame —dijo con voz cansada y débil. Se recolocó las gafas y achinó los ojos para ver mejor a Juan.

Este iba vestido como un repartidor de paquetería, con botas de almacén, el típico polo corto amarillo de trabajo y pantalón y chaleco azul marino con el logo de Correos. El conjunto estaba coronado por una gorra del mismo color. Hacía frío, pero quería dejar claro que era de Correos, con el abrigo era menos evidente.

—Buenas tardes, traigo un paquete para Abdul Amrani —dijo Juan mostrando la PlayStation.

—No está, ya no vive aquí, pero soy su padre y se lo puedo recoger —contestó el anciano extendiendo las temblorosas manos para agarrar el paquete.

—No puede ser —torció la boca Juan, separando el paquete del anciano—. Tiene que cogerla él, y ya es la segunda vez que vengo. Si me da su dirección puedo hacer una excepción y llevársela.

El anciano se quedó pensativo por unos segundos. «Vamos, viejo cabrón, dame la dirección», pensó Juan intentando no tensarse y delatar sus verdaderas intenciones.

—Lo siento, muchacho —contestó al fin—, pero yo no puedo dar la dirección de mi hijo a nadie sin su permiso —negó categórico y retrocediendo para cerrar la puerta—. Menuda bronca me echaría.

—Espere —le detuvo Juan con un gesto de la mano—. ¿Está seguro de que no puede darme su dirección? Puede perder la opción de recoger el paquete. Esto es un premio de una promoción en la

que habrá participado, si no lo recoge ya lo va a perder, no se va a volver a enviar.

—Sí, estoy seguro. No puedo ayudarle —respondió el anciano volviendo a intentar entrar en su casa.

—Bueno —interrumpió de nuevo Juan apoyando su mano derecha en la puerta y evitando que la cerrara—. ¿Le puede decir que voy a dejar el paquete en la oficina de correos, en la plaza Salvador? —Añadió para salvar la situación—. Si va hoy antes de las ocho lo puede recoger, mañana ya no estará disponible.

Por su cara, mucho más relajada, parecía que esa opción sí podía ser válida para el anciano y que se lo dijera a su hijo.

—¿No me tiene que dar algún papel para que pueda ir a recogerlo? —preguntó todavía desconfiado.

—No, lo siento —se disculpó Juan encogiéndose de hombros—. Tendrá que llevar su DNI o NIF y preguntar por paquetes a su nombre. Se lo darán, se lo aseguro.

—Oh, pues muchas gracias. Yo se lo diré.

Juan asintió y fue hacia la furgoneta, arrancó y se fue de allí. Debía darse prisa, aún era posible que no estuviera todo perdido, y debía devolver el vehículo y la ropa. Por suerte, había quedado con su amigo cerca de allí. Pedro y Sara arrancaron al minuto de salir Juan.

* * *

Llevaba casi una hora esperando montado en su Honda Forza 300 negra frente a la iglesia de San Salvador, una construcción de la primera mitad del siglo XVI de estilo manierista que había sobrevivido al paso del tiempo en el mismo centro de Leganés. Estaba justo enfrente de Correos, no demasiado lejos de donde comenzaba la zona peatonal; por suerte, allí sí se podía acceder con vehículos, aunque no había lugar para aparcar. Por ese motivo había

ido en moto.

Se dio toda la prisa que pudo para llegar, si su argucia había funcionado su objetivo no tardaría en aparecer. Empezaba a haber gente en la calle, los bares y terrazas en la zona comenzaban a llenarse. El bullicio venía bien para poder pasar desapercibido.

Cuando ya estaban a punto de ser las ocho un cuarentón desgarbado con el pelo rizado corto apareció proveniente de plaza de España. Iba con un chándal gris roído de dos piezas y con las manos en los bolsillos.

—Puto cabrón —pensó en voz alta Juan mirándolo con odio.

El susodicho pasó por delante de él sin percatarse de que le observaban, pues Juan estaba sentado en su moto con el casco puesto. Entró a la oficina de Correos para salir en apenas dos minutos, estaba visiblemente enfadado, refunfuñando en voz baja y haciendo aspavientos. «No le ha debido gustar descubrir que no hay nada para él», pensó sonriendo Juan.

Nada más salir se dirigió a paso rápido hacia la misma dirección por la que había venido. Juan abrió el asiento de su moto y guardó el casco. Avisó en un mensaje a Sara para que fuera a por la moto, ya que no estaba bien aparcada, y corrió hacia plaza de España, pues tenía miedo de perder al escurridizo objetivo.

Cuando llegó a la plaza su presa estaba ya a la altura de la sede del PP, por lo que apretó el paso para lograr situarse más cerca de él. Corrió al trote y con cuidado hasta el final de la plaza de la Fuente Honda y la calle Mediodía. Una vez allí avanzó con más cuidado, manteniendo una distancia mínima. Por suerte para él, había bastante gente por aquellas calles del centro. Continuó diez metros por detrás de él hasta la calle Juan Muñoz, una vez allí tuvo que esmerarse en no perderle, porque era donde más gente había, tanta que costaba avanzar sin chocar o apartar a alguien, más si ibas rápido.

«Bien, de puta madre —pensó Juan al ver que su objetivo se había puesto unos cascos e iba distraído con su música—. Más fácil».

El objetivo avanzó por Juan Muñoz hasta la calle Nuncio, en la cual giró. Juan apretó el paso, sin poder correr por el gentío que tenía delante. Justo cuando se asomó con cuidado, haciendo como que hablaba por el móvil, a la calle en la que había girado su objetivo, pudo ver cómo entraba en un portal. Se acercó cauteloso, siguiendo con su pantomima del móvil.

«Número dos, te tengo, hijo de puta —pensó satisfecho—. Ahora sí que te has caído con todo el equipo».

* * *

Sara se empeñó en ir ella, cuando se ponía intensa no había quien la tratara. Le daba igual lo que le dijeran, si se empecinaba en algo no había forma humana de que cediera. Al ser un caso de un degenerado que acosaba a una chica joven empatizaba con ella y quería formar parte del castigo a dicho individuo. El padre de la joven los había contratado para encontrar y obligar al acosador a que dejara en paz a su hija. Habían denunciado varias veces, pero no había servido de nada, por lo que por un contacto en común de la seguridad de la noche llegó a Juan y a su nueva empresa no oficial de investigación y resolución de conflictos.

Por lo que habían podido averiguar hablando con contactos de Leganés el sujeto era un okupa, marroquí de segunda generación que complementaba una ayuda del Gobierno con un trabajo a tiempo parcial de delincuente de tres al cuarto. La gente le conocía, pero no sabían dónde vivía, pues iba ocupando y cambiando de residencia cada poco tiempo.

—¿Crees de verdad que la mejor táctica para resolver este trabajo es este plan suicida? —preguntó Juan mientras caminaban por el centro de Leganés intentando hacer recapacitar a Sara.

—Sí, es un plan sin fisuras —respondió en firme—, ya verás. Con los despojos como estos no hay otra opción.

—Pero…

—Pero nada —le interrumpió—, siempre te acompaño y te ayudo en todas tus putas cosas. Ahora toca que me devuelvas el favor. Quiero hacer esto así por esa pobre chica.

Juan no se podía creer que aceptara hacer esa gilipollez, pero no iba a dejar tirada a su amiga, no era porque pensara que no fuera solvente para hacerlo, Sara era luchadora profesional y tenía capacidad y mala leche para hacer lo que quisiera, pero en qué lugar quedaría él si no la acompañara. Veía que había demasiado riesgo, las posibilidades de que saliera algo mal eran elevadas. Pedro estaba esperando en un coche en la calle de Ordóñez.

Apenas eran las ocho de la tarde, al ser invierno ya era de noche y por Juan Muñoz, a pesar de que era un miércoles, había bastante gente, aunque en la calle Nuncio no había nadie. Iban con sendos gorros negros y con bragas a juego tapándose la cara. Llegaron ante el portal número 2 y Sara se puso a llamar a varios pisos para que les abrieran. Varios vecinos respondieron a la vez, creando una confusión que hizo que uno de ellos les abriera. Subieron al segundo piso y llamaron al A. Por supuesto se pusieron a ambos lados de la puerta para que no los viera por la mirilla.

El plan presentaba bastantes fisuras, la primera era que no hubiera nadie y algún vecino le avisara de que alguien le estaba buscando; la segunda, que no viviera solo y abriera la puerta otra persona, y la tercera, que hubiera más gente en el piso y defendieran, incluso con armas, al pervertido. Pero Sara estaba empeñada, así que no quedaba otra. Ese personaje había intentado forzar a la hija del cliente y era el tema más sensible que podía haber para Sara.

Antes de llamar, la luchadora se había colocado un puño americano dorado en su mano derecha, en la izquierda tenía un espray de gel. Juan llevaba un táser de alto voltaje, quería ir sobre seguro, no sabía lo que se iba a encontrar.

Tuvieron suerte, el objetivo fue quien abrió la puerta, llevaba la misma ropa que el día anterior.

Sara no se lo pensó ni un segundo, y antes de que el degenerado se diera cuenta de qué pasaba recibió un fuerte impacto en el rostro que le hizo caer hacia atrás. Solo logró oír un «toma, Abdul» justo antes de desplomarse. Sara saltó sobre él y le golpeó de forma reiterada desfigurándole la cara. Antes de levantarse vació su espray en la boca de un Abdul inconsciente, cuya cara era una masa sanguinolenta. Debía de haber perdido varios dientes. De repente, apareció un compañero de piso del agredido, iba con cara de fumado y no parecía enterarse de mucho. Juan y Sara pegaron un respingo, pero Juan reaccionó rápido, ya que estaba alerta, y dando tres pasos hacia él le dio con el táser en el estómago, haciendo que cayera al suelo.

—¡Venga, nos vamos! —ordenó Juan avanzando hacia Sara, agarrándola de un brazo para levantarla y tirando de ella hacia el pasillo.

Antes de que comenzaran a bajar, una viejecita de pelo blanco asomó la cabeza por la puerta del segundo B. Para sorpresa de Juan no gritaba ni estaba asustada, solo sonreía de oreja a oreja con malicia y asentía con aprobación.

Corrieron hasta la calle, y tras observar que no había nadie siguieron haciéndolo hasta la calle Ordóñez. Una vez allí se dieron la mano para parecer una parejita y avanzaron a buen ritmo y mirando hacia atrás cada dos por tres hasta llegar al coche en el que les esperaba Pedro. En esa zona solo había tres cámaras de dos negocios y eran fáciles de esquivar. Habían hecho un buen mapeo de la zona y lo tenían todo controlado. Una vez en el coche se destaparon y se fueron de vuelta directos a Vallecas.

—Me encanta que los planes salgan bien —dijo Sara frotándose las manos.

—La madre que te parió —respondió Juan renegando con la cabeza.

Ante lo que los tres comenzaron a reírse.

SORPRESA

Vélez le llamó esa misma mañana y le dio para trabajar una fiesta/concierto privado de la pasarela Cibeles que se iba a realizar en el Nasti. Tenía que estar con traje a las siete en la discoteca. «Ya verás cómo te vas a poner, chaval. Todo modelos de metro ochenta, deberías pagar tú por ir», le dijo entre risas. Juan aceptó, pues necesitaba el dinero; además, alegrarse la vista nunca venía mal.

Llegó a la entrada de la discoteca un cuarto de hora antes del inicio de la fiesta. Tras saludar a Cynthia se puso en el lado derecho de la puerta con unas hojas con la lista de invitados. Su trabajo consistía, aparte de evitar cualquier tipo de incidente, en comprobar que quienes quisieran acceder estaban en la lista y ponerles un sello cuando salieran para no tener que estar comprobando todo el rato si estaban autorizados a entrar o no.

Los invitados fueron llegando, pero para sorpresa de Juan las treinta primeras personas eran cincuentones maquillados y con las uñas pintadas. Algunos tenían fulares e incluso vestidos y faldas. Según pasaba el tiempo, fue llegando más gente, aunque más del noventa por ciento fueron hombres de mediana edad como los ya mencionados. Juan no entendía nada, así que escribió a Vélez.

«No sé, chaval. Es lo que me habían dicho a mí, pensaba que iban a ser todo modelos. No sé, pregunta a alguno a ver qué pasa», le respondió.

Juan esperó a que hubieran llegado la mayoría de los invitados,

dobló las hojas con la lista dos veces y se las guardó en el bolsillo de atrás del vaquero. La puerta se abrió desde dentro y un señor con bigote, gafas y un evidente sobrepeso se puso a fumar justo al lado del portero.

—Perdona —le interpeló Juan—. Esto es una fiesta de la pasarela Cibeles, ¿verdad?

—Claro, cari. Aquí estamos los mejores diseñadores, estilistas y maquilladores que vas a poder ver —respondió señalándose a sí mismo.

Para Juan fue como recibir un bofetón en plena cara. «Puto Vélez, cabrón», pensó negando con la cabeza.

—Si quieres pegar un buen braguetazo este es el lugar —rio el bigotillos cerrándose el abrigo y haciéndole ojitos.

«Lo que me faltaba», pensó Juan.

—Eh…, me tengo que ir dentro —atinó a decir incómodo.

Dentro había un espectáculo peculiar, con un montón de gente bailando de forma extraña con una música que le daba dolor de cabeza. Juan vio al encargado de ese día, pues iban rotando, un hombre chepudo y anodino que siempre iba con un jersey de pico, haciendo gestos para que fuera con él junto al baño.

—Creo que ahí dentro está pasando algo raro. Ya me entiendes —señaló hacia la puerta.

—No, no te entiendo —respondió Juan, serio, desconfiando del encargado—, ¿por qué no has mirado a ver qué es lo que pasa?

—Prefiero que lo mires tú y me digas la gravedad.

—¿Gravedad? —se extrañó aún más.

—Sí, anda. Mira tú —insistió posando la mano en la espalda de Juan y dirigiéndole hacia la entrada del baño.

Abrió la pesada puerta metálica y tras quedarse paralizado por un segundo con los ojos fuera de sí volvió a cerrarla de golpe.

—¿Y bien? —preguntó el encargado.

Juan tardó en hablar.

—Hay varias parejas de tíos desnudos follando por todo el baño —respondió algo turbado.

—Me lo temía. ¿Y ahora qué hacemos?

—Solo veo dos opciones —afirmó Juan—. O entro a saco y los echo por la fuerza y con agresividad —el encargado negaba con la cabeza sin parar—, o te quedas en la puerta esperando a que terminen lo suyo y no dejas entrar a nadie hasta que no salgan todos.

—Vale, prefiero la segunda opción —decidió el encargado colocándose de espaldas a la puerta—. Vuelve fuera hasta que te tengas que ir a La Vía.

Juan asintió y se fue todo lo rápido que pudo a la calle. No quería ni estar cerca de esa escena degenerada que se había montado en los baños.

No llevaba veinte minutos fuera cuando un grupo de maleantes pasó por el frente del local. Eran jóvenes, apenas habrían pasado la mayoría de edad y varios de ellos iban en patinete. Eran los niñatos que se pasaban las noches robando a guiris y a gente desprevenida.

Pasaron mirando a Juan, con su habitual actitud intimidatoria. Eran cinco, pero el portero no les quitó ni un instante el ojo de encima. Metió poco a poco su mano por dentro del abrigo y agarró la porra extensible que llevaba, presto a utilizarla y repartir un poco de justicia. El gesto no pasó inadvertido a esos desaprensivos, que decidieron dejar de hacerse los chulos y, por lo que sea, seguir hacia delante en busca de alguien más fácil de vacilar, agredir o robar.

Juan se tranquilizó y miró su reloj de pulsera. «Las diez y cinco —pensó—. Hora de cambiar de lugar». Entró a despedirse de Cynthia, el encargado le daba bastante igual, y se marchó hacia La Vía Láctea. Tenía una anécdota bastante graciosa que contarle a Moisés.

* * *

Las amigas petardas de la cohorte de Vicente salían con copas y

tercios a la calle. Juan miró a Moisés y este hizo por lo bajo un gesto con la mano para que se estuviera quieto. Con las amigas del jefe no había nada que hacer, iba a ser perder el tiempo. Además, el peor de todo ese grupo era él.

Una de ellas, que debía de tener, en opinión de Juan, lo menos cincuenta y cuatro años, se puso a hablar con él.

—Hola, ¿qué tal estás, guapo? —dijo acercándose más de lo que a Juan le parecía aceptable.

—Estoy trabajando, señora —respondió echándose todo lo que pudo hacia atrás—. Tengo que estar a lo mío.

—¡Uy! —Reaccionó con sorpresa—. ¿Tú te crees que me ha llamado señora? —Elevó la voz para que otras dos amigas suyas le oyeran—. Señora será tu madre.

Juan torció el gesto, pero se controló y respondió con desparpajo:

—Claro que mi madre es una señora, como corresponde a alguien de su edad, educación y saber estar.

Moisés se rio, estaba disfrutando del espectáculo.

—¡Uy! Otra vez me has llamado vieja —volvió a enfadarse y puso los brazos en jarras.

—Le han dicho de forma educada que está trabajando, señorita —intervino el fortachón, incapaz de resistirse—. Haga el favor de seguir con lo suyo alejada de nuestra puerta.

—Pues que sepáis que voy a hablar con Vicente —respondió señalando hacia el encargado de La Vía, que estaba a escasos diez metros.

—Muy bien, señora. Haga lo que le plazca —volvió a intervenir Juan.

La señora en cuestión fue junto a las otras dos marujas a comerle la oreja a Vicente. Este iba tan borracho que no se enteraba de lo que le decían. Solo bebía, abrazaba a gente de forma lamentable y hacía brindis.

—Bueno —soltó riéndose Moisés—, parece que nos hemos librado de una buena chapa.

—Sí —respondió Juan mirando con asco hacia el grupito del jefe —. Lo que menos me apetecía es aguantar la turra de un borracho.

A los pocos minutos Vicente se estaba besando con una de las marujas. «No creo que su mujer estuviera muy contenta», pensó Juan mirando con repulsión hacia el encargado. La pesada con la que había discutido se estaba enrollando a la vez con un *mod* extraño que acababa de conocer.

—Me repugna la promiscuidad de esta gente —dijo en voz alta Juan—. Mientras más rica es la gente más degenerada.

—Y en la noche más, pero bueno, ¿tienes envidia o qué? Si no perdieras tanto el tiempo en ser tan sibarita… ¿Sigues queriendo echarte novia?

—Pues claro que sí —afirmó categórico.

Moisés negaba con la cabeza y se reía.

—Mira que eres tonto, no pierdas los mejores años y arrasa con todo —dijo haciendo un gesto con la mano derecha hacia arriba.

—Nah —negó sonriendo—, no quiero ser como esta gente. Cincuenta años, solteros, sin hijos, cucarachos, alcohólicos y drogadictos.

—Pero que les quiten lo bailao.

—Si todavía se acordaran de algo… ¿Crees que mañana se van a acordar de lo que han hecho hoy? ¿Y dentro de un año? ¿Y dentro de diez? No, esto no es vida, son unos acabados. Se hacen daño a sí mismos y a otros —hizo hincapié elevando el tono en las tres ultimas palabras.

—¿A qué otros? —preguntó frunciendo el ceño.

Juan hizo un gesto hacia Olivia, que estaba a un par de metros del grupo de Vicente con cara de pocos amigos haciendo como que miraba el móvil, lo cual era bastante patético.

—¿Y de su mujer mejor no hablamos? —respondió con otra pregunta de forma incisiva.

—Pues mira —se vio forzado a admitir—, esa sí me da pena. Es buena mujer.

—Todos estos —señaló con el dedo índice hacia Vicente y sus

amigos— son basura, Moisés, pura basura.

* * *

Francesca pasó por delante del bar con un vestido rojo corto y ceñido espectacular. Los dos porteros suspiraron, era una mujer que quitaba el hipo, impactaba y llamaba la atención a todos los que la veían cada día, no fallaba a las expectativas nunca. Se metió en el bar y se puso a discutir con Paolo, que no tardó en salir a fumar, poniéndose a mirar mal a Juan.

—*Vaffanculo* —murmuró más para él que para que le oyera Juan. Tiró el cigarro y se fue calle arriba encolerizado. Ese día estaba más demacrado que de costumbre, las drogas le sentaban cada vez peor.

—¿Y a este qué mosca le ha picado? —se extrañó Moisés.

—A saber. Me voy a acercar a ver si está bien la otra.

Moisés le puso una mano en el pecho.

—No empecemos, estás trabajando. Lo mismo vuelve rápido el espagueti y la tenemos. Hazme el favor de quedarte —hizo fuerza de empuje para pararle—. Lo que nos faltaba ya.

—Es un segundo, te lo prometo —insistió Juan intentando seguir avanzando.

Moisés protestó un poco, pero le dejó acercarse. Se puso a vigilar la calle por si volvía Paolo. Juan entró al bar de los italianos. Francesca estaba detrás de la barra junto al camarero que solía estar haciendo el trabajo de Paolo, que era bastante vago y propenso a solo beber.

—¿Estás bien? —preguntó Juan acercándose.

Francesca se limitó a esbozar una sonrisa seductora y a mirarle a los ojos.

—Bueno, solo quería ver si te había pasado algo raro. Me vuelvo a mi puerta —continuó Juan girándose hacia la salida.

Francesca salió de la barra y agarró de un brazo a Juan

girándole.

—*Grazie, bello* —le susurró mientras le besaba en una mejilla.

Un dulce aroma a perfume de vainilla golpeó con fuerza los sentidos de Juan. Se ruborizó, pero salió fuera. Moisés estaba a punto de cruzar la calle para hacerle regresar.

—Te metes en problemas porque sí. Imagínate que vuelve el espagueti, o que sale Nuria —dijo nada más estar a su altura.

Esta última alusión hizo que Juan volviera a la realidad.

—Sí, tienes razón —respondió seco.

—¿Cómo? ¿Me acabas de dar la razón? ¿Estás enfermo? —Se acercó y le puso la mano en al frente para comprobar su temperatura.

—Quita, coño —le apartó la mano—. Eres un cabrón, Moisés.

* * *

Ana se plantó delante de la puerta. Sin mediar palabra se acercó a Juan y le abrazó. Un fuerte olor a *whisky* le golpeó en la cara.

—¿Estás bien? —preguntó Juan separándose de su abrazo.

Ella asintió con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Menudo pedo llevas, pelirroja —afirmó Moisés—. Te has puesto fina.

Juan suspiró con rostro serio.

—Voy a pasar, vale —dijo ella lanzando unos besos al aire y abriendo la puerta del local.

—Porque es tu amiga, Juan —hizo una pausa mirando dentro del local por el ojo de buey de la puerta—, pero con el pedo que lleva yo no la dejaba ni entrar.

Juan no dijo nada, solo se quedó pensativo. A los diez minutos decidió entrar a dar una vuelta.

El bar estaba a rebosar; Nuria estaba desbordada, para variar; Saúl parecía más estresado que de costumbre, haciendo malos

gestos a los clientes; el DJ estaba pasado de vueltas tras consumir a saber cuántas drogas y, en la barra del fondo, estaba Julián, que había sustituido a Tomás tras su desaparición. No había ni rastro de Vicente.

Pudo ver, para su profundo desagrado, que Ana se estaba liando con un moderno con piernas de alambre y pelo torta poco agraciado. No pudo evitar acercarse a ver si estaba bien.

—¿Todo correcto, Ana?

La pobre pegó un brinco del susto y soltó a su rollete. Este intentó hacerse el bravo, pero al ver la cara de Juan, que lo miraba de arriba abajo con malas intenciones, decidió apoyarse contra la barra y esperar. Iba igual o más de borracho que ella, lo que le dio especial repugnancia a Juan.

—Va todo bien. Soy consciente de lo que hago —contestó la pelirroja con una risita aguda.

—Vale, cualquier cosa me dices —respondió Juan seco y empezando a darse la vuelta para ir a la planta de arriba.

—No te pondrás celoso, ¿no? —Intentó hacerse la interesante.

Juan se giró con brusquedad. Su cara era un auténtico poema. Respiró con fuerza antes de hablar e intentó ser lo más cuidadoso posible.

—Ana, solo me preocupo por ti. No creo que la solución a tus problemas sea emborracharte y liarte con el primero que pasa. Tú vales mucho más que esto y te mereces algo mejor —señaló con la mirada hacia su acompañante—. Y tú te callas, moderno —levantó el índice hacia el hombrecillo con tono amenazador cuando vio que iba a intentar hablar. Por su cabeza solo pasaba darle un tortazo con la mano abierta. Solo Ana fue capaz de que pensara en otra cosa.

—No es asunto tuyo —dijo tambaleándose—. Soy libre y haré lo que quiera. Faltaría más.

Juan la miró con condescendencia y tristeza, se dio la vuelta y se fue a la planta de arriba, dejando a Ana besándose con el rarito de los pantalones apretados. Nada más subir las escaleras vio a dos sujetos, claramente borrachos, zarandeando la máquina de tabaco y

gritando. Solo tuvo que acercarse y mirarlos para que cejaran en su actitud.

—A la próxima vais a la calle —les amenazó—. No hay más avisos. Aquí hay que comportarse.

Los dos jovencillos afirmaron y se fueron a un lateral de la sala donde había más gente de su grupo sin armar más jaleo. Juan se acercó a la barra.

—¿Todo bien, Luisa? —preguntó sin intención de que dijera nada y con ganas de volver a bajar.

—Sí, la verdad es que hoy…

—No te oigo —mintió Juan interrumpiéndola y llevándose el dedo a la oreja—. Luego hablamos —se escaqueó volviendo a bajar a toda prisa. La música estaba alta, pero no tanto para no poder comunicarse.

Luisa se despidió con la mano y siguió trabajando. La última vez que le enganchó no le soltó en una hora, era una chica muy parlanchina e intensa, y Juan tenía que seguir trabajando. Bajó por las escaleras que usaban los clientes y cuando llegó a la parte de abajo vio que Ana seguía liándose con el pelo torta como si tuviera quince años. No es que le importara por él, sino por ella. Estaba inmersa en una espiral destructiva. Continuó por la sala hasta salir a la calle.

—¿Todo correcto? —preguntó Moisés haciendo su característico gesto con el pulgar hacia arriba.

—Sí —mintió Juan.

—Pues tienes cara de muerto —arrugó el gesto.

—Son cosas mías, no te preocupes —hizo una breve pausa—, ¿has cenado ya? —preguntó para no contestar.

—¡Hostias! Es verdad. —Buscó detrás de la mesita metálica que tenían a un lateral de la puerta y sacó una bolsa con un táper de plástico con tapa roja. Lo abrió y se lo enseñó a Juan—: Filete con verduras —sonrió con amplitud.

Juan sabía que el asunto de la cena le permitiría cambiar de tema. Ya tenía claro lo que le iba a decir Moisés y no le apetecía

escucharlo. Tenían que cenar por turnos, por lo que cuando acabó Moisés, también fue detrás de la mesita y sacó su mochila para coger su cena: tenía pollo con patata cocida. Por supuesto, en opinión de Moisés la cena de Juan no era todo lo buena que debiera, cosas de culturistas.

* * *

La hora de cierre de La Vía se acercaba, Juan estaba haciendo la última ronda cuando lo que vio casi le hizo perder el equilibrio. Una rabia ensordecedora comenzó a recorrer cada átomo de su cuerpo. Apretó los puños y se dirigió hacia la última barra con la mirada fija en aquello que le había perturbado. Arrugó la nariz y cuando estaba a punto de llegar se paró en seco. Empezó a resollar y a ir de un lado a otro soltando exabruptos violentos. La gente que le veía se apartaba con rapidez, estaba empezando a llamar mucho la atención.

Sacó fuerzas de flaqueza, y antes de ir a encarar la situación decidió sacar el móvil y hacer dos fotos y un vídeo de la escena repulsiva que tenía justo enfrente. Respiraba de forma pesada, con los ojos inyectados en sangre.

—¡Hasta aquí podíamos llegar! Sepárate inmediatamente de ella —gritó Juan fuera de sí, a punto de golpear a su interlocutor.

—¿Me estás diciendo a mí? —preguntó con desdén y con prepotencia Vicente, separando los labios de los de Ana por un momento.

En un ataque de furia agarró por la pechera a Vicente y lo empotró con fuerza contra la barra. Su cara cambió en un instante, perdió toda la chulería y se quedó blanco. Juan le mantuvo agarrado con fuerza con la mano izquierda en el pecho mientras cargaba la derecha para sacudirle. Por suerte pudo contenerse.

Una vez pasado el susto, Vicente recuperó algo de su altanería.

—Esta conducta no es propia de un buen trabajador —soltó a viva voz para que todos los que estaban alrededor le oyeran. Al tener gente de por medio había recuperado algo su valentía—. Así que no vuelvas por aquí nunca más.

—¿Sí? —preguntó Juan comenzando a encolerizarse de nuevo—. Pues lo mismo te parto la cara, porque aquí eres el jefe y te crees muy especial —le señaló con el dedo—, pero cuando te pille a solas por la calle una noche veremos a ver si eres tan valiente.

A Vicente se le cambió de nuevo la cara. Allí tenía a Moisés y otra gente para protegerle, pero fuera de allí no podría defenderse ni aunque echara a correr, Juan estaba en mucha mejor forma que él.

—Eres un puto mierdas, Vicente, nadie te dice nada porque pagas las nóminas —hizo un gesto de comillas con los dedos, pues pagaba casi todo en negro—, pero no te quiere nadie. No eres más que un borracho de mierda, un baboso asqueroso y un vividor.

—¡Despedido! —gritó con una voz aguda y estridente señalando hacia la puerta.

—¿Ah, sí? Pues voy a buscar a tu mujer, que sé por dónde se mueve, y le voy a pasar la foto y los vídeos que tengo besándote con una niña borracha —dijo mientras mostraba una de las fotos que había hecho—. Puto gilipollas.

Vicente volvió a ponerse blanco, de hecho, se mareó. Moisés tuvo que llevárselo al despacho. Nuria miraba todo con cara de asco, especialmente a Ana. Olivia parecía que estaba disfrutando, era la primera vez que la veía sonreír. Solo había una persona más feliz que Olivia, Saúl, que incluso pidió a Juan la foto para hacérsela llegar él a la mujer.

A los diez minutos, Moisés caminó hacia Juan, Saúl y Nuria, que estaban hablando de lo ocurrido junto a la barra ubicada a continuación de la cabina del DJ, a decirle a Juan que Vicente quería disculparse y compensarle por todo.

—Ve, coño —le indujo Nuria.

—Maraca, si no te da algo bueno jódele la vida, por favor. Hazlo por mí —le malmetió Saúl. Eran como tener a un ángel y a un

demonio sobre sus hombros.

—Por favor, Juan —insistió Moisés. Si fue al despacho fue por la relación que tenía con el encargado de seguridad. En caso contrario hubiera ido directo a la mujer de Vicente.

El jefe estaba cabizbajo, ebrio y con mala cara. Habló Moisés, él solo miraba con temor a Juan.

—Mira, te ofrece subirte treinta euros la noche, no volver a acercarse a ninguna amiga o conocida tuya y no despedirte, por supuesto. A cambio solo quiere que borres las fotos.

—No, las fotos me las quedo, tendrá que confiar en mi palabra, pero puede estar tranquilo, Moisés, yo tengo, no soy como él —señaló con la cabeza al jefe—. Quiero contrato de las horas que hago en realidad, quiero ese aumento de treinta euros y que no me toque los cojones, ni a mí ni a nadie que yo conozca.

—Pides mucho… —Atinó a decir Vicente.

—Puedo pedirlo y exigirlo. Las dos cosas —le mostró el móvil de nuevo.

Vicente miró a Moisés pidiendo ayuda, pero la cara seria de este dejaba claro que no había mucha opción de renegociar. Así que suspiró y se resignó.

—Vale, será como tú quieres —aceptó suspirando Vicente.

—Así sea —finalizó la conversación Juan—. Me voy al Nasti. Moisés, nos vemos la semana que viene —estrechó su mano y salió sin despedirse del jefe por la puerta del despacho que daba a la parte de atrás de la barra de Julián.

Fue directo hacia la calle, no tenía ganas de explicar nada a nadie. Justo enfrente, junto a la puerta de El Laberinto, estaba Ana, apoyada en una pared luchando por no quedarse dormida en el suelo. Juan se quedó parado mirándola, por suerte para él Saúl salió justo detrás.

—Eh, Maraca. Cuéntame qué ha pasado al final.

—Mañana —respondió Juan con voz seria y cansada—. Hazme el favor de vigilarla un día más —señaló hacia Ana.

—Sí, hombre, no me cuentas nada y encima quieres que haga de

niñera otra vez —gesticuló con ambos brazos protestando.

—Por favor, Maraca. Es un favor personal que te pido.

—Venga, vete a que te peten el culo al puto Nasti, vago de mierda, puto rojo. A ver si trabajas algo, yo me encargo de todo, como siempre —contestó empujándole hacia la calle.

—Gracias, hijo de puta —se despidió Juan poniéndose la palma derecha sobre el corazón. Saúl le guiñó un ojo y fue a hablar con Ana.

* * *

El Nasti estaba hasta la bandera. «Lo que me faltaba hoy», pensó Juan agotado de tanta tontería en La Vía. Había sido un día especialmente largo. Metió las manos en los bolsillos y notó algo raro en el derecho, lo sacó y vio que era una tarjeta con el nombre de Francesca y su número de teléfono, debía de haberla metido ahí cuando se saludaron. Se la quedó mirando unos instantes, esbozó una media sonrisa y la hizo una pelotilla, dio un par de pasos y la tiró al suelo. «Ya lo hice mal una vez, no se va a repetir nunca más. No me acuesto con mujeres con novio».

Avanzaba firme, pero le pesaban los pies, para colmo, un ejército de lateros comenzó a ofrecerle cervezas desde la esquina con la calle del Dos de Mayo. Suspiró y se puso manos a la obra.

—Id más abajo, aquí no os pongáis —comenzó a dirigirlos hacia San Bernardo.

Matei se reía desde la puerta, ese día también estaba Julio, un dominicano que no era muy trabajador. Estaba siempre más ocupado compitiendo en ligar con chicas que pendiente de trabajar. Siempre perdía en estos lances contra Matei. Era un auténtico cliché con patas, una vergüenza para todos los dominicanos que eran trabajadores y formales.

La cola ese día era bastante larga, algunos de los que esperaban

para entrar estaban comenzando a irse, pues la noche avanzaba, pero sus posibilidades de entrar no. Un tipo que ya no cumplía los cincuenta, gordo, muy blanco, con gafas y medio calvo se presentó frente a ellos.

—Quiero pasar —indicó con una mano hacia la puerta.

—No puede, está el aforo completo, amigo —respondió Matei cruzándose de brazos delante de la puerta.

—He dicho que quiero pasar —elevó un poco más la voz.

—Y yo le he dicho que no pasa —reafirmó Matei.

—Soy americano y tengo derechos, ustedes no pueden tratarme así —respondió de nuevo haciendo unos amaneramientos extraños con las manos.

Julio y Matei se miraron consternados. Les había tocado el típico borracho pesado que se creía heredero de algún aristócrata. Era un espécimen de la noche no muy común, pero que cuando te tocaba no te dejaba en paz durante un buen rato. Además, eran amigos de llamar a la policía y poner denuncias, por supuesto, con su correspondiente reseña negativa en Google.

—Yo también soy americano, no puedes pasar —levantó una mano Julio para darle más énfasis.

El pesado se recolocó las gafas y sonrió con malicia.

—Eres caribeño, no americano, yo soy norteamericano, de los de verdad —se golpeó el dedo con el pulgar—. Soy de los Estados Unidos y pienso poner una queja en el consulado.

—Muy bien, Peter Griffin, largo de aquí o te voy a dar un verdadero motivo de ir a quejarte —intervino Matei con enfado.

Antes de que el estadounidense volviera a hablar Juan le cogió con mucha diplomacia de un brazo e intentó tirar de él para alejarle, pero no se dejó. Se revolvió con violencia y se encaró con Julio.

—Vosotros no sois más que estúpidos que vivís de nosotros. Somos los verdaderos americanos. —Mientras hablaba escupía un sinfín de perdigones que golpeaban la cara de su interlocutor sin piedad—. Siempre os dedicáis a lo mismo, ¿cuánto por venirte conmigo?

—¿¡Qué!? —saltaron los tres porteros a coro.

—Venga, te doy sesenta euros —continuó diciendo mientras se acercaba un poco más a Julio, hasta casi tocarse con las narices.

La respuesta fue un empujón seco con la mano derecha que le tiró al suelo y le sentó de culo.

—¡Será guarro! —gritó Julio haciendo amago de ir a por él. Si no lo hizo fue porque Matei le sujetó, pues sabía que este tipo de personajes siempre denunciaba en cuanto había el mínimo contacto físico.

—Al consulado, voy a ir al consulado, tengo derechos —no paraba de repetir el estadounidense.

Juan volvió a tomarle del brazo, esta vez con más fuerza, y se lo llevó arrastras en dirección al Kurgan para que pudiera ir al consulado o a la sauna gay más cercana, lo que le viniera mejor.

Cuando se acercaba ya la hora de cortar la puerta y disolver la cola de gente que estaba esperando para entrar, Juan se dio cuenta de que, entre el gentío, justo al lado de la esquina con la pizzería, estaba Claudia, con un modelito rosa ajustado con sombrero a juego, discutiendo con una chica morena que por cómo gesticulaba no parecía nada contenta con ella. Hizo un aspaviento final, se dio la vuelta y se fue hecha un mohíno calle abajo.

—¿Estás bien, Clau? —le sorprendió por la espalda.

—Ay… ¡Qué susto me has dado! —dijo dando un respingo.

—No era mi intención —se excusó Juan dándole dos besos.

—Qué alegría verte siempre, guapo —dijo ella de forma coqueta cuando ya se había recompuesto. Le miró con esos ojos azules tan hipnóticos—. ¿Cómo está mi hombretón preferido?

Juan no se sonrojó, eso no iba mucho con él.

—Bien, con ganas de acabar. ¿Tú… todo bien? —preguntó despacio mirando hacia la calle por la que se había ido la otra chica.

—No mucho, cosas de exnovias —soltó encogiéndose de hombros sin hacer ningún preámbulo.

—¿Exnovia? ¿Eres lesbiana? —preguntó extrañado, algo sobresaltado.

—A una chica no se le preguntan esas cosas —contestó agravando el tono—. Es broma —volvió a su anterior registro al ver la cara de sorpresa de Juan—. No soy lesbiana, pero ¿si lo fuera habría algún problema?

—No, yo creo en la libertad sexual…

—Que ya lo sé, bobo —le interrumpió—, te estoy vacilando. Pero con los tiempos tan tontos que corren cualquiera te monta un pollo por menos. Las tías están locas con el feminismo. Estoy muy harta de que hagan de la condición sexual de alguien una especie de ideología loca —hizo un gesto circular con el índice en su sien.

—¿Y lo dices tú?

—Pues sí, lo puedo decir con conocimiento de causa. Soy bisexual, o lo era. Llevo años sin liarme con ninguna chica. Quiero echarme novio. —La última afirmación le cayó a Juan como un cubo de agua fría. Ahí sí se puso nervioso.

—Bueno, la verdad es que yo también…

—Vamos Romeo, que tenemos trabajo —gritó Matei agobiado desde la puerta del Nasti.

—Bueno, me tengo que ir y tú tienes que seguir trabajando. Si conoces a algún buen hombre que quiera ser mi novio me lo dices —se despidió dándole un abrazo y un beso. Según se separó le guiñó un ojo y se fue en dirección al metro.

Juan suspiró y miró al cielo. «Señor, por qué me haces esto», pensó justo antes de ir con Matei.

* * *

Caminaba por San Vicente Ferrer, y cuando pasó a la altura del Taboo, justo enfrente, tirada junto a un contendor de obra lleno de escombros y de basura de todo tipo, vio sentada a la hija de los dueños del Red Bar. Tenía el pelo pegajoso adherido en el lado derecho de la cara, y la cabeza ladeada entre las rodillas con un

charco de vómito amarillento entre las piernas. «Qué pena de juventud, esta chica está descentrada, no sabe ni divertirse. Pobre de su padre».

—¿Estás bien? —le preguntó zarandeándole con suavidad empujando su hombro derecho.

La respuesta fue ininteligible. Se había pasado de bebida y seguro que de algo más fuerte. No podía ni levantar la cabeza para hablar con él. Juan sacó el móvil y llamó a Víctor. Con esfuerzo, consiguió levantar a la joven poco a poco del suelo y apartarla de sus vómitos, se bamboleaba y era incapaz de mantenerse de pie por sí misma. Le pasó el brazo por detrás y la mantuvo cerca de él, esperando al taxi. Un olor intenso a vodka mezclado con el ácido del vómito golpeaba a Juan cada vez que ella movía la cabeza hacia él.

No había pasado medio minuto cuando la joven se giró y besó en la boca a Juan con un movimiento más rápido del que hubiera podido esperarse de ella en su estado. Este se giró con rapidez, pero no pudo evitarlo, cerró los labios y se apartó, pero aun así tocaron los de ella. Escupió al suelo varias veces sin poder soltarla, pues se caería y se haría daño.

—Puagh, ¡qué puto asco! —Volvió a escupir—. No vuelvas a hacer eso, estás borrachísima y acabas de vomitar, coño.

Ella no pareció enterarse de mucho, siguió moviendo su cabeza de forma extraña y sin capacidad de tenerse en pie por sí misma. Además, estaba comenzando a babear por la comisura derecha de la boca.

Víctor no tardó mucho en llegar. Se bajó del coche y ayudó a entrar a la joven. Antes de irse fue claro con Juan.

—Es la segunda vez que me haces esto, cabrón —le señaló con el índice sonriendo—. Me río, pero ya me debes dos. Si pota en mi taxi me pagas la limpieza y me invitas a cenar.

—Hecho. Te estoy agradecido, Víctor —se tocó el corazón con la mano derecha—. Gracias de nuevo por todo.

—Venga, me la llevo, que hoy estoy que no paro. Vete a casa y descansa, que tienes cara de muerto.

—Sí, falta me hace. Desde luego. Cuídate, señor.

El taxista se fue en dirección San Bernardo a llevar a la joven a su casa en Moncloa y Juan rumbo a Alonso Martínez. Ese día tuvo que aparcar el coche mucho más lejos que de costumbre. «Por lo menos el padre me va a invitar a unos buenos bocadillos durante una buena temporada», pensó con las manos en los bolsillos dándose el paseo hasta el coche intentando evitar a todos los borrachos que andaban deambulando de un lado para otro.

CASUALIDADES

Un señor un poco extraño y algo pedante llamó a Juan para contratar sus servicios, por lo visto le había llegado su contacto por un amigo en común que conocía de la universidad. Le había pedido quedar en el barrio de Salamanca, en el bar Los Madriles, una cafetería tranquila que regentaba una colombiana simpática y atractiva llamada Daniela.

El bar estaba decorado intentando parecer *vintage*: mesas y sillas de madera, mucho ladrillo visto en las paredes, bombillas en el techo imitando a las de una fábrica y algún que otro espejo. También había carteles antiguos de bebidas, la mayoría de vermut, y una barra semicircular revestida de azulejos marrones con decoraciones en la base y una encimera de mármol oscuro. Todo ello iluminado con diversas luces de neón de colores variados.

En la foto del WhatsApp tenía una imagen de un barco, una especie de velero. En aquel momento lo único que sabía de él era su nombre: Ignacio. Juan entró en el bar y miró a los parroquianos. Cuando paseaba la mirada buscando a su posible cliente no pudo evitar sobresaltarse cuando un hombrecillo bajo, barrigón y calvo fue a su encuentro.

«Me cago en la puta», pensó Juan. No le dio tiempo a reaccionar y disimular la sorpresa: su cara era un poema. Adelantó el pie izquierdo y subió ambas manos presto a responder a cualquier ataque. El hombrecillo dio un paso atrás algo asustado y se disculpó.

—Perdona por abordarte así —le extendió la mano—, soy Ignacio. Te he escrito por lo de tus servicios.

«Hostias, no me lo puedo creer», pensó Juan creyendo que era una encerrona, mirando a todos lados y sin rebajar la tensión, listo para pelear.

—Te pagaré bien, pero necesito tu ayuda —continuó hablando Ignacio con voz lastimosa.

«No me lo creo, esto es de locos», pensó Juan atreviéndose a darle la mano e intentando disimular lo que le estaba impactando todo.

Ignacio hizo un gesto amable hacia la banqueta en la que había estado sentado y arrimó otra para que Juan pudiera sentarse y convencerle de que aceptara su propuesta. En el bar sonaba «La Flaca» de Jarabe de Palo y se oía el típico runrún de conversación de fondo que tenían los grupitos de parroquianos.

—Entonces, ¿qué les sirvo? —preguntó la camarera con una sonrisa y con su acento paisa tan característico.

Ignacio pidió un *whisky* doble, se extrañó cuando Juan quiso una botella de agua pequeña.

—Chico sano —dijo riéndose.

Juan solo asintió con la cabeza.

—Yo no lo soy, para nada, el *whisky* es mi debilidad —mostró su vaso mirándolo con deleite.

«Ya, solo el *whisky*», se dijo Juan intentando que su cara no delatara lo que en realidad pensaba.

Se hizo un silencio incómodo durante unos segundos.

—¿Y bien? —preguntó Juan manteniendo la desconfianza.

—Creo que mi mujer me ha sido infiel y quiero pruebas, pruebas irrefutables —respondió Ignacio sin más preámbulos golpeando con las palmas sus piernas de forma reiterada.

«Esto es una distopía», pensó Juan mientras mantenía el rostro serio, impactado por lo pequeño que era el mundo.

—Te voy a pagar tres mil euros si me averiguas la verdad —abrió la mano derecha hacia él con una sonrisa bobalicona.

—Tu mujer puede ser inocente, ¿has pensado en que lo mismo estás equivocado? —preguntó Juan preparando el terreno—. Yo cobro igual haya engaño o no. Mi tiempo es valioso.

—Puede ser, puede ser. Pero necesito salir de dudas —respondió hablando rápido, algo nervioso—. Se comporta de forma rara conmigo, sale a horas extrañas y me da contestaciones hostiles todo el rato, todos los días. Esconde algo, estoy más que seguro.

—Cobro la mitad por adelantado —afirmó temiendo que se quedara en nada si se descubría que había estado haciendo las mismas gestiones para su mujer. Le mantuvo la mirada unos segundos, logrando que su interlocutor se sintiera incómodo.

—Está bien, acepto —dijo el cornudo abriendo ambas manos con las palmas hacia arriba—. Te pagaré la mitad ahora mismo. Solo tengo que ir a mi casa y te lo traigo. Vivo aquí al lado.

—Bien, pues empezaré mañana entonces. Me tienes que dar dirección —casi le dio la risa al pedirla—, una foto y sus horarios.

Ignacio le dio la dirección que ya sabía; el modelo de coche que usaba, un Audi A2; una foto de cuerpo entero en la que salía preciosa, con el pelo castaño suelto, y unos horarios que nada le importaban, pues pensaba llamar a la mujer directamente y quedar con ella.

Daniela trajo las consumiciones contoneándose, el bar comenzaba a llenarse y se tuvo que poner a atender la barra. Estaba todo limpio y ordenado. Ignacio no paraba de mirarla con lascivia.

—Preciosa, ¿eh?

—Sí, supongo que sí —respondió seco y distante Juan.

Le daba mucho asco ese hombre. De cerca era peor de lo que se veía de lejos: tenía los dientes amarillos, muchas arrugas por el abuso de alcohol y la mala vida y olía a un perfume tan fuerte que se hacía desagradable. El rasgo más característico que tenía era que sudaba a chorros y no paraba de limpiarse la frente con la manga izquierda de la camisa que llevaba puesta.

—Me lo bebo de un trago y voy a casa. Espérame aquí. —Comenzó a beber y sin respirar, en un trago largo, se acabó hasta la

última gota. Dio un sonoro golpe al dejar el vaso en la barra, se limpió la boca con el dorso de la mano y salió disparado a por el dinero.

Juan estaba con la botella de agua en la mano, pensando en lo demencial que era la situación, pero disfrutando de aprovecharse de ese ricachón prepotente. El personaje quería investigar y castigar a su mujer por algo que hacía él. «Menudo despojo lamentable».

Juan miraba a Daniela trabajar mientras jugueteaba con el tapón de plástico con la mano derecha. Apenas habían pasado diez minutos cuando Ignacio llegó de nuevo y le sacó del ensimismamiento.

—Qué rápido.

—Esto me urge —le extendió un sobre con el dinero, que Juan guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Me pongo con ello de inmediato. En cuanto tenga la información te llamaré —extendió la mano y le apretó con fuerza. Ignacio la tenía bastante sudada y dio un pequeño respingo por la sorpresa y por el dolor.

* * *

El señorial pero antiguo edificio tenía solo dos ascensores, uno estaba averiado y el otro, alguien debía tenerlo retenido. Juan no paraba de darle al botón de llamada, se encendía una luz, pero al cabo de unos segundos volvía a apagarse. Llamaba una y otra vez sin resultado, hasta que pasados cinco minutos desistió y se dirigió hacia las escaleras refunfuñando.

Cuando llegó al segundo piso vio que una anciana sujetaba la puerta del ascensor mientras su marido, con aún más años, iba a paso de tortuga metiendo unos paquetes en su interior. «Ni hablar», pensó Juan. Se remangó y se puso a ayudar a transportar las cajas. En apenas tres minutos había terminado.

—Que Dios te lo pague, hijo —le agradeció la anciana dándole dos golpecitos en el brazo.

—Ha sido un placer —respondió Juan llevándose la mano derecha al pecho, despidiéndose y subiendo el piso que le quedaba.

Llamó dos veces al 3° D y le abrieron antes de que pudiera hacerlo una tercera. Allí estaba ella, despampanante. En aquella ocasión, iba con un batín corto plateado, posiblemente de seda, y con el pelo recogido en una coleta. Iba descalza, con la pedicura perfecta. Además, iba maquillada, pero sin caer en el exceso. Una suave fragancia frutal golpeó los sentidos de Juan cuando la mujer se acercó y le dio un pico en los labios.

Desconexión cerebral: Juan tuvo que hacer grandes esfuerzos cuando sintió el tacto de sus labios carnosos para volver en sí y no caer bajo los influjos de aquella mujer. Se separó de ella y fue sin pedir permiso hacia el sofá del salón.

—Te veo tenso, Juan. ¿Qué te pasa? —preguntó dejando entrever un ligero deje de enfado en su tono.

—Esto es lo que pasa —le extendió la carpeta que tenía en la mano derecha—. Tu marido me ha contratado para lo mismo que tú. Pensaba hacerte un seguimiento y enseñarle fotos con actividades del día a día tuyas para que te dejara en paz. Mandé el trabajo a una de mis socias y eso que ves ahí es el maldito resultado. Estoy que me subo por las paredes.

La mujer abrió la carpeta y vio tres folios con imágenes impresas, cada uno de ellos pertenecía a un día distinto. En todos y cada uno de ellos salía besándose y llevando a un hombre diferente a su casa.

—¿Y bien? —preguntó Juan mirándola con desprecio.

—Esto no puedes dárselo —respondió mientras cerraba la carpeta y se la volvía a extender a Juan—. Te pagaré lo que quieras, pero dale un informe en el que no aparezca nada de esto. No quiero que me perjudique si al final hay divorcio.

—Eres igual que él, debería darle lo que tengo en esa carpeta —dijo dando un golpecito con la misma en la mesita que había junto al sofá—. Eres una hipócrita. Estoy seguro de que esto no es algo

posterior a que te enteraras de lo suyo.

—Si hubieras actuado bien deberías haber rechazado el trabajo —cruzó ambos brazos y se echó hacia atrás—. Así que ahora moralismos los justos. Además, a ti qué te importa lo que hiciera o no.

—Pensaba que tú no eras así, solo quería ayudarte y…

—Aún puedes hacerlo —le interrumpió sonriendo de forma seductora y con una mirada picara.

—Pensaba que tu marido era un monstruo y resulta que tú no eres muy diferente —contraatacó con rapidez.

—¿Tienes celos? —preguntó riéndose mientras cruzaba sus largas piernas.

—Desde luego que no, solo me siento utilizado.

—Debes ser el primer hombre del mundo que se siente utilizado si una mujer se acuesta con él. ¿Estás muy dolido, Juan? Te veo más deconstruido de lo que me gustaría.

—No lo digo por eso —elevó el tono con hosquedad—, lo digo por el trabajo.

Solo obtuvo una sonrisa maliciosa como respuesta.

Juan suspiró de forma pesada y se levantó. Ella hizo lo mismo y se acercó a él. Le acarició en el pecho y aproximó sus labios.

—Venga, podemos entendernos con facilidad —le susurró al oído —. Deja de hacerte el difícil.

Juan sudó la gota gorda, su debilidad con las mujeres eran las distancias cortas, una vez llegados a esa situación perdía siempre los papeles y se dejaba llevar, era su naturaleza. Parecía que ya no había mucho que hacer.

—No —logró decir a duras penas apartándose, haciendo un ejercicio de fuerza de voluntad sin precedentes. Ni él se lo podía creer—. No te acerques a mí. Esto se acaba aquí y ahora.

—¿¡Qué!? ¿¡Me rechazas!? —se sorprendió la mujer, aumentando su indignación por instantes.

—Sí, estás casada y esto me parece repulsivo. Haz lo que te dé la gana con tu vida, pero a mí ya no me utilizas más —hizo una leve

pausa mientras se apartaba—. Esto no es lo que quiero, así que mantén la distancia conmigo.

A los veinte minutos estaba saliendo por el portal del edificio. Tenía un sobre con tres mil euros en el bolsillo y el encargo de decirle al marido que no había encontrado nada de su mujer. A cambio, esta no volvería a molestarle nunca. En el fondo sabía que no estaba actuando bien del todo para con el marido, pero ya estaba metido en aquella historia por haberse acostado con la mujer tras descubrir y documentar las infidelidades de este.

Ella había resultado ser otra sinvergüenza, «tal para cual», pero a esas alturas solo podía no volver a caer en los mismos errores, sacar el máximo dinero posible de aquellos dos tóxicos y apartarse de ellos para siempre. Si le decía la verdad al marido cornudo le denunciaría, por lo que no quedaba otra, aunque no le gustase mucho la situación.

* * *

El marido estaba que no cabía en sí de gozo, daba saltitos de alegría incluso sentado en un taburete. Tenía la misma carpeta negra que le había enseñado a su mujer, pero con otras fotos. En ellas solo se veía a la susodicha haciendo actividades cotidianas como ir a la compra, al gimnasio o de paseo, que poco tenían que ver con infidelidades.

—Es que lo sabía, no sé para qué coño desconfío de ella —se dio un golpe con la palma de la mano en la frente—. Los dos somos iguales, era imposible que me engañara.

«Sí, lo sois, pero no en el sentido que crees», pensó Juan poniendo su mejor cara de póker.

—En fin, lo acordado es lo acordado. —Sacó un sobre blanco doblado de su bolsillo de atrás y se lo deslizó sobre la mesa a Juan.

Este lo cogió y se lo guardó en el bolsillo de dentro del abrigo, el

que estaba a la altura del pecho.

—¿No lo cuentas? —preguntó el marido enarcando las dos cejas.

—Sé demasiadas cosas de ti, dudo mucho que te la juegues conmigo —le amenazó mirándole a los ojos, dando un golpecito con el puño en la mesa de madera frente a la que estaban sentados y girándose hacia la puerta.

El marido cornudo se quedó mirando a Juan mientras iba hacia la salida del bar. Se la había jugado contratando a un personaje como él, pero venía recomendado y dudaba que le pudiese crear algún problema. De todas formas, no quiso jugársela y le dio los mil quinientos euros que le restaban por pagar.

—Hasta otra, Daniela —se despidió Juan cuando salió a la calle. Ella estaba fumando justo a la derecha.

—Nos vemos, pues, rey —le respondió tras exhalar humo.

Avanzó con paso firme hacia el *parking* en el que dejaba siempre el coche cuando acudía al barrio de Salamanca. Tenía mucho en que pensar y tenía que pagar a Sara por todo lo que había hecho para este caso. La mayor parte del trabajo lo había llevado a cabo ella.

* * *

Moisés estaba como cada día, exceptuando los lunes, en la puerta de La Vía Láctea. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Solo hacía aspavientos, sonreía y negaba con la cabeza.

—Eres de lo que no hay —cruzó los brazos Moisés—. Estafas a ese pringado, les sacas entre los dos seis mil euros por no hacer nada y encima te haces el digno y no repites con la madurita. ¿Se puede saber qué te pasa? Era el cierre perfecto a toda esta historia.

—Estoy intentando ser un mejor hombre —respondió Juan sacando pecho—. No me enrollo con mujeres casadas.

—Pero si has sido un golfo toda tu vida, chaval —elevó ambos brazos con falsa indignación.

—Ya no —contestó con firmeza—, te lo cuento para que veas que lo que digo lo estoy llevando a la práctica.

—Pues no me lo creo, fijo que te la pinchaste.

Juan rio y se fue para dentro del bar a hacer la primera ronda de la jornada. La diversión ya estaba servida aquella noche: Moisés no iba a parar de meterse con él en ningún momento, no había duda posible al respecto.

¿CASO AISLADO?

Eran más de las cinco de la mañana de un lunes, seguía habiendo vida en Tribunal, pero solo en las calles principales. La calle del Tesoro estaba vacía, o casi. Una joven con un vestido corto caminaba con prisa, había estado en una fiesta en un piso de la calle de la Palma y cruzaba el barrio rumbo a Noviciado.

Iba con miedo, pero con los cascos de música puestos, por lo que no se dio cuenta de nada hasta que sintió cómo alguien la agarraba por la espalda y la llevaba hacia el garaje del número 11, un poco más adelante de la taberna griega, que tenía una especie de soportal que daba a una rampa interna. Intentó gritar, pero sintió una fuerte presión que la dejó petrificada, la voz no salía de su garganta y sus manos intentaban tirar hacia abajo de la presa que la estaba ahogando.

Cuando estaban en la puerta del garaje sintió que la presa se aflojaba, pero para su desesperanza notó un objeto punzante en el lateral derecho del cuello. Comenzó a llorar, consciente de lo que iba a pasarle, resignada. El rostro que tenía pegado a su oreja empezó a sonreír de forma perturbada, comenzando a deleitarse por el manjar que el destino había puesto a su disposición.

La sujetó con violencia contra la pared, presionando en su cuello, la mantuvo con la mano derecha mientras guardaba el cuchillo y con la mano izquierda comenzaba a toquetearla por debajo del vestido, pero por encima de la ropa interior. La joven gimió, más de asco y

de impotencia que de otra cosa, hizo un par de intentos de echarse hacia atrás, pero la presión en su cuello aumentó hasta ser insoportable. Se rindió a su agresor, este empezó a introducir sus mugrosos dedos dentro de su vagina, ante lo que el lloro silencioso de la víctima aumentó.

El agresor sacó sus dedos del interior de la joven y tras olerlos se los lamió, se bajó la bragueta de los vaqueros y se preparó para penetrarla. Justo antes de hacerlo, la puerta interior del garaje comenzó a sonar, un Peugeot 308 rojo salió hacia la rampa y se encontró con aquella rocambolesca escena. Sin pensárselo, el conductor salió del coche y se dirigió hacia ellos.

—¡Eh! ¿Qué estáis haciendo? ¡Fuera de mi garaje! —gritó con enfado y gesticulando. Era un hombre joven y corpulento.

El violador se subió los pantalones, mantuvo su capucha puesta y apretó con fuerza el mango del cuchillo cuando vio que el joven del coche venía hacia él. La chica se dejó caer al suelo y se mantuvo llorando sin poder moverse. El joven fue hacia el agresor, pero este le atacó según estuvo en distancia. Se lanzó a por él y le hizo un corte en el antebrazo derecho. Al recibir el impacto se echó hacia atrás agarrándose la herida. El violador siguió avanzando, pero el joven rodeó su coche huyendo del ataque. El agresor no tenía tiempo para perseguir a nadie, decidió escaparse antes de que llegara la policía y se pusieran a buscarle por las calles aledañas. Salió a la calle y se marchó corriendo en dirección a la calle de las Pozas.

El joven herido llamó a emergencias para que vinieran a atenderles, la joven se hizo un ovillo en el suelo y siguió llorando de forma desconsolada. La policía llegó antes que la ambulancia.

* * *

La Vía Láctea estaba a rebosar, ese día eran carne de inspección.

Vicente estaba borracho, para variar, y no quería cortar el aforo. Desde luego, a la una de la madrugada no era normal toda esa gente, la caja iba a ser prodigiosa. Olivia estaba que le iba a dar un infarto, no paraba de ir y venir dando órdenes y solucionando papeletas. Mientras tanto, Vicente luchaba con todas sus fuerzas por mantenerse en pie y no cagarse encima, dos tareas que a simple vista parecía que no iba a poder cumplir a la vez por mucho tiempo.

—Bueno, como folie igual que gestiona, Vicente se ha llevado el premio gordo —soltó Moisés a voz en grito al mirar por el ojo de buey de la puerta.

—Baja la voz, que te va a oír alguien y se lo va a chivar —intentó aplacarle Juan con cierta vergüenza ajena.

—Anda, anda. A estas alturas le va a importar a esta lo que diga nadie de ella. Es la querida oficial y eso son galones —respondió tocándose el hombro derecho con dos dedos.

Justo por enfrente pasó Francesca, tan sensual como siempre, en esa ocasión iba con unos pantalones vaqueros ajustados, un top y unos tacones rojos. Miró hacia la puerta de La Vía e hizo una señal con la mano derecha cerca de su oreja imitando a un teléfono, guiñó un ojo a Juan y se metió al bar de su novio.

—Menuda buscarruinas —sonrió Moisés de forma bobalicona—, no sé a qué coño esperas, chaval.

—Pues estoy evitando que me busque la ruina. No me cabe duda de que solo me crearía problemas.

—Benditos problemas, así te lo digo. Me daría igual todo —suspiró con la mirada puesta en el bar de enfrente—. Eres un imbécil por no aprovechar. Si yo tuviera diez años menos…

—Buah, no me interesa —hizo un gesto despectivo con la mano. Al mirar hacia la derecha se dio cuenta de que su buen amigo Rafael estaba a punto de llegar hasta ellos—. ¿Y este hijo de puta? —preguntó en voz alta al darse cuenta de que iba pegado a la pared intentando no ser descubierto para hacerle alguna de sus bromas pesadas.

Era un policía nacional que trabajaba en la zona de Malasaña y

alrededores. Era alto y fuerte, tanto que su amigo Juan no podía creerse que pudiera correr con eficacia para arrestar a nadie. Aunque Rafael porfiaba que sí, incluso invitaba a apostar contra él a que no era capaz de ser rápido. Le conocía, como no podía ser de otra forma, del mundo de los gimnasios, y siempre estaba con bromas pesadas, insultos afilados e interpretaciones creativas.

—¿Qué pasa, Juan? ¿Qué tal la noche? —saludó dando la mano a su amigo y luego a Moisés—. Me has pillado por los pelos. Te hubiera dado una buena colleja.

—Siempre estás igual. Un día alguien te va a pegar, y con razón —respondió Juan medio riéndose—. Aquí estamos bien, sin mucho ajetreo. ¿No curras hoy? Si es que a lo que tú haces se le puede llamar trabajar.

—No, qué va, hoy libro. Menudo día tuve ayer, venía a desahogarme un poco contigo. Estoy más quemado que la pipa del indio, menos mal que me tomo las cosas con humor.

—Pues este es el mejor sitio, cada uno tiene cuarenta y siete problemas. Bienvenido al club —bromeó Moisés—. ¿Qué bebes?

—Un Red Bull si puede ser —pidió Rafael.

—Marchando. —Se introdujo en el bar y salió con una lata de Red Bull para Rafael y dos botellas de agua pequeñas. Al cerrarse la puerta dejó de oírse «London Calling», de The Clash, que estaba sonando demasiado alta.

—Muchas gracias, Moisés —dijo el invitado mientras agarraba la lata.

—Nada, no se merecen. Los amigos de mis amigos son mis amigos —respondió extendiéndole una botella a Juan y comenzando a abrir la suya.

—Ayer tuvimos lío —dijo el policía mirando con el gesto algo torcido hacia Juan—. Uno gordo.

—¿Lío de qué? —preguntó Juan extrañado, pues su amigo no era de los que se quejaban de nada y siempre estaban de risas.

—Una violación —soltó sin más Rafael—, en un garaje de la calle del Tesoro, un poco más arriba de aquí.

—Coño, aquí al lado —saltó Moisés señalando hacia donde él interpretaba que estaba la calle—. Esa es la calle del restaurante griego.

—Sí, esa escoria estaba en plena faena cuando un vecino salió por la rampa del garaje. Trece puntos en el antebrazo por evitar que algo peor pasara —dibujó una línea con el índice sobre el antebrazo derecho.

—Joder, ¿y pillasteis al hijo de puta? —preguntó Moisés.

—No, qué va, ojalá —negó apesadumbrado con la cabeza—, escapó antes de que llegáramos. Según la descripción tiene pinta de que va a ser algún miembro de tus queridos amigos de las bandas de mangantes —señaló hacia Juan con la mano derecha.

—Si por mí fuera… —dejó en el aire Moisés mientras se metía las manos en los bolsillos de la pechera.

—Ya, encima no nos dejan actuar con contundencia. Si dependiera de nosotros se lo sacaría a hostias uno por uno —aseveró Rafael con tono firme y seco—. Por no dejar no nos dejan ni detener para presionar. Tenemos a la jefatura cagada con las presiones de las ONG, la prensa y demás ralea.

—Otros que si por mí fuera… —insistió Moisés.

—O por mí —completó Juan—, no dejaba ni a uno libre.

—Tenemos las manos atadas —se quejó con cierta amargura el policía—, tú que eres un poco Robin Hood, pero menos masculino, si te animas a hacer algo por tu cuenta me apunto. Te ayudo en lo que necesites.

—Pues ganas me dan, la verdad —aseveró Juan—, a una amiga mía la siguieron hace poco, siempre la descripción concuerda con algún miembro de esos pandilleros de mierda.

—No digáis nada —pidió Rafael—, pero ha habido tres violaciones estos meses y otros cuatro intentos. En comisaría creen que son casos diferentes, pero yo no lo tengo tan claro. Mis tripas me dicen que puede ser el mismo —se señaló al estómago—. Las descripciones son demasiado coincidentes para ser de distintas personas.

—A mí, mis tripas solo me dicen cuándo tengo que ir a cagar, nada más —intervino Moisés.

Juan y Rafael se giraron al unísono hacia Moisés, después se miraron y rompieron a reír de forma simultánea.

—Tú siempre estás igual, Moisés —siguió riéndose Juan—. Menudo personaje estás hecho.

—Te digo en serio lo de si quieres hacer algo —insistió el policía —. Hay más compañeros, muchos más, que están hartos de lo que está pasando. Si te mueves te podemos ir informando de lo que se averigüe desde la policía. No todos somos como los pelotilleros de los jefes, muchos queremos arreglar estas cosas.

—Policías de raza —intervino Moisés.

—Exacto —asintió con complicidad Rafael.

—Parece que me estás animando —dijo Juan sonriendo, cruzándose de brazos.

—Pues sí —confirmó Rafael—, sé que eres un hombre sensible con estas cosas y que te gusta ayudar a la gente. Si paramos a alguien de esas pandillas nos han ordenado evitar detenciones, quieren que solo les quitemos las armas y les pongamos una multa. No quieren acusaciones de racismo.

—Menuda puta mierda —dijo Moisés pensativo.

—Desde luego —contestó Rafael—, lo que se merecen es una buena zurra e ir a la cárcel.

—O a su país —completó Juan.

—Exacto, o a su país —repitió el policía—. ¿Vas a intentar averiguar algo, Juan, o me voy a tener que encargar yo como siempre de solucionarlo todo?

—Lo tengo que consultar con mi socia y con el amigo que me ayuda a veces —respondió Juan—. Pero mi intención es que sí.

—Conmigo también puedes contar —se sumó Moisés.

El policía asintió serio con la cabeza, con una mirada afilada que denotaba orgullo y determinación.

—Pues no se hable más —Rafael dio una palmada rompiendo el silencio—, estamos en contacto, Juan. Me voy, que mi señora me va

a hacer dormir en el sofá si no llego pronto a casa.

—Buenas noches, calzonazos —respondió Juan entre risas mientras le daba un abrazo.

Se marchó calle arriba, esquivando el gentío que abarrotaba toda la calle, hacia el metro de Tribunal.

—Parece un buen hombre —dijo Moisés.

—Lo es, sin duda. Es todo corazón, además de buen policía.

POR FIN

Un cheli malhumorado golpeó con la palma derecha la barra en varias ocasiones consecutivas, molestando y vertiendo alguna bebida de otros clientes. Llevaba el pelo corto, un tatuaje taleguero en la mano derecha y una chupa negra de cuero roída. Parecía un personaje salido de los ochenta, por su edad debía de ser de la quinta del Sammy, un dinosaurio de época que se mantenía en pie gracias a la cocaína. Las malas lenguas decían que el Sammy se conservaba en alcohol y que el día que dejara de darle a la farla colapsaría y moriría.

A nivel de higiene, podríamos decir que llevaba un tiempo sin que le funcionara la ducha: olía a una mezcla de sudor, orines y calimocho barato. Observaba a Nuria como un depredador sexual, con los ojos fijos y con una baba medio amarillenta cayéndole de las comisuras de la boca.

—Que me sirvas, putilla —atinó a decir tambaleándose. Tras un par de vaivenes logró sostenerse apoyándose en la barra—. ¡BUURRP! —soltó un tremendo eructo húmedo y pestilente, dejando un aroma a vómito ácido en el ambiente.

—¡Sepárate de mí, puto guarro asqueroso! —gritó Nuria con enfado—. Aléjate o te juro que te sacudo —agitó el puño derecho frente a su cara con actitud de cumplir su amenaza—. Impresentable.

El borracho esbozó una media sonrisa y se intentó enderezar. Dio

un paso bamboleante hacia atrás y hurgándose en el bolsillo derecho del pantalón consiguió, bajo la mirada de desprecio y asco de Nuria, sacar una navaja de medianas dimensiones y abrirla.

—¿Ahora qué, puta? —preguntó elevando el tono, golpeando con la empuñadura de la navaja la barra. Era un milagro que no se cortara él solo.

Debido al revuelo que se montó, Juan pudo ver que algo pasaba. Se acercó raudo desde la puerta más que dispuesto a intervenir. Mientras, el cheli golpeaba de forma arrítmica la barra y no paraba de gritar que iba a «rajar a esa puta». Juan se acercó por su espalda, iba a pegarle sin más, pero cuando vio el cuchillo cambió de opinión. Se lanzó a por él enganchándole de sorpresa la mano del arma, en un movimiento rápido le hizo un *cavaliere*, es decir, le agarró de la muñeca con la mano izquierda tirando de él para desequilibrarle mientras con la mano derecha agarraba su puño y lo flexionaba con fuerza de forma diagonal y eléctrica. El navajero gritó de forma desgarradora de dolor y soltó el cuchillo, que quedó en manos de Juan.

El borracho se apoyó de espaldas contra la barra, agarrándose la mano lesionada con los ojos idos. Juan no se lo pensó y le dio una patada frontal en el estómago que hizo que se sentara en el suelo sin aire y agarrándose el abdomen. Le dio la navaja a Saúl, que acababa de llegar, para que la guardara y se dispuso a llevarse al cheli fuera del local.

Sin mucha delicadeza se tiró a por él y tras un forcejeo mínimo le retorció la muñeca y el brazo por detrás de la espalda, le hizo levantarse con una buena dosis de dolor agudo y se lo llevó hacia la puerta sin mayor resistencia. Moisés abrió la puerta para facilitar su salida y le dio una sonora colleja y una patada en el trasero cuando pasó a su altura.

Juan le soltó hacia la calle con violencia, al no estar muy ágil se dio un buen golpe contra el suelo, empezando a rebozarse cual croqueta por el pavimento y dando voces sobre lo malos que habían sido con él.

—Fuera de aquí, puto vagabundo asqueroso —le gritó Moisés poniéndose cada vez más agresivo.

—Voy a llamar a la policía —atinó a decir, no sin esfuerzo.

—Da las gracias a que no la llamamos nosotros, a ver cómo les explicas lo de la navaja y las amenazas a la camarera —le contestó Juan comenzando a enfadarse de verdad, andando de un lado a otro de la puerta, cual tigre enjaulado, mirando al cheli con odio.

Para sorpresa de todos llegó Sammy desde el Nueva Visión, trastabillando y bastante alterado.

—Es mi… mi amigo —se dio dos golpes con fuerza en el pecho—. ¡Dejadle en paz! —gritó con violencia y escupiendo perdigones.

—Al final te vas tú también calentito —le dijo Moisés dando un paso amenazador hacia él.

El Sammy se puso en una especie de guardia de boxeo que se asemejaba a la de un cangrejo: con los codos demasiado elevados, tanto que parecía hasta cómico. Antes de que Juan pudiera mediar, Moisés dio otro paso adelante, bastante rápido teniendo en cuenta su peso, y le dio una sonora bofetada que hizo a Sammy girarse y caer sobre su amigo.

—Venga, a tomar por el culo de aquí —les gritó Juan con una actitud que les dio que pensar a Sammy y a su amigo que también les iba a pegar.

Los dos borrachos, o algo peor, se levantaron con dificultad y se marcharon refunfuñando por lo bajo, no fuera que se llevaran una tunda, a paso lento y haciendo alguna parada a descansar, fueron apoyándose el uno en el otro hasta el bar del Sammy, a escasos veinte metros de allí.

* * *

Nuria salió del bar a fumar media hora después del incidente, era ese raro momento de las noches del fin de semana en que había

cierta tranquilidad, entre cuando se llena el local y el instante en que llega el último impulso de público de la noche, sobre las tres.

—Has estado bien, basura —dijo Nuria mientras exhalaba humo, apoyada de espaldas con un pie en la pared junto a la puerta. Iba con la melena rubia suelta, unos pantalones vaqueros cortos ajustados y una camiseta de tirantes. Para Juan estaba siempre deslumbrante.

—Sí, bueno, aquí todavía… —comenzó a decir el joven portero con la pretensión de insultarla amistosamente.

—Me voy adentro, no aguanto esta tensión sexual —interrumpió Moisés, que se sentía incómodo de verdad. Era bastante vergonzoso y estas cosas le ponían nervioso.

Nuria solo sonrió y siguió fumando. Juan estaba algo azorado, no le gustaban las situaciones forzosas, prefería ser él quien manejara los ritmos. Miraba a Nuria con deseo, siempre la veía y se quedaba absorto, deleitándose con cada pequeño detalle de su forma de ser, su estilo o su cuerpo. Lo que más le gustaba de ella, aparte de su bondad y nobleza innata, era su risa, para él era hipnótica.

Se hizo un silencio no demasiado largo que fue roto cuando Nuria tiró el cigarro al suelo, lo pisó y se acercó a Juan. Le agarró de la pechera y le besó con fuerza, solo un instante, pero suficiente para que Juan, víctima de las distancias cortas, estuviera totalmente desarmado. Se separó con lentitud de él y le susurró al oído: «Hoy te vienes conmigo».

La camarera volvió al interior y Juan se quedó absorto en sus pensamientos con una sonrisa de lado a lado de la cara. Tenía que ir al Nasti, pero Nuria acababa más o menos a la misma hora y podría ir a buscarle. «La noche promete».

—Bueno, bueno, el señor pichabrava por fin va a conseguir lo que quería —dijo Moisés riéndose, que acababa de salir desde la espalda de Juan.

Este se sobresaltó, estaba demasiado inmerso en sus pensamientos.

—Van a ser los dos minutos más felices de tu vida, mierdecillas

—añadió Saúl, que había salido a fumar a la vez que Moisés.

—Se cree el ladrón que todos son de su condición —contestó riéndose Juan.

—Fuera de bromas, Maraca, lo digo de verdad: me alegro por ti —respondió poniéndose algo serio, más teniendo en cuenta que su registro habitual era el insulto y la mofa—. Mejor tú que uno de esos *hípsters* izquierdosos amariconados con los que se suele juntar.

—¿Para ti qué soy yo? —preguntó Juan intentando aguantarse la risa.

—Un rojo de mierda igual —se encogió de hombros—, pero por lo menos pareces una persona que se ducha y esas cosas. Algún día te harás de derechas como yo y serás un hombre de bien.

Moisés se reía sin decir nada.

—Me lo tomaré como un halago, Maraca —afirmó Juan riéndose, ya no pudo aguantar más.

—Sí, deberías. No vas a conseguir nada más amable de mí nunca, no me van esos rollos de hombre deconstruido —hizo una pausa para dar una larga calada al cigarro—. Bueno, me voy para dentro, que Vicente está como una cuba, más incluso de lo habitual, pero se va a dar cuenta de que me escaqueo. Luego os veo, figuras. ¡Viva España!

—Menudo personaje —soltó Moisés nada más irse Saúl—. Genio y figura…

—… hasta la sepultura —completó Juan riéndose.

* * *

El local ya estaba vacío, Moisés y Juan esperaban junto a la barra del final de la planta baja a que les pagaran. Juan tenía algo de prisa, tenía que irse al Nasti, pero Vicente estaba más borracho que de costumbre e iba a su ritmo. Cada dos por tres uno de sus «amigos» le entretenía.

Aquella noche, el grupo de comebolsas oficial era más reducido que de costumbre. Solo había tres personas: dos cincuentonas que se habían bebido medio bar, y eran especialmente fáciles de llevar a la cama, y un amigo de Vicente que estaba metido en política. Era un jefe de Manguemos, barrigón, cascado y baboso. Cada chica que pasaba cerca de su radio de acción era acosada sin posibilidad de evasión. Decían por ahí que era abogado, los porteros solo conocían su apodo: el Farlopis. Además, tenía fama de ser un pervertido sexual y de que en el momento de la verdad no se le levantaba. Parecía que tenía cincuenta y siete años mal llevados, pero en realidad tenía treinta y cinco.

No paraba de contar historias surrealistas para impresionar a esas dos mujeres que no entendían nada de lo que pasaba a su alrededor: el ron era el amo y señor en sus cabezas. Sin ánimo de excusar a ambas señoras, es necesario decir que el Farlopis no es que hablara demasiado bien a esas horas de la noche tras beber, tampoco estando sobrio, estado poco frecuente en él, pero borracho empeoraba la cuestión.

Una de las mujeres miraba a Juan e intentaba hacerle gestos coqueteando desde un taburete. Apenas podía mantenerse erguida en la silla y oscilaba de lado a lado. Tenía el rímel corrido y la mirada enturbiada.

—Vamos, no me jodas —exclamó Juan mirando hacia otro lado—. Siempre quiere bailar conmigo la más fea.

—Eh, chaval. Gallina vieja siempre hace buen caldo. Además, a ti te encantan las MILF —dijo Moisés dándole una sonora palmada en la espalda mientras se carcajeaba.

—No como ella —respondió tajante—. Desde luego que no, vamos, no me jodas, Moisés.

La conversación sobre las maduritas se vio interrumpida por unos gritos de borracho que venían del despacho de Vicente. Con un sonoro golpe la puerta se abrió y salió Saúl enfurecido, gritando y dando golpes a las paredes.

—¡Me cago en todo, joder! —gritó mientras salía del local ciego

de ira, golpeando todo a su paso. Tenía una mirada inyectada en sangre.

Al poco se asomó Vicente con cara de pocos amigos.

—Está despedido, no quiero que le dejéis volver a pasar a este bar —ordenó Vicente señalando la dirección por la que se había ido Saúl—. Faltaría más —se quejó justo antes de comenzar a rascarse la nariz de forma exagerada. La farlopa le pasaba mucha factura.

Moisés se metió al despacho a intentar enterarse de lo que había pasado, esperaba no tener más problemas; Juan salió fuera a ver qué le había pasado a Saúl, y Farlopis y sus ebrias amigas se quedaron bebiendo sin enterarse mucho del mundo que les rodeaba.

Saúl estaba fuera de sí, andaba enfurecido de un lado a otro de la calle, gritando y haciendo aspavientos.

—¿Tú te crees? —se preguntaba en voz alta—. Ocho años aquí para que este gilipollas me quiera echar por beber en el trabajo. Y lo dice él, que se pasa el día borracho bebiendo como una mula y enfarlopándose. Es que es de coña —seguía andando cada vez más enfadado.

—Maraca, estate tranquilo. Seguro que se puede solucionar…

—He dicho que no —le interrumpió gritando y gesticulando rápido con ambos brazos—, me cago en todo. A tomar por el culo este puto sitio —señaló hacia La Vía—. No aguanto a ese puto drogadicto pervertido ni un día más. Me está volviendo loco. En la puta vida vuelvo a esta mierda de sitio —concluyó yéndose calle abajo sin despedirse ni girarse en ningún momento.

«Bueno, pues nada», pensó Juan. Cuando iba a girarse vio a Paolo mirándole desde la acera de enfrente. «El que faltaba», renegó con la cabeza y se volvió a introducir en La Vía.

El panorama que encontró era desolador: Vicente estaba vomitando en el suelo junto a la barra del final, justo al lado de Moisés, que tenía cara de resignación. Farlopis estaba dormido, sentado en la silla con la cabeza gacha en una posición poco natural y sus dos amigas se habían ido al baño a «empolvarse».

«Menudo panorama», pensó de forma inevitable. Moisés le hizo

un gesto para que se fuera, ya cobraría al día siguiente, podría tenerle esperando dos horas más, y tenía que irse para el Nasti. Se dio la vuelta y se dispuso a marcharse, no sin pasar por la primera barra a despedirse de Nuria.

—Luego te veo, escoria. Vente a buscarme al cierre del Nasti —hizo un gesto con la mano hacia fuera.

—Sí, que no te escapas hoy, personaje —respondió Nuria riéndose, pero azorada por tener que cerrar bien la barra y pasar a la siguiente tarea.

* * *

Los botellines y los vasos sobrevolaban la sala del Nasti, dos grupos se enzarzaron en una pelea sin precedentes, por lo menos a nivel numérico. La discoteca tenía sus habituales, pero ese día había venido gente que poco tenía que ver con el ambiente que solía haber por la zona.

El encargado llamó a la seguridad por el pinganillo y los cuatro porteros del Nasti entraron en escena. Se encendieron las luces, se apagó la música y se vio cómo la mayor parte de la gente se había pegado a las paredes para evitar llevarse algún golpe desafortunado; otros, los más cercanos a la puerta, salieron para fuera, dificultando algo el acceso de la seguridad, pues atascaron un poco la puerta y las escaleras previas a esta.

Era un grupo de ocho hombres, mujeres había en los dos, contra otro de diez. Estaban más ocupados en tirarse cosas desde lejos que en pegarse, en parte por lo borrachos que iban. Avanzaban y retrocedían, pero intercambiaban pocos golpes. Los porteros no hicieron lo mismo. Vélez y Julio se pusieron en medio de los dos grupos, intentando parar a los que eran diez; Juan y Matei se centraron en los que eran ocho, que estaban más cerca de la puerta. El portero rumano agarró a uno del cuello y a otro de la solapa y los

sacó para fuera, ni siquiera se revolvieron, estaban demasiado perjudicados y cansados.

—¡Vamos! ¡Fuera de aquí! —gritó Juan dando una patada a otro que tenía cerca. Fue un golpe seco al muslo que hizo que cojeara de dolor y casi se cayera al suelo.

Uno de sus amigos se acercó para golpear a Juan, pero este le dio un directo de derecha que le hizo caer al suelo. Cuando hizo ademán de atacar al siguiente comenzaron a retroceder hacia la salida. Matei volvió al interior y fue agarrando uno por uno a los rezagados y echándolos fuera.

En apenas cuarenta segundos estaban todos fuera. Matei, de maneras no demasiado amables, les invitó a irse calle abajo antes de que salieran los del otro grupo. Cuando tuvo la confirmación visual volvió a pasar al local para ayudar a expulsar a los otros que seguían dentro.

Vélez y Julio solo habían hecho labor de retención, sin embargo, la idea de Juan era diferente. Al que parecía que llevaba la voz cantante del grupo le intentó convencer de que parase en su actitud; se puso a gritarle en la cara y como si de un resorte oculto se tratara, la mano de Juan fue directa a la parte de abajo del cuello del gritón en forma de golpe seco, dejándolo mudo en el acto. Este se echó ambas manos a la garganta y dio un paso hacia atrás, pero Juan no estaba dispuesto a soltar a la presa: le enganchó de la pechera y tiró de él hacia la salida.

Matei avanzó como un miura dispuesto a chocar con los compañeros del gritón, pero, tras ser este disciplinado, el resto de la pandilla se relajó de manera radical, comenzando a escuchar al resto de porteros que les indicaban que debían salir. En apenas otros treinta segundos estaban todos fuera.

—Y no volváis por aquí —sentenció Juan cruzándose de brazos en mitad de la calle mientras miraba cómo el grupo entero se iba alicaído y derrotado a paso lento por la calle, en dirección contraria a la que habían tomado sus rivales.

La policía llegó sin que pasaran más de diez minutos, varios

coches, pero se fueron cuando vieron que no había heridos y no podían filiar o detener a ninguno de los que habían formado parte de la trifulca. Pues en la versión de Juan, los porteros solo habían separado, no participando en la pelea, y no quedaba nadie cerca para rebatirle su visión.

La sala se vació con el incidente, pero en menos de media hora estaba igual de llena o más que antes. El Nasti era un antro, pero congregaba a mucha gente. Si no fuera por los robos de los encargados y por su incompetencia manifiesta, el negocio iría mucho mejor.

La noche había evolucionado bien, aunque Matei se había enrabietado con los dichosos lateros pakistaníes. Se le metían en el cuerpo los demonios. En su opinión, cuando no le hacían caso se estaban riendo de él, y eso no podía soportarlo, por mucho que se lo dijeran o que intentara creerlo: era superior a sus fuerzas. Tras gritarles una última vez, volvió a la puerta.

—Me tienen harto, estos *pakis* no tienen educación —soltó a viva voz y se apoyó en el lateral de la puerta con los brazos cruzados, refunfuñando por lo bajo.

Antes de que pudiera contestar, a Juan le llegó por el pinganillo la orden de entrar por parte del encargado.

—A ver qué quiere este gilipollas —dijo Juan antes de ir. Matei se encogió de hombros, le dio pereza hasta contestar, no soportaba al encargado pedante de ese día.

Juan entró y se dirigió a la barra del fondo, junto al despacho del jefe. En la puerta estaba el encargado: Ulises, un moderno intenso y con voz de pito que abusaba del *eme* sobre todas las demás sustancias.

—Hay un sujeto ahí —señaló con la mano hacia un lateral de la sala— que está pasando droga. Estoy seguro.

Juan intentó visualizarle, encontrando a un hombre menudo con pinta de fumar base justo donde había señalado el encargado.

—Aquí dentro está prohibido pasar, y fuera solo quiero que dejéis a mi amigo Damián —se señaló el pecho—, que por lo menos es de

la casa.

—Fuera me da igual lo que pase —respondió Juan con tono hosco—, pero en el local no voy a dejar que nadie pase droga. No voy a ser cómplice de esa mierda.

—Bueno, pues eso, que le eches de una vez, que paso de discutir con Damián —le insistió Ulises. Casualidad o no, esa noche volvía a tener las pupilas como platos.

Juan le miró con asco, pero no quiso seguir hablando con ese amigo de camellos. En la sala la gente no se drogaba, o por lo menos la seguridad intentaba que así fuera, pero los clientes solían venir bastante pasados.

El camello fue hacia los baños con dos chicas. «Lo que me faltaba», pensó Juan siguiéndoles, enfadándose por momentos. La sala estaba bastante llena, con la gente enloquecida bailando las canciones que, en opinión de Juan, eran pura basura atronadora. Varias personas le pararon para hablar, pero el ruido ensordecedor de la música impedía que entendiera lo que decían, ni siquiera cuando gritaban casi pegados a la oreja.

Quería llegar al baño de hombres, pero se retrasó casi dos minutos con tanta interceptación. Cuando entró, lo primero que notó fueron sus pies quedándose pegados a un suelo pringoso y negro que, sumado al olor a orina, hacía que se le revolviera el estómago. Fue hacia una de las cabinas del baño y llamó a la puerta, nadie abrió. Decidió, sabiendo que el pestillo no funcionaba, cargar con el hombro y entrar por la fuerza.

Entró de una, haciendo que la puerta golpeara con fuerza contra la pared, produciendo un ruido considerable y asustando al resto de gente que estaba en los baños. El camello y las dos chicas se giraron con una mezcla de sorpresa y de terror, en la tapa del váter había dos lonchas de cocaína pintada. En un ataque de rabia, Juan se inclinó y las voló con la mano al suelo, antes de que el camello pudiera decir «aquí estoy» le agarró de la pechera y se lo llevó medio en volandas hacia la calle.

No intentó resistirse, era un hombre menudo y débil, mientras

que Juan tenía la fuerza de un toro y el carácter de una mamba negra. Fue apartando a la gente hasta llegar a las escaleras de salida, el camello trastabilló y cayó hacia atrás, pero Juan lo aupó sin soltarlo en ningún momento y lo sacó a pulso hacia fuera, lanzándolo a la mitad de la calle ante la sorpresa de Matei.

—¡Y como te vuelva a ver por aquí te voy a sacudir como a una esterilla! —le gritó Juan señalándole amenazadoramente con el índice de la mano derecha—. ¡A tomar por el culo de aquí! —Hizo ademán de ir a pegarle y el camello no dudó, se fue calle abajo con la directriz clara de no volver.

—Te pones peor con estos que yo con lo lateros —dijo Matei riéndose—. Tómatelo con calma, con esta clientela es normal que este tipo de buitres vengan por aquí, deben de consumir cerca de la mitad de todo su producto.

—Ya, soy consciente del ambiente, pero no por eso me dan menos asco —el tono de Juan era serio y hosco—. Odio a los camellos por encima de casi cualquier cosa. A ese tal Damián que nunca he visto también.

—Es un químico reconvertido, un *hípster* melenudo como estos, pero con dinero y visión de negocio —aclaró Matei.

—Mejor me callo lo que haría con él.

—Lo puedo suponer —rio Matei—. Siempre te preocupan este tipo de cosas. Yo me centro más en las mujeres. Mira esas que vienen por ahí —señaló a tres chicas jóvenes con vestidos cortos que iban en dirección al metro—. Cúbreme un rato —pidió marchándose a su encuentro.

* * *

Apenas cuarenta minutos después, Mognatius llegó desde el final de la calle, era un humorista canario que vivía en el portal de enfrente del Nasti. Solía llegar siempre sobre esa hora borracho y

tambaleándose. Era más famoso en la zona por sus borracheras inigualables que por sus chistes y monólogos que, por otra parte, no eran demasiado buenos que digamos. Siempre iba desaseado, con la barba larga y negra descuidada, en pantalones cortos, hiciera frío o no, y con una camiseta andrajosa, llena de rotos y varias tallas más pequeñas de lo que debería, enseñando a la mínima su prominente barriga. Si era invierno podía llevar una sudadera del mismo estilo o incluso un abrigo viejo y sucio que le daba un aire de vagabundo considerable.

Hizo un amago de saludo a los porteros del Nasti con la mano y soltando algo que fue ininteligible, tras lo cual se dirigió a su portal. Un grupo de jovencitos que había justo al lado lo reconocieron y comenzaron a molestarle; al verle tan borracho empezaron a burlarse aún más. La reacción de Mognatius fue violenta, dando gritos sin sentido y babeando, escupiendo perdigones a cada palabra que intentaba decir. Los chavales iban a pegarle, por lo que Juan se decidió a intervenir.

—¡Eh! —gritó y se acercó con paso rápido y gesto agresivo—. A tomar por el culo de aquí, ¡fuera! —empujó a uno de ellos con fuerza.

Los chicos eran jóvenes y se asustaron enseguida. Los abusones, sobre todo a esas edades, siempre han sido bastante reticentes a entrar en conflicto con alguien fuerte que sí les puede plantar cara. Mognatius le daba mucho asco, pero le daba más pena. Ese fue el sentimiento que le hizo actuar, no le gustaba que se agrediera a quien no podía defenderse.

Agarró al cómico de un brazo y lo acercó a su portal, volviendo después a la puerta con Matei. Ambos estuvieron viendo cómo Mognatius tardó más de diez minutos en abrir la puerta, o no atinaba a meter la llave o se le caían al suelo. Al final, Matei se enfadó y se acercó a abrirle la puerta, haciendo que entrara en el portal para perderle de vista por esa noche.

—Menudo despojo de tío —dijo cuando volvió.

Juan solo asentía con la cabeza.

* * *

No quedaba mucho para cerrar cuando Ana apareció desde la calle del Dos de Mayo. Iba con un vestido ajustado rojo y largo y con unas botas marrones; como no podía ser de otra forma iba con la mirada desencajada, andando con dificultad, apoyada en un despojo de personaje que sería uno de los que se habría ligado esa noche.

Juan intentó ignorarla, de verdad que lo hizo, pero Ana decidió colocarse justo enfrente de la puerta mirando hacia el portero mientras se daba el lote con su amiguito zarrapastroso. Matei, que acababa de llegar del callejón de atrás, tampoco ayudó mucho.

—Anda, mira tu amiga, está magreándose con un yonqui —soltó con un tono de voz demasiado alto.

Ana pegó un respingo, miró a Juan como si fuera el demonio y continuó liándose y magreándose de forma torpe y sucia con el *hippie* rastudo.

—Pero es yonqui, yonqui, mira qué espalda —señaló hacia ellos —. Eso es de desnutrición o de algo peor. Juan no pudo evitar reírse.

—¿Peor que la desnutrición?

—Sí, rollo enfermedad venérea o algo así —puso cara de asco, arrugando la nariz y la frente—. Además, tiene pinta de oler mal. En Rumania no tenemos gente así, rapidito interviene la policía.

—Seguro que sí tenéis —le contradijo.

Matei miró en un movimiento rápido a Juan, levantando las cejas y echando un poco la cabeza hacia atrás.

—Ya te digo que no, tenemos otras cosas malas, pero de esto no —negó convencido—. No creo que haya gente así ni en lo peor de la capital, en los pueblos les echan a golpes, les rapan y les hacen ducharse.

—Ese sería el peor castigo para él, sin duda —respondió rompiendo a reírse a carcajadas apoyado contra la pared.

Ana, que lo estaba escuchando todo, se apartó de su ligue y fue enfurecida y tambaleante hacia los porteros. Cuando se dio cuenta, Juan se limpió las lágrimas de tanto reírse para evitar una situación aún más tensa.

—Se puede saber qué coño te pasa, gilipollas —le espetó sin miramientos echando la cabeza hacia delante encarándose y con ambos brazos estirados hacia atrás por la tensión.

—La pregunta es qué te pasa a ti, yo que tú, me haría pruebas —intervino Matei riéndose y señalando al *hippie*.

—Tú cállate, puto rumano —gritó con ira.

—Vaya, la señorita pijita ahora también es racista, al final todos los perroflautas sois iguales. Tenéis un discurso que lleva a la ruina a España, llamáis a todos racistas y luego los que lo sois en verdad sois vosotros —fue incrementando el tono y volviéndolo más agresivo por cada palabra que decía—. Fuera de aquí, deja a mi amigo en paz, estás obsesa, no te toca ni con un palo y por eso estás escocida. Tú con los de tu nivel, con los despojos sociales.

—¡Haré lo que me dé la gana! —gritó rompiendo a llorar—. Y si quiero acostarme con cuarenta lo haré, puto cromañón de mierda —se dio la vuelta y fue hasta su acompañante, que pasó de toda la discusión y se apoyó en la pared de enfrente a fumarse un porro—. Nos vamos —le cogió de la mano y se lo llevó a rastras hacia la plaza.

—Menuda loca, has esquivado una buena bala, amigo —dijo Matei observando cómo se iban.

—Gracias, Matei. La verdad es que me has ahorrado un momento patético y desagradable. Me da pena, pero ya paso de aguantar sus tonterías. Es buena chica, pero su entorno la ha maleado.

—No es tu problema, que espabile —hizo una pausa de un par de segundos—. Bueno —dio una palmada—, me voy dentro a dejar que me vean. A ver si se van a pensar que me he ido por ahí a ligar.

—Sí, ¿quién podría llegar a pensar eso? —sonrió.

—Sí, eso digo yo —rio entrando a la discoteca.

No habían pasado ni veinte minutos cuando Ana volvió a subir la

calle hasta la puerta del Nasti. «Otra vez, qué pesadez», pensó Juan mientras suspiraba. Matei, que había vuelto a salir, le miró y él se limitó a asentir con resignación y apatía.

—Mira, si viene con otro, ja, ja, ja, esta no pierde el tiempo —volvió a señalarla sin poder dejar de reírse.

Ana sonrió con malicia y justo enfrente del Nasti, debía de ser su sitio oficial de liarse con gente, empezó a besar a otro hombrecillo con cuerpo de cucaracho: barriga prominente y brazos y piernas finitos. Cuando estaban en medio de la faena, Ana tuvo que separarse de su nuevo ligue, dio un par de pasos hacia la derecha y vomitó; se tiró cerca de tres minutos sin parar, echó hasta la primera papilla. Al final del proceso solo echaba líquido. Se manchó el vestido, dejando varios tropezones pegados a la parte baja del mismo.

Cuando se rehízo se giró buscando a su acompañante. Juan y Matei ya habían visto que había decidido irse desde el mismo momento que empezó a vomitar. El espectáculo era patético a más no poder, a Juan le daba pena, Matei se lo estaba pasando en grande.

Ana se quedó mirando hacia la puerta del Nasti como un zombi, con la mirada ida y quieta hasta parecer antinatural. Al minuto, que a Juan se le hizo bastante tenso y largo, rompió a llorar y se fue andando rápido, pues correr ni podía, hacia la plaza de nuevo. Juan hizo amago de seguirla, pero Matei se lo impidió agarrándole con fuerza del brazo.

—De bueno eres tonto, ni se te ocurra. Si vas detrás de ella no te va a dejar en paz en tres años —mantuvo el agarre al brazo de Juan para que no se fuese—. Quédate aquí.

—Pero me da pena, Matei.

—Es que da pena, y asco, mucho asco, pero no es tu problema. Tú ya intentaste ayudarla y ella te pagó siendo aún más drogadicta y degenerada. No es tu problema —hizo un gesto con la mano abierta de dentro a fuera para zanjar la cuestión.

—Sé que tienes razón —asintió con la cabeza—, pero estas

chicas jóvenes me dan pena, destrozan su vida cuando en realidad lo tienen todo.

—Ya, la noche y no tener criterio es lo que tiene, pero no eres una ONG, no es tu culpa.

—Lo sé, pero aquí, en la puerta, veo cómo van estando cada vez más atrapadas, cómo dilapidan su vida —miró hacia el frente a un grupo de chicas jóvenes—, hasta llegar a una situación de inmundicia.

—Esto es la noche, es uno de los motivos por los que es mejor dejar esto en cuanto se puede. Es dinero fácil, pero ves lo peor de la sociedad y también te echas a perder si no tienes mucho cuidado.

—Sí, sin duda. Es tal cual lo cuentas —suspiró de forma pesada y se encogió de hombros—. Es lo que hay.

—Sí, amigo. Es lo que hay.

* * *

La discoteca ya había cerrado y los porteros habían cobrado, Juan salió a la calle y vio, para su fortuna y placer, que Nuria estaba apoyada en la pared de enfrente, en el mismo sitio en el que había estado Ana yendo y viniendo buena parte de la noche. Guardó el móvil en el bolsillo y se dirigió hacia Juan al trote. Se colgó de su cuello y le besó con pasión, dejando que sus manos recorrieran su cuerpo con frenesí.

«Por fin», pensó con satisfacción Juan. Estaba disfrutando al máximo del momento cuando una voz les llamó la atención.

—Idos a un hotel, guarros —les dijo Matei riéndose según salió de la discoteca—. Nos vemos mañana, Juan —se despidió con la mano yendo hacia su moto, que había aparcado un poco más abajo en la misma calle.

—Oye, ¿y si nos vamos a un hotel de verdad? —propuso Nuria sin soltar a Juan, pero separando un poco la cara de él.

—Bueno, si quieres podemos ir al que hay al inicio de esta calle —señaló hacia la dirección de los Apartamentos Tribunal.

—Venga, pues vamos, que me hace ilusión.

Nuria le dio la mano y fueron como si de una parejita de novios se tratara por la calle San Vicente Ferrer. No eran aún ni las siete de la mañana, todavía era de noche, pero no había tanta gente como en horas anteriores. Algún grupito de rezagados, por lo general bastante borrachos, se resistía a marcharse y eran presa fácil de los lateros que vivían, sin duda, buenas horas para el negocio.

Estaban yendo por una calle que era de las de más afluencia nocturna, por lo que los cubos de basura estaban llenos hasta arriba, incluso con basura por el suelo, que hacía que la zona fuera un *buffet* ideal para cucarachas y ratas. Luego había gente que se quejaba de las plagas, pero si no se acababa primero con las causas de que se propagaran poco se podía hacer.

A la altura del Red Bar, justo enfrente de la sala Taboo, había una concentración mayor de gente, pues también cerraba tarde. Su público era, por lo general, modernos bohemios, quizá un poco más refinados que los *hípsters* del Nasti, pero aún más drogadictos. Los esquivaron zigzagueando entre ellos y continuaron calle arriba. Estaba todo cerrado, al llegar a la esquina del Freeway vieron a un par de lateros en busca de clientes. Tras rechazar sus ofrecimientos llegaron por fin a la puerta de los Apartamentos Tribunal, que, aunque se llamaban así, eran en realidad un hotel de manual.

En la puerta del edificio estaba Luis.

—Buenas noches, Juan, aunque ya serían buenos días —saludó el conserje con una sonrisa—. Dio un paso adelante y le dio un abrazo a Juan.

Nuria le miró extrañada.

—Vamos dentro, os gestiono la habitación en un momento. —Y así lo hizo, en menos de cinco minutos tenían su habitación y estaban subiendo en el ascensor a la tercera planta.

* * *

—¿Cómo es que te conoce el conserje del hotel? —preguntó Nuria nada más entrar a la habitación.

—Me conoce de aparcar enfrente y de que un día le ayudé con unos abusones —respondió sin mentir, pero omitiendo buena parte de la verdad, pues le conocía de haber ido con otras chicas en muchas ocasiones.

—Bueno —dijo Nuria sonriendo y empezando a quitarse la ropa —, por fin llega el momento del que te llevas escapando tanto tiempo. —En apenas unos segundos estaba desnuda al completo.

—¿Evitando yo? —respondió Juan dando un paso y deleitándose con el cuerpo esbelto y proporcionado de Nuria, con su mirada seductora, sus labios carnosos y su melena rubia suelta sobre sus hombros. Sus pechos eran pequeños, pero tersos y bonitos.

Ella se acercó poco a poco, pero se sorprendió cuando Juan dio un paso adelante y le agarró del cuello atrayéndola hacia él. La besó con pasión, la aupó agarrándola de la cintura y se la llevó en volandas a la cama. La tiró encima con fuerza y se lanzó sobre ella.

No la dejó ni moverse, llevaba esperando ese momento desde hacía demasiado tiempo y lo dio todo. Dos horas después, ella yacía en la cama agotada y extasiada. Miraba a Juan todavía jadeante con el pelo revuelto y el rímel corrido. Le acarició el pecho, observando sus tatuajes.

—Menudo meneo me has metido, campeón. ¿Qué has desayunado hoy? —preguntó con voz suave, sobre todo para ser ella, y estirándose en la cama—. Me hacía mucha falta. La verdad es que me imaginaba que contigo el sexo iba a ser duro, sucio y prolongado. Y has cumplido con las expectativas —se acercó a él y le dio un beso dulce en la boca.

Juan no dijo nada, solo sonrió y disfrutó del momento. «Por

fin…».

MALASAÑA

Esa noche estaba siendo bastante aburrida, hubo un par de avisos por supuestas trifulcas entre borrachos; pero en cada ocasión, cuando habían llegado, resultaba que se había quedado solo en palabras, o que ya no había nadie de dicho incidente, sin que hubiese pasado tampoco gran cosa. Marzo ya había pasado y el frío empezaba a disminuir día a día: era una noche agradable para tomar algo, incluso si te tocaba trabajar.

Para ser las dos de la mañana de un martes no había poca gente por la calle, nada que ver con un fin de semana, pero había ambientillo, por lo menos en la zona de más fiesta, donde había bares y discotecas. No era raro encontrarse con grupitos de gente más o menos numerosos.

Rafael iba conduciendo el C5 Aircross por la calle de San Bernardo. Cuando estaban a la altura del Instituto de España, un sujeto con pinta de no ducharse desde hacía dos meses y estética *emo* cruzó la calle dando tumbos por donde no debía, y *estuvo* a punto de caerse en medio de la calzada por dos veces.

—Ni se te ocurra, que te estoy viendo —le advirtió a Rafael su compañero—. Nos estamos aburriendo, pero como le vaciles y salga mal no quiero detenerle y que nos atufe el coche. Se le puede oler desde aquí.

—Venga, hombre, quien no arriesga no gana —respondió Rafael encendiendo un instante la sirena y arrimando el coche a una zona

de carga y descarga que estaba justo por donde había cruzado el *emo* borracho.

Este, que además era barrigudo, esperaba de pie atusándose el flequillo pringoso y ladeado de color verde. Iba con unas mallas roídas y una sudadera negra lisa. Se señalaba al pecho, como si hubiera alguna posibilidad de que no le estuvieran llamando a él.

—¡Psst! ¡Psst! Ven para acá —le llamó Rafael abriendo la puerta y bajándose del coche.

El *emo* debía medir metro cincuenta, no mucho más, Rafael le sacaba casi medio metro; Hidalgo, el compañero de Rafael, se bajó con resignación del coche. Era aún más grade que su binomio.

—Vas un poquito pedo para estar cruzando la calle por cualquier sitio. Además, cuando vienen coches y en nuestra cara —se señaló Rafael a sí mismo—. Y, por si fuera poco, vas con pintas sospechosas.

—Desagradables, diría yo —completó Hidalgo en voz baja, más para sí que para los demás.

—¿De-desagradables? —Atinó a decir el *emo* extrañado, dejando ver una chispa de enfado en su mirada.

Rafael le miró de arriba abajo asintiendo con la cabeza. «Menudo asco de personaje».

—Conozco mis derechos —continuó el *emo* con su voz aguda y desagradable mientras se balanceaba un poco—. Si os aburrís de vuestro trabajo haber estudiado y buscado uno mejor. No es culpa mía.

—Uy, uy, uy. El estudioso de las pajas se hace el erudito y el bien colocado en la vida —respondió riéndose Rafael.

—¿De qué trabajas tú? —preguntó Hidalgo con tono serio, algo enfadado, acercándose de forma peligrosa al *emo*.

—A ti qué te importa —respondió el peliverde con altivez, pero echándose un poco hacia atrás, evitando encararse. Tenía la boca pastosa y hacía un ruido desagradable cada vez que la cerraba.

Rafael no se lo pensó mucho, le dio una *tortarriga*[1], es decir, una torta con la punta de los dedos en la barriga. El *emo*, entre

sorprendido y humillado, intentó meter la tripa hacia dentro de forma patética para evitar volver a ser agredido. Labor que no se le dio nada bien.

—Eh, eh, eh —comenzó a gritar mirando a todos lados. Para su pesar, no había nadie en las proximidades—. Si me vuelves a tocar… —Intentó tomar autoridad señalando hacia Rafael.

Pero este dio un paso rápido hacia delante y le dio un señor toque de atención en forma de pescozón que le hizo rebajar los humos de forma inmediata. En ciertos ámbitos policiales a este movimiento ofensivo se le llamaba de forma jocosa *tranquimachín*.

—Además hueles raro; pero no solo mal, sino como a porros —añadió Hidalgo sin rebajar un ápice su enfado. No sabía tomarse las cosas a risa como *Rafael*. Era un *madelman*, exmilitar, y tenía la mecha corta—. ¿Llevas algo que te pueda perjudicar encima?

El *emo* se puso blanco de golpe y empezó a agobiarse, no había más que verle para darse cuenta de que lo extraordinario hubiera sido que no llevara algo encima.

—Vale, pues aquí mi compañero va a proceder a hacerte un cacheo —afirmó Rafael aguantándose la risa.

—¡Sí, hombre! Los cojones voy a tocar yo a este —saltó Hidalgo en su propia defensa—. No es necesario, enséñame esa riñonera tiñosa y dale la vuelta a la capucha de tu sudadera. Si quieres cachearle las mallas se lo haces tú.

—No hace falta, compañero. Puedes proceder a registrar la riñonera —respondió Rafael con voz solemne para hacer más cómica la situación. A Hidalgo seguía sin hacerle ni pizca de gracia.

Abrió la riñonera en el capó del coche patrulla. Sacó una *china* pequeña de un paquete de tabaco y un porro ya liado. Además, tenía un mechero Clipper con un dibujo ridículo con hojas de marihuana, dos condones sin abrir con el envoltorio muy desgastado y cinco pañuelos llenos de mocos.

—Argh, qué puto asco —exclamó Hidalgo al sacarlos y mirando al *emo* con repugnancia—. Menos mal que me he puesto los guantes antes, puto guarro asqueroso.

—¿Coleccionas los pañuelos llenos de mocos por algo en especial? —preguntó Rafael sin poder evitar carcajearse. Lloraba de la risa, intentaba que no se viera, pero no lo conseguía. Hidalgo le miraba con mala cara—. La verdad es que no me extraña que tengas los condones desgastados de no usarlos, pero aun así es llamativo. Deben llevar ahí seis años —continuó riéndose.

El *emo* no decía nada, estaba avergonzado y con miedo a que le multasen. Hidalgo sacó por último un espray de defensa no homologado. Estaba bastante desgastado por fuera y era el típico que la gente se traía para sacarse unos eurillos de Andorra.

—¿Y esto? —preguntó mostrando el espray al *emo*—. No puedes llevar los que no son legales. ¿Para qué llevas esto?

—Por si me acosan o algo así, la cosa se está poniendo fea —intentó excusarse con lo primero que se le ocurrió.

—¿Acoso de qué tipo? —preguntó Rafael con interés, pensando ya en la más que probable respuesta y en lo que se iba a poder reír.

—Hay mucho acosador suelto —se encogió de hombros el *emo* pensando que su respuesta era buena.

—¿Rollo sexual dices? —La risa ya empezaba a asomarse en Rafael, que estaba haciendo un esfuerzo titánico por retrasarla todo lo que pudiera.

—Claro, no solo acosan a las chicas. —El *emo* apoyó sus dos manos en su prominente barriga.

Hasta Hidalgo sonrió; Rafael rompió a reír y tardó casi veinte segundos en serenarse y volver a hablar. El *emo* se mantenía con rostro serio sin atreverse a volver a decir nada.

—Creo poder afirmar con toda seguridad —empezó a hablar Rafael— que estás cien por cien a salvo de cualquier tipo de acoso sexual callejero. Diría incluso —señaló con el índice hacia arriba y luchando con todas sus fuerzas por aguantarse la risa— que eres inmune a sufrir cualquier tipo de molestia de ese tipo.

—Pero de todas formas te vamos a proponer para sanción —sentenció Hidalgo volviendo a meter todas las pertenencias del *emo* en la riñonera menos el costo, el porro y el espray.

A los dos minutos los policías iban en su vehículo viendo como el *emo* se iba calle abajo con la cabeza gacha y meditabundo. Se había llevado dos sanciones y un buen correctivo.

Rafael suspiró con las manos al volante.

—Menos mal que estamos nosotros para espabilar y educar a este tipo de gente extraña. ¿Quién haría esta labor si nuestro noble y férreo sentido del deber no nos llevara a realizarla?

—Eres un cabrón, Rafael —le regañó Hidalgo—. El pobre hombre ese ha pagado nuestro aburrimiento.

—La vida es dura y todo hombre debe asumir las consecuencias de sus actos y de los designios de la diosa Fortuna —volvió a entonar Rafael como si fuera un actor de teatro haciendo burla.

—Ya empezamos otra vez…

* * *

Rafael y su compañero estaban pasando con el coche patrulla justo por delante del metro de Tribunal, aburridos a más no poder, la noche se iba vaciando de gente y con ello la posibilidad de poder entrar en acción. Hidalgo bostezó y Rafael le metió el dedo en la boca para estropeárselo.

—Joder, Rafael —se enfadó Hidalgo—. Ya estás con tus gilipolleces de siempre. De verdad que…

La emisora sonó interrumpiéndole:

«Por fin, un puto aviso», pensó Rafael espabilándose.

—Aquí H 50. ¿Algún indicativo próximo a la calle de Monteleón, 4?

No habían pasado dos segundos cuando Rafael ya estaba contestando deseoso de entrar en acción.

—Aquí el Z 460. Estamos a menos de cuatro minutos. —No había ni empezado a contestar y ya estaba conduciendo a toda prisa, pero sin poner la sirena, hacia la calle del Divino Pastor.

—Bien, Z 460. Diríjase a la calle de Monteleón, 4. Requirente manifiesta que ha encontrado un posible cuerpo inerte junto a unos cubos de basura, delante de la parte posterior del geriátrico Dos de Mayo.

—Aquí Z 460. Entendido y en camino.

Rafael puso la sirena a todo trapo y aceleró por la calle del Divino Pastor hasta llegar a la calle de Fuencarral, lugar en el que estuvo a punto de llevarse por delante a un borracho que estaba en medio, pasmado sin reaccionar a su inminente llegada. Tras evitar atropellarlo, continuó hasta la calle Daoiz y de ahí en apenas unos segundos a la calle de Monteleón.

Dejó el coche a dos metros de un hombre calvo sesentón que les hacía gestos señalando hacia unos cubos de basura. Por suerte no era una calle concurrida y nadie más estaba en la zona. Los mirones eran malos aliados para mantener una escena del crimen intacta, más cuando solo había en aquel momento dos policías para hacer todo el trabajo.

Hidalgo identificó al requirente mientras Rafael se acercaba a ver si de verdad había un cuerpo. En cuanto se acercó a los cubos de basura tomó el *pocket* del cinturón y habló a la central:

—Aquí Z 460. La llamada es positiva. El compañero está identificando al requirente, va a proceder a acordonar la zona. Tenemos un cuerpo que parece de una mujer joven, procedo a comprobar signos vitales.

Hidalgo hizo al requirente apartarse y a una señal de Rafael fue al coche patrulla y acordonó la escena. Puso la cinta azul y blanca con el escudo de la Policía Nacional diez metros más abajo del cuerpo y diez más arriba, de lado a lado de la calle. Cuando terminó fue a por un par de conos y los colocó en el inicio de la vía, para evitar que subieran los coches y se quedaran atascados al llegar a la altura del vehículo policial que cortaba la circulación.

Rafael se acercó con cuidado al cuerpo, estaba bocabajo, desnuda y había signos evidentes de haber sufrido violencia: sangre en la cara, de la que solo se veía un lateral y hematomas por la

espalda, brazos y piernas. Le enchufó con la linterna y no reaccionó. Su rostro estaba pálido y había abundante sangre seca por todo el suelo a su alrededor.

Fue a tocarle el cuello, pero retrocedió cuando se dio cuenta de que tenía una raja profunda de lado a lado de la garganta de la que ya no manaba sangre. Le tocó en la muñeca y la tenía fría, muy fría.

—Z 460 para H 50 —llamó Rafael con tono serio y sereno—. Comprobado el estado de la víctima, informo de que presenta lesiones que son incompatibles con la vida. Tiene un corte profundo en la garganta del que no brota sangre, habiendo abundante de esta en el suelo alrededor de la propia víctima.

Hidalgo estaba ocupado echando a un grupito de jóvenes que había intentado subir por la calle a pesar de los conos y la banda policial. De no muy buenas formas les invitó a irse a otro sitio.

—Aquí H 50 para Z 460. Active protocolo para finados.

En apenas dos minutos llegaron dos coches patrulla, que ayudaron a mantener alejados a nuevos curiosos que comenzaron a llegar. Cuarenta y cinco minutos después llegaron los del grupo de homicidios, que se harían cargo de la situación y de la investigación.

DECADENCIA

«Vía de mi vida y de mi corazón, dame veneno», cantaba Moisés dando palmas y con su característica voz ronca y quebrada versionando a Los Chunguitos. Tenía los dedos gordos como zanahorias y era un espectáculo gracioso verle canturrear. Estaba sentado en el taburete de madera que tenían siempre en la puerta. Juan estaba con la sudadera remangada justo enfrente.

—¿Te has enterado de algo más de Saúl? —preguntó Juan.

—¿Yo? ¿Por qué me iba a enterar? —negó con la cabeza y se cruzó de brazos con una media sonrisa.

—Pues por el jefe, coño. A ti te cuenta las cosas —gesticuló rápido con las manos algo impaciente.

Moisés hizo un gesto con la mano al aire desentendiéndose.

—No te creas que me cuenta tanto ya, en los últimos tiempos no está nunca muy católico. No sé si serán las drogas, las mujeres de mal vivir o el alcohol, pero algo le pasa.

—Lo tiene todo el pájaro.

Juan abrió la puerta para que un grupito de chicas jovencitas, algo ruidosas para su gusto, pudieran pasar y comenzar a bailar y a dar saltos desde el mismo momento que entraron. Habían llegado contentas, ya verían cómo saldrían luego, posiblemente rodando o a gatas.

—¿A ti no te ha contestado Saúl? —preguntó Moisés, más interesado de lo que quería mostrar en el asunto. Su yo maruja le

salía sin mucho esfuerzo.

—Qué va, seguirá enfadado. Le he llamado tres veces y nada de nada. He intentado hablar con su novia y tampoco ha habido manera.

—Pues dos trabajos tiene —hizo una pausa para levantarse del taburete y apartarlo, empezaba a venir mucha gente y cuando eso pasaba no podían sentarse—, ya te lo digo. Y un trabajo menos, por liante.

Juan suspiró con fuerza, Saúl era su amigo y no quería entrar en una discusión de dos horas con Moisés, se ponía intenso con estas cosas. En su opinión, Saúl tenía toda la razón del mundo.

Moisés seguía llevando el abrigo, sin abrochar por lo menos, a pesar de que hacía una temperatura agradable para ir en sudadera, y si no eras muy friolero se podía estar hasta en camiseta. Pero él era así, «hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo», no paraba de repetir siempre que alguien le decía algo. A Juan le daba calor con solo mirarle.

Las jóvenes que había por Malasaña iban ya con vestidos de verano, iban casi así en invierno, pues con más razón cuando empezaba a llegar el calor. Moisés era demasiado lascivo, hasta un punto que hacía pasar vergüenza ajena a Juan. Para colmo de males paró en la puerta Víctor, el taxista.

—¡Vamos, Moisés! Alegría para el cuerpo —gritó más fuerte de lo que la vergüenza de Juan podía permitirse sin sufrir—. Ya viene la época buena —exclamó señalando a un grupo de chicas que pasaba calle abajo.

—No os aguanto, parecéis viejos verdes salidos. Me voy a dar una vuelta por dentro —se despidió de Víctor levantando la mano y se introdujo en el bar.

Moisés se encogió de hombros riéndose, Víctor señaló hacia la puerta:

—Ya se volverá como nosotros, aún es joven y tierno. Luego vuelvo a pasar. —Tuvo que arrancar porque por detrás de su taxi llegaba una camioneta de reparto de hielo a más velocidad de la que

debería.

Esas furgonetas estaban pilotadas por verdaderos profesionales de la conducción, no por respetar las normas viales, pero sí por ir a toda velocidad para llegar a su destino, lo que se venía a llamar entre los del gremio como conducción agresiva. A partir de cierta hora, eran las personas más solicitadas con diferencia de toda la noche madrileña.

La Vía Láctea estaba como cada fin de semana: gente joven desinhibiéndose, cincuentones acabados, drogadictos y pasados de vueltas amigos del jefe y una parte de público nuevo que venía a conocer el mítico garito de la movida madrileña. Juan controlaba que todo estuviera en orden, ese día estaba poniendo especial atención en la identificación de carteristas. Había una auténtica plaga por todo Tribunal, se estaban produciendo centenares de robos, sobre todo a guiris, cada día.

A un gesto de Olivia, Juan ayudó a Julián a tapar, con una lámina de madera que tenían para la ocasión, el billar. Cuando se empezaba a llenar el bar los jefes querían el máximo espacio para que entrara más gente y ganar más dinero.

—Si no me requieres me voy para arriba —le dijo Juan a Julián tras acabar.

—Dale, dale. Yo me tengo que centrar en este infierno —señaló hacia una turba de gente que se estaba apilando en la barra dos, junto al puesto del DJ. A Julián le gustaba ser camarero, siempre iba con una sonrisa de arriba abajo.

Juan subió pasando por la escalera que nacía al final del despacho de Vicente. Salió por detrás de la barra de Luisa, que le recibió con una sonrisa nada más le vio. Le enganchó y no paró de hablarle durante seis minutos, cada vez que intentaba seguir con su vuelta era retenido por Luisa. Los minutos iban pasando, y Juan, que ni siquiera oía bien lo que decía debido a la música y el barullo del ambiente, solo quería marcharse.

Cuando ya estaba desesperado, oyó que justo enfrente de la barra, al final de la sala, alrededor de la zona de los bancos de

madera pegados a la pared, había un grupo numeroso de clientes jaleando, dando palmas y gritos. Le hizo un gesto a Luisa para que parara un segundo y poder ir al posible incidente, sin ningún ánimo de volver allí, por supuesto.

Se acercó y vio que la gente le miraba, pues le identificaban como portero, le señalaban y se reían. Los ojos de la gente iban de él a un punto indeterminado de la sala que Juan aún no había visto. De repente lo vio:

—¡Me cago en todo! No me lo puedo creer.

Una pareja de *hippies*, con chanclas, rastas y ella, vestidito de perroflauta —tenían el *pack* completo—, estaban uno encima del otro. Él sentado en el banco y ella encima tapándoles parcialmente las piernas gracias a su amplio vestido. Ella se contoneaba con suavidad mientras gemía.

—¡Eh! —Juan tocó el hombro de la mujer con cierta agresividad —. Parad y fuera del local. Vamos.

Siguieron haciendo lo suyo sin inmutarse. Juan no aguantó la falta de respeto y explotó. Agarró del pelo a la mujer y la separó de su amigo; cogió a este, pepinillo al aire, de la pechera y se los llevó a tirones y gritos hacia abajo. No pusieron resistencia, Juan era fuerte y ellos dos *hippies* bebidos y, más que posible, drogados. La gente de la sala abucheó a Juan, pero no les hizo ningún caso. La mujer se quejaba de que le dolía el pelo y el hombre hizo esfuerzos para guardarse el pene, lográndolo a mitad de camino, mientras Juan avanzaba, como solía hacer siempre cuando sacaba a alguien del local, como un miura entre la gente.

Al salir, Moisés vio que iba cargado y le abrió la puerta, al ver qué tipo de gente era no pudo evitar reírse. Juan les soltó y les gritó que no volvieran. La pareja se fue aterrorizada hacia la plaza, a otro lugar más tranquilo en donde continuar con su fiesta y su libertinaje.

—Vaya, vaya. Así que importunando a perroflautas fornicadores, ¿eh? —La voz grave de Rafael sorprendió a Juan—. Yo que tú me hubiese puesto guantes. Ahora puedes estar embarazado de clamidias. Juan no pudo evitar reírse.

—Podías hacer tú los honores.

—Lo siento, estoy casado —levantó ambas manos rechazando el ofrecimiento—. No me van los rollos gonorreicos con *hippies*. Eso te lo dejo a ti.

—Me voy a lavar —miró sus manos con las palmas abiertas y los dedos estirados con el gesto torcido—, ya me estás emparanoiando. Puto Rafael, solo vienes a tocarme la moral.

—Es parte de mi trabajo. Venga, date prisa que me tengo que ir y quiero contarte novedades. Entro al tajo en una hora y media —miró su reloj de pulsera—. España no se va a patrullar sola.

No tardó demasiado en volver, en esos minutos Moisés y Rafael se quedaron hablando sobre la *charocracia*, ante la dura mirada de unas mujeres de mediana edad que estaban fumando justo al lado. Rafael, lejos de avergonzarse, subía el nivel de la voz y el calibre de sus comentarios. Las mujeres decidieron apartarse cuchicheando y mirando con odio cada pocos segundos al policía.

—Cómo disfruto haciendo de rabiar al Imperio *charolingio* —dijo Rafael con una amplia sonrisa—, ver sus caras te da fuerzas para seguir funcionando todo el día.

En lo que Moisés se reía salió de nuevo Juan.

—¿Qué andáis liando ahora? —preguntó sospechando que habían hecho alguna barbaridad.

—Nada, nada, cosas de hombres —respondió Moisés.

—Bueno, ¿y qué es lo que has venido a contarme? —preguntó Juan ignorando a Moisés.

Una mujer de unos sesenta años con el pelo rosa y de bulto rubenesco se acercó a ellos con una sonrisa y un aliento a vodka que dejaba entrever que le había estado dando con fuerza a la botella.

—Hola… —comenzó a hablar mirando a Rafael.

—Adiós, señora —le interrumpió poniéndole la palma casi en la cara y dándole la espalda.

—Uy —dio la mujer un respingo—, serás gilipollas —exclamó indignada. Se dio la vuelta y se marchó a cuchichear con sus amigas

a cierta distancia.

Moisés se estaba carcajeando, mientras Juan le observaba con una mirada censuradora.

—¿Qué? —fingió Rafael falsa indignación—. Soy un hombre casado. ¿Tú vas aceptando ofrecimientos de mujeres alcohólicas cuando tienes una relación? Porque me parecería terrible.

Moisés estaba que se moría, llevaba dos minutos sin parar de reír. Se limpió las lágrimas como pudo y señaló hacia Rafael:

—Tu amigo es el mejor, me encanta. Tienes que traerlo más a que te dé caña, que si no te relajas.

Juan decidió no contestar, solo negó con la cabeza con cara divertida.

—Bueno, vamos a lo serio…

No pudo continuar, Nuria salió a fumar y Juan se tensó viendo lo que podía pasar en cuanto Moisés se chivara de que estaban liados. Llevaban unas semanas quedando de forma regular, pero poco más que para acostarse, aunque era evidente que Juan quería algo más. Solían irse juntos la mayoría de viernes y sábados, pero Nuria a veces le dejaba tirado por la fiesta u otras cosas.

Aun así, nunca había tensión, su relación y el trato eran los de siempre, en opinión de Moisés era un calzonazos. Pero ¿podía tomarse Juan en serio a Moisés en cuestiones sentimentales? Por supuesto que no. Intentaba que la cosa fluyera, pero se iba atascando cada vez más.

—¿Qué pasa, tunantes? ¿Cómo va vuestra noche? Además de tranquila, porque trabajáis menos que el rey. —Nuria habló desde la pared de la derecha, apoyada como hacía siempre en la fachada de al lado de la salida de emergencia.

Rafael miró extrañado a Nuria, luego miró a Moisés antes de hacer nada, intentando descifrar bien la situación para soltar el comentario más hiriente y preciso posible. Vio con deleite cómo Moisés sonreía de forma amplia, con malicia y señalaba con la cabeza hacia Juan. Sin que lo viera Nuria, hizo un gesto con ambas manos juntando todos los dedos indicando que estaban liados. El

policía fue a decir algo, pero una mirada inquisitorial de Juan le detuvo, aunque solo por un instante.

—Juan está muy disperso últimamente —sonrió Rafael aguantándose la risa—. No sé si será porque está saliendo con alguien —miró de reojo a Nuria.

—¿Con quién? —preguntó irguiéndose, sorprendida de la noticia —. No me jodas, basura. ¿Tan pronto se va a acabar el roce entre nosotros?

A Juan le sentó como un mazazo, se le cambió la cara, no estaba buscando una amistad con derecho a roce, y ella lo sabía a la perfección. Moisés dejó de reírse y frunció el ceño. Rafael no dijo nada en voz alta, pero pensó que era una zorra. Se hizo un momento de silencio incómodo, roto por la misma Nuria, que se había dado por fin cuenta de la situación.

—Me voy para dentro, que hay mucho curro hoy —se escaqueó —, luego nos vemos.

Se acercó a Juan y le dio un beso en la mejilla.

Esperaron a que estuviera ya dentro para hablar.

—Pasa de esa tía —soltó Moisés.

—Fóllate a cuatro más —dijo Rafael de forma simultánea.

Juan suspiró con fuerza antes de hablar.

—No voy a hacer nada de eso —respondió Juan con firmeza—. Hablaré con ella. Esto no es lo que yo quería. Si es así, ha sido un grave error. No quiero estar otra vez de ligoteo ni entrar en dinámicas obsesivas con el sexo. Quiero echarme una novia formal.

—Ha hablado su santidad Juan XXIV, el nuevo papa de la decencia moral —le contestó Rafael haciendo burla con una especie de intento de voz solemne.

—Yo siempre le digo que si tuviera su edad… —Reforzó Moisés la intención de las palabras de Rafael.

—Pero ¿qué me vas a decir tú, Rafael? Llevas casado quince años y no has engañado a tu mujer en tu vida. Tú serías peor en la escala de mojigato de Moisés que yo.

—Es que soy feliz con mi mujer, la adoro —se encogió de

hombros—. ¿Qué puedo hacer si es perfecta y una santa?

—Pues yo quiero lo mismo, y lo tengo claro. —Juan estaba sacando pecho, nadie le iba a hacer de menos o avergonzarse por ser consecuente con lo que de verdad deseaba.

* * *

Un grupo de cinco veinteañeros, que eran un intento de malotes de tres al cuarto, con camisetas, polos de marca y riñoneras Gucci, estaban justo enfrente de La Vía, haciendo ruido y molestando a todo el mundo que pasaba. Como no podía ser de otra manera, pasada una media hora quisieron entrar en el local. Moisés les dio el alto según se acercaron.

—Si vais a entrar tenéis que estar más relajados de lo que habéis estado hasta ahora —sentenció elevando la mano derecha a la altura del pecho.

—Pero ¿qué dices, pringado? —Reaccionó el único de ellos que llevaba barba—. Apártate y déjanos pasar. —Tenía los ojos enrojecidos de haber estado fumando porros.

—No vais a pasar —sentenció Moisés cruzándose de brazos—. Hay derecho de admisión. Los macarruzos maleducados no entran.

—¿Ah, sí? —El jovenzuelo que llevaba la voz cantante se encaró de forma lenta con el portero.

Respiraba con fuerza poniendo una especie de mirada asesina, girando un poco la cabeza de un lado a otro. Al segundo movimiento de cabeza Moisés le dio una sonora bofetada de padre que le ladeó la cabeza hacia la derecha. Estuvo a punto de caerse al suelo. Se agarró la cara, impactado, con los ojos fuera de sí, pero sin moverse ni un ápice.

Sus amigos hicieron un intento de meterse, pero cuando Juan y Rafael, los dos corpulentos, avanzaron con aviesas intenciones hacia ellos retrocedieron, a pesar de su ventaja numérica. Se alejaron un

poco y ahí recobraron su altivez: comenzaron a insultar y a decir que eran de Villaverde e iban a traer diez coches a matar a los porteros.

Juan sonrió y se acercó hasta el chico de la barba que había recibido el bofetón, este, en cuanto tuvo cerca al portero, se suavizó e incluso retrocedió un par de pasos, sus amigos recularon todavía más calle abajo.

—No vas a traer a nadie, y o paras de inmediato o vas a pillar de verdad. Me da igual de dónde seas, aquí los porteros estamos todos conectados por gente cobarde de mierda como tú —le señaló de forma amenazadora—, así que ten cuidado, no sea que además de irte calentito de aquí lo hagan también tus amigos.

Juan subió con cuidado, poco a poco, su mano derecha, colocándose para darle otro señor bofetón. El chaval se dio cuenta y evitó decir nada conflictivo. Rafael se acercó por detrás y le enseñó la placa:

—Y ten cuidado no llame yo para que vengan unos amigos en coche a acabar con la tontería de los tuyos, puto anormal. —El policía empujó con fuerza al amago de quinqui y le desplazó metro y medio. Dieron la vuelta y bajaron hacia la plaza a hacerse los malotes en una coyuntura más favorable para ellos.

—Menudos pringados —dijo Moisés sin cambiar un ápice su postura.

—Pues sí, desde luego —reafirmó Rafael—. No tienen media hostia ni entre los cinco, menudos cuerpo escombro.

—Oye, antes de que te vayas, ¿me vas a decir qué coño haces aquí? ¿Qué me querías contar? —preguntó Juan.

Cambiando de tono, oscureciéndolo y adoptando una seriedad en el rostro nada frecuente en él, Rafael les contó al detalle todo lo que había sucedido tan solo unas noches antes: con pelos y señales. Los dos porteros se quedaron desolados. En los últimos tiempos no paraba de haber robos y violaciones en el barrio, pero lo de los muertos era algo nuevo.

Rafael se fue a trabajar no sin antes hacer un par de bromas para subir los ánimos, pero la tarea era difícil. Los porteros, al igual

que él, comenzaban a estar hartos de la situación de inseguridad que se estaba creando.

—Pobre chica —negó con la cabeza apesadumbrado Juan—. No hay derecho a que pasen estas cosas.

—¿Vas a empezar a moverte? —preguntó Moisés.

—Sí, tengo la decisión tomada —aseveró Juan con la mirada perdida hacia delante—. Esta semana empezamos a movernos. Además de empezar a investigar voy a hablar con negocios y vecinos de la zona para montar patrullas. Esto no se puede permitir ya más. Es hora de tomar cartas en el asunto.

—Cuenta conmigo.

—Por supuesto, amigo. Claro que cuento contigo —afirmó con la cabeza—, y con tus contactos.

Moisés asintió serio y firme. Juan debía montar un buen equipo, y Moisés les iba a venir bastante bien.

* * *

La noche en La Vía estaba terminando, Vicente, preciso como un reloj, llegó tambaleándose desde el bar 2D con su séquito habitual de pelandruscas. A cada cual más fea y comebolsas. Pasaron al interior y se adueñaron del bar. Moisés miró el reloj y luego a Juan.

—Vete ya —le indicó—, entra a despedirte y vete al Nasti, y hazme el favor de pasar de Nuria, liga en el Nasti y olvídate de ella de una vez.

Juan asintió riéndose y se metió en el bar a despedirse de aquellos que le caían bien. Nada más entrar vio a Nuria y al DJ, pasado de vueltas y con restos de farlopa en la parte interior de la nariz. «Menudo despojo», pensó yendo hacia la rubia.

—Me voy, escoria —le dijo apoyando el estómago en la barra e inclinándose hacia delante para darle dos besos.

—Hasta luego, memo —se despidió dándole un beso largo y

sonoro—. Luego me paso a verte.

Juan hizo el gesto del pulgar hacia arriba y se fue hacia la salida. Salvo Moisés, el resto de la gente de ese bar le importaba bien poco, por no decir que nada. Le dio un abrazo a este y le indicó que cobrara por él, en los últimos tiempos lo hacían mucho así, y se lo diera al día siguiente, que no quería aguantar de nuevo drogado al jefe. Ese día estaba boqueando más de lo que les tenía habituados. La noche iba a ser larga para los camareros, no se iban a ir de ahí hasta por la mañana ni echándoles aceite hirviendo. Quizá con un poco de agua y jabón el resultado pudiera haber sido diferente.

Bajó Velarde hacia la plaza del Dos de Mayo, giró por la calle de San Andrés hacia el bar Malabar, para pasar por su puerta y atravesar la plaza hacia la calle del Dos de Mayo y subir directo hacia el Nasti. Antes de que pudiera hacerlo vio que la cortina metálica del bar Pepe Botella se abrió para dejar salir a un grupito de individuos que iban bastante doblados, deberían haber cerrado a las dos, pero se había quedado gente dentro.

Juan no pudo evitar fijarse en un señor mayor con gafas y estética de *hippie* perroflauta de los sesenta que iba con una especie de bolso de tela verde ridículo lleno de chapas. Iba tan bebido que las gafas se le caían cada dos por tres. Era bajito, delgaducho, hasta el punto de parecer enfermo, feo y con cara de pervertido sexual: era Juan Carlos Sumidero, el propagandista de Manguemos y mercenario del Gobierno venezolano. «Menudo degenerado», pensó Juan mirándole con odio visceral y apretando los puños hasta hacerse daño. Se detuvo en seco cuando vio que iba abrazado a dos niñas, mayores de edad por los pelos, pero aun así dos niñas, y que las estaba sobeteando a pesar de que podía ser literalmente su abuelo. «Esta es la moral de esta gentuza, y para colmo van en pandilla y a todos les da igual». Uno de su grupo vio a Juan fuera de sí, y tras comentárselo al resto decidieron alejarse de allí sin perder un instante.

El siguiente día que vio a Moisés, este le contó que el bar en el que se los encontró pertenecía a la familia de Sumidero, motivo por

el cual era bastante asiduo. «¿Qué borracho, salido y pervertido no quiere alcohol gratis para engatusar a jovencitas?», le dijo riéndose. A Juan no le hizo ninguna gracia, pero nada en absoluto.

La plaza estaba llena de gente haciendo botellón, de restos de botellas, vasos y todo tipo de inmundicias, olía a orines y había muchos pasados molestando de aquí para allá dando gritos. Las drogas a esas horas hacían estragos. Había algunos vagabundos yonquis mezclados entre los jóvenes, pero la mayoría de drogadictos eran individuos que habían dejado la adolescencia hacía no mucho tiempo. A Juan se le revolvía el estómago al ver cómo desperdiciaban su vida. La noche le estaba pasando factura poco a poco.

Antes de abandonar la plaza pudo ver junto a unos columpios a Pili y Mili liándose cada una con un chico joven, al lado, sentada en un banco con la cabeza ladeada en una posición antinatural, estaba roncando y durmiendo Ana. La bebida la había noqueado ya esa noche. Renegó con la cabeza, y, en contra del instinto, que le pedía intervenir, decidió actuar con raciocinio e irse a trabajar. Ya había sufrido demasiado por esa chica, no podía ayudar a quien no quería que le ayudaran.

* * *

El Nasti estaba a rebosar, centenares de personas frotándose y dando saltitos al ritmo de la música indie que tanto detestaba Juan. Las paredes ya hacía bastante que habían empezado a sudar, fruto del evidente exceso de aforo y el mal estado del aire acondicionado. Hacía diez grados más de temperatura que en el exterior, el garito parecía una sauna.

Aquel día, Juan no quiso ni entrar en el baño a hacer la ronda, el suelo parecía una trampa mortal, negra y húmeda, que te atrapaba y hacía que te costara andar, quedándote pegado con más fuerza

que de costumbre. El olor a orín reconcentrado era intenso, esa noche el que se resbalara no iba a ser el primero ni el segundo que lo hiciera en aquel suelo que parecía digno de un pantano y se rebozara en pis y demás suciedades que allí se congregaban.

Ese día la jefa era Lara, una encargada algo chepuda, cincuentona, con aspecto de *tomboy*, lesbiana y con un carácter de mil demonios. En el pasado tuvo problemas con Matei y no se hablaban, por lo que le tocaba al que menos tiempo llevaba, Juan, tener la comunicación con ella. Era íntima del dueño y bastante rarita, tomándose licencias a veces que excedían lo soportable por cualquier persona con un mínimo de estabilidad mental y dos dedos de frente.

—¿Qué quieres hacer con el aforo? —preguntó Juan desde el cochambroso y desordenado despacho del encargado, de pie, justo enfrente de la mesa del jefe en la que estaba sentada Lara con los pies colgando.

El despacho parecía una madriguera de zarigüeyas, con basura por el suelo y encima de la mesa, junto al ordenador, restos de cubatas y de comida para llevar por todas partes. También había un par de pósteres de grupos de música alternativos y unas sillas mugrientas llenas de polvo que no invitaban a sentarse. Lara estaba mirando el móvil y tarareando una canción desconocida para Juan mientras movía la cabeza en movimientos cortos de un lado para otro.

—¿Lara? —insistió preocupado por si hacía algo raro, con las manos a la espalda haciendo puñetas y empezando a ponerse tenso. Matei le había contado verdaderas barbaridades acerca de ella.

De repente, comenzó a moverse más rápido, una baba trasparente le caía por la comisura de la boca, por el lado derecho. Era bastante drogadicta y a esas horas de la noche estaba que no se tenía en pie. La pobre Cynthia tenía que hacer muchas veces su trabajo de cierre del local mientras ella seguía de fiesta.

—Bueno, pues nada —se dio por vencido dándose la vuelta para salir.

Un ruido ininteligible le detuvo, parecía una mezcla entre el chirrido de una puerta y un hámster moribundo en su último y agonizante momento. Se dio la vuelta y vio cómo Lara había levantado el brazo derecho señalando hacia él. «Gggrhhp», logró pronunciar.

—No me pagan suficiente para esto —renegó cabreado—, me piro —salió dando un portazo en busca de Cynthia en la barra del final, la que estaba más cerca del despacho.

Tuvo que esquivar a un montón de borrachos pesados y de intentos de bailarines profesionales sudados en extremo hasta llegar a la barra. Cynthia estaba desbordada, se le veía en la cara, le fastidió tener que decirle que se tenía que encargar de otra cosa más.

—Oye, Lara está catatónica, pero fatal, no sabe ni dónde está. Debería ir alguien pronto con ella —le gritó Juan casi al oído para que pudiera entenderle con la música tan alta.

Para sorpresa de Juan, la camarera ni se inmutó. Le agarró de la cabeza, le acercó hacia ella y en su oído habló todo lo alto que pudo.

—Pasa de ella, se pone así siempre. En un rato irán sus amigos a drogarse y seguirán con su particular fiesta. De verdad que no te preocupes —le acarició con suavidad la nuca y siguió en la barra atendiendo a decenas de personas que intentaban llamar su atención.

Le costó bastante recorrer todo el local y llegar hasta la puerta. Salió sudando y sintiéndose pegajoso.

—El local está asqueroso, Matei. Desde la puerta hasta los baños. Impracticable. El aforo está pasadísimo.

—¿Y qué te ha dicho la loca? —preguntó mirando a un grupo de chicas que estaban pasando justo por delante.

—Gggrhhp —intentó imitarla lo mejor que pudo.

—¿Qué?

—Gggrhhp, es lo que me ha dicho. No estoy de broma —abrió las manos con gesto desesperado.

—Madre mía —negó con la cabeza—, esa loca está cada vez

peor, menos mal que has ido a hablar tú. ¿Qué hacemos con el aforo?

—Pues yo cortaría, esto está impracticable.

—Venga, pues cortamos. —Fue hasta la cola que había a la derecha y les dijo que no podrían entrar en una hora. El aforo estaba demasiado sobrepasado para que fueran pasando según salieran otros. Tenían que salir muchos antes de dejar pasar a nadie. En unos minutos, y tras enconadas protestas, la fila desapareció.

* * *

No mucho tiempo después, la afluencia en la sala fue relajándose, pero, aun así, no podían dejar pasar todavía a nadie. Claudia llegó desde la dirección del metro con uno de sus modelitos, en aquella ocasión iba con un vestido anaranjado con una pamela y zapatos a juego.

No hizo falta que le dijera nada a Matei, este hizo un gesto con la cabeza indicándole que le cubría para que pudiera ir a hablar con ella. Se encontraron a la altura del restaurante La Gata Flora.

—¿Cómo está mi portero favorito? —le dijo con una sonrisa de las que desarmaban a un hombre, justo antes de darle dos besos.

—Pasando la noche como se puede —respondió mientras le daba una palmadita en el brazo—. Te veo más… estilizada. —El vestido era entallado y se la veía ostensiblemente más definida.

—¿Me estás diciendo que antes estaba gorda como una foca? —le preguntó poniendo una de aquellas miradas picaras que anticipaban esa sonrisa que tanto le gustaba a Juan.

—No, sabes que no. Solo te estoy haciendo un cumplido. Te quería decir que te veo bonita —intentó explicarse sin ruborizarse.

—Pues muchas gracias, a mí aún me gusta que me digan piropos.

—Tendré que hacerlo más.

—Bueno, Juan —cortó la conversación de forma algo brusca—, a ver si te veo otro día con más tiempo —miró la hora en el móvil—, que he quedado hace veinte minutos en el Lucy y mira dónde estoy —señaló con las manos hacia el suelo.

—No te entretengo. Hablamos para quedar un día de estos.

—Claro —le dio dos besos y se fue a paso rápido en dirección al Lucy, que estaba pasado San Bernardo.

Según llegó de nuevo a la puerta, no pasaron ni cinco segundos cuando una patrulla de la policía nacional se paró justo delante del Nasti.

—¿Alguna novedad en el frente? —preguntó Rafael sacando el brazo por la ventanilla—. ¿Algún *segarro*, amigo por la zona?

Matei miró con preocupación a Juan, pues no se fiaba mucho de la policía, que le guiñó un ojo, lo cual rebajó de forma clara la tensión en el portero rumano, que se puso a mirar de forma despreocupada a la gente que iba pasando por la acera de enfrente de la discoteca.

—Sin novedad en el frente, mi capitán. —Juan se cuadró al estilo militar a modo de burla—. Solo lateros y poco más.

—Bueno, hoy estoy por aquí —dio dos golpes con la palma de la mano que tenía fuera a la puerta—, si pasa algo avisa.

—Claro, pasad buena noche, chicos.

El C5 arrancó y se fue calle abajo buscando a carteristas u otros delincuentes habituales en la zona.

* * *

Estaban a punto de cerrar y la gente se estaba apelotonando en la calle, dificultando el tránsito a coches y personas. Cuatro individuos, *hípsters* cuarentones sin peligro ninguno, paraban a modo de juego los coches y les obligaban a pitar para dejarlos continuar. Varios conductores se enfadaron con ello, pero sin que

llegara a pasar a mayores.

—Dejad de hacer eso. Sois muy pesados —les dijo Matei.

No le hicieron ni caso, a cada coche que pasaba le molestaban, hasta que llegó un Mercedes Benz Clase E negro con música *reggae* a todo trapo. Los *hípsters* pararon el coche y empezaron a golpear, sin mucha fuerza ni intención, el capó y las dos ventanillas de delante.

En su interior iban cuatro senegaleses con cara de pocos amigos y con pinta de ser traficantes o algo peor. El que iba en el asiento del copiloto bajó la ventanilla con una sonrisa sardónica, agarró el brazo del *hípster* más cercano con fuerza y lo introdujo en el coche, sujetándolo contra la parte de atrás del marco de la ventanilla. El conductor arrancó y fue aumentando la velocidad; el *hípster*, desesperado, comenzó a gritar y a correr, pero la velocidad fue tal que lo arrastraron magullándole las piernas hasta San Bernardo. Allí lo soltaron y se quedó malherido en el suelo.

Se levantó con mucho esfuerzo y avanzó de nuevo hacia el Nasti. Con la mano derecha se sujetaba el antebrazo izquierdo. Cuando llegó, Juan pudo observar que, además de arrastrarle, le había hecho un tajo de varios puntos en la cara interior del antebrazo.

Sacó el móvil y llamó a Rafael. Matei había apuntado la matrícula. El *hípster* se merecía un escarmiento, pero no que le rajaran el brazo, como mucho eran legítimos un par de tortazos. Añadió la descripción y le dijo al herido que fuera a denunciar, que los iban a encontrar esa misma noche. Sus amigos pararon un taxi y se lo llevaron al hospital más cercano.

* * *

Nuria llegó como siempre al límite de que Juan se fuera. Fue un alivio para él verla, porque no le había gustado nada lo que había pasado en La Vía y quería cortar por lo sano sin que repercutiera en

su amistad. Ella se acercó y le plantó un beso en los labios, él aguantó un segundo el beso, pero acabó por echarse para atrás.

—Esto no tiene sentido para mí, Nuria. —Ella enarcó una ceja sorprendida—. Me encantas, te adoro, pero tú no quieres nada serio y yo es lo que busco. Estar de rollo contigo me impide conocer a alguien para tener algo serio. Soy de esos que creen en el amor verdadero.

—Buah, qué corte de rollo. Tengo veintiocho años, tío. Y tú veintiséis —le señaló—. Yo ahora quiero divertirme y contigo lo hago, y mucho; pero quiero viajar y hacer muchas cosas. Un novio no entra en mis planes.

—Pues prefiero que seamos buenos amigos entonces —afirmó Juan con una sonrisa que denotaba algo de tristeza.

—Pero solo si no cambia nada entre nosotros, puta escoria —le señaló con el dedo de forma amenazadora.

—Claro, basura inmunda. Dame un abrazo —avanzó hacia ella.

Se dieron un abrazo que duró casi diez segundos, de los que se aprietan y se sienten de verdad.

—Ya que pasas de mí me voy al *after* —le dijo amagando con darle un puñetazo en el estómago—. ¿Te veo mañana?

—Claro, pásalo bien, petarda.

—Se hará lo que se pueda.

Ella se fue hacia Fuencarral y él en dirección al metro, pensativo, dándole vueltas a muchas cosas.

TODOS LOS TONTOS TIENEN SUERTE

El viejo saco de cuero luchaba por no salir despedido de su agarre metálico en el techo. Los golpes sonaban secos y contundentes. Juan estaba pegando como un poseso, sin parar, quería agotarse. Cuando sonó el reloj se desplomó jadeando y sudoroso, lo dio todo.

—¿Qué haces pegando así? Te vas a desfondar, tarado —le espetó Sara mirándole extrañada—. ¿Por qué no haces el circuito de sacos como todo el mundo? Estás raro hoy.

Juan ni contestó, se quedó sentado pensando en sus cosas. Estaba haciendo lo que quería en un saco que estaba algo apartado de los otros a la derecha de la sala. Ese día había entrenamiento libre de sacos. El entrenador dejaba unas rutinas de sacos y los alumnos iban haciéndolas por asaltos. Sara se dio la vuelta y siguió con el orden que se había programado.

No podía dejar de pensar en hacer algo con el tema de la criminalidad, se estaba obsesionando. Estaba harto de acosadores, violadores y, desde hace poco, asesinos de mujeres. Había que hacer algo, y en su cabeza se estaba empezando a perfilar un plan.

—Oye, amigo. —Rafael le llamó la atención a Juan sacándole del ensimismamiento—. Un consejo de alguien que te aprecia: pegas como una niña con raquitismo.

Juan levantó la mirada, incrédulo.

—Sabes que eso no es un consejo, ¿verdad? —Juan no podía dar crédito a lo que había oído.

—¿Por qué no?

—Porque es un insulto sin más —miró hacia Rafael—, no me estás orientando hacia nada, solo te estás metiendo conmigo.

—Pero mis consejos son así —se encogió de hombros.

—Vete a tomar por el culo. —Se levantó y se dispuso a hacer otro asalto de saco. No pudo evitar reírse para sí. Rafael era capaz de ponerle de buen humor en cualquier circunstancia.

Estuvieron media hora más dándole a los sacos. Una vez terminaron todos la rutina, comenzaron a quitarse vendas y guantes. Juan estaba sentado frente a su saco, todavía con las vendas puestas. Todos se fueron a las duchas menos él. Se quedó pensativo hasta que un guante sudado le golpeó en el cogote. No le hizo falta girarse para saber quién había sido.

—¿Qué haces, empanado? —le preguntó Rafael—. Nos ha dado tiempo a ducharnos a todos. Hasta a Pedro —le señaló con el pulgar hacia atrás—, que tarda más porque no se la encuentra.

Pedro, que estaba justo a su lado, no dijo nada, solo le pegó una sonora colleja con un movimiento rápido.

—Agresión a la autoridad —reaccionó Rafael intentando darle un golpe en el estómago.

—Ya está, sé lo que voy a hacer —les interrumpió Juan levantándose de golpe. Recogió sus cosas y se dispuso a salir.

—¿No te vas a duchar, guarro? —preguntó Rafael.

—Me ducho en casa, vamos a la cafetería de enfrente y os cuento mi plan. Venga, no os quedéis ahí plantados.

—Pfff, nos vas a atufar a todos. Pobres de los usuarios de la cafetería —se santiguó Rafael mirando al techo.

—Venga, vamos, deja de hacer el payaso. Esto es un asunto serio. —Juan le agarró de un brazo y tiró de él hacia la salida.

* * *

La cafetería de enfrente del gimnasio estaba regentada por una señora mayor entrañable y por su hija de veinte años, que estaba un poco perdida en la vida; pero por lo menos trabajaba y no era una parásita como la mayoría de sus amigas, que estaban demasiado ocupadas petardeando todo el día para estudiar o trabajar. La pobre mujer, Pilar, estaba desesperada con su hija.

Le mandó ir a la mesa del fondo del local en el que se habían sentado los cuatro amigos. Iba con un delantal blanco ajustado, unos vaqueros y una camisa blanca con algo de escote.

Sonaba con volumen bajo «*Because You Loved Me*», de Céline Dion. La cafetería tenía unas diez mesas y siempre estaba impoluta. La especialidad de la casa eran los sándwiches, los había de cuarenta tipos diferentes. Sin duda, mucho mejores que los del Rodilla.

—Madre mía —dijo la hija a modo de saludo—, os podíais haber puesto más lejos. Hay ocho mesas antes que esta y está el local vacío. ¿Estáis planeando matar al presidente o algo así?

—Sí —contestó Rafael con tono serio—. ¿Quieres unirte al complot?

—Ahora tengo trabajo —se rio mientras preparaba el bloc de notas para tomar el pedido—, pero no descarto unirme cuando acabe mi jornada.

—Estupendo, entonces. Luego te alistas. —Rafael recibió una patada por debajo de la mesa de Sara, que le puso una de esas miradas afiladas que daban miedo.

Estaba alargando que pudieran ponerse a hablar del tema importante que los había llevado allí por estar haciendo el tonto como siempre, y Sara no estaba dispuesta a permitirlo. Rafael optó por callarse y la camarera pudo tomarles nota.

—¿Un Nestea Zero, Juan? ¿Me lo estás diciendo en serio? —saltó Rafael en cuanto Juan dijo lo que quería tomar—. De verdad que me da vergüenza ir contigo a los sitios. No te puedes pedir una cerveza como todo el…

Otra patada, aún más fuerte que la anterior, volvió a impactar en su espinilla, no quiso ni mirar a Sara, ya sabía que tendría sus ojos inyectados de pura rabia clavándose en él.

—Pues eso sería todo —concluyó Rafael con una sonrisa a la camarera.

No volvieron a hablar hasta que esta se alejó y se introdujo en la barra. Comenzó la exposición de Juan sobre lo que había estado planeando. Paró un momento cuando la camarera trajo las consumiciones y continuó un par de minutos más cuando se volvió a ir con su madre a la entrada de la cafetería.

—¿En serio? ¿Eso es lo que quieres? ¿Crees que eso serviría con lo que está pasando? —preguntó Sara no demasiado convencida.

—Sí —contestó Juan con firmeza—, hay que montar patrullas vecinales para controlar ciertas zonas peligrosas o más conflictivas. Hay que ir a hablar con los pequeños negocios para que se sumen.

—¿Y con las asociaciones de vecinos? —preguntó Pedro.

—¿En Tribunal? Son todas de Manguemos —negó Juan con la cabeza—, son el enemigo. Además, que no juntan ni a diez personas. Son inútiles. Hay que llegar a la gente de a pie.

—Mira, Juan, te voy a ser sincera —le interrumpió Sara—. Eso está muy bien para otros barrios en los que hay otro grado y tipo de delincuencia. Estamos hablando de un psicópata asesino, y es al que hay que pillar. Todo lo demás es secundario, podemos promover lo que propones más adelante. Creo que ahora habría que hacer investigaciones y movernos nosotros, pero para cazarle. Yo empezaría a apretar a gente e intentaría tenderle algún tipo de trampa.

—¿Estás segura de que estamos ante un solo asesino y violador? —preguntó Juan con semblante serio.

—Sí, yo lo pienso en firme —intervino Rafael—. He hablado con

mi amigo de homicidios y ellos barajan la hipótesis de que es el mismo enfermo el que hace todas estas cosas tan bonitas. La muerta se supone que fue una violación que acabó aún peor. En teoría estamos ante un violador al que se le fue la mano.

—¿Y por qué no le pillan? ¿A qué están esperando? —Se enfadó Juan y golpeó la mesa.

—El problema es que no pueden ir apretando a la gente, ya sabes, el «racismo» —hizo el gesto de las comillas—, los «derechos humanos» —repitió el gesto— y esas cosas que le gustan tanto a políticos y periodistas. Tienen que esperar a que cometa un error, no hay otro modo.

—Pues yo tengo una idea clara de lo que podemos hacer —sonrió Sara con malicia, echándose hacia delante. Expuso en voz baja, ante la atenta mirada de todos, su plan para pillar a ese criminal que tanto daño estaba causando en Malasaña.

Juan suspiró con fuerza. No le convencía el riesgo que correría Sara. Aunque tenía que admitir que era un plan que podía tener éxito.

—¿Estás segura? —preguntó Juan con preocupación—. Va a ser peligroso. La posibilidad de que te pueda pasar algo es grande.

Sara no dijo nada, solo le miró a los ojos. Juan levantó las manos para apaciguarla y no volvió a decir nada más. Estaba claro que ella tenía la determinación de llevar a cabo el plan y asumir las consecuencias.

—Pues vamos a por ese hijo de puta —dijo Rafael golpeando la mesa. Todos asintieron serios sin decir ni una palabra—. ¿Cuándo empezamos?

—Hoy es lunes y no trabajo. Creo que podemos empezar esta noche —respondió Juan.

—Yo tampoco trabajo. Puedo ir también —afirmó Rafael.

Pedro y Sara no dijeron nada. Solo volvieron a asentir.

* * *

Ese día Sara iba a hacer mucho gemelo, iba a hartarse de andar. Eran las doce de la noche y caminaba con garbo con unas sandalias de tacón negras de por lo menos diez centímetros de altas. Llevaba una minifalda del mismo color que mostraba sus largas piernas y un *crop top* a juego que dejaba a la vista sus abdominales marcados. Además, iba con los labios rojos pasión, el *eyeliner* de trazo largo y el pelo moreno suelto, llegándole casi hasta la baja espalda.

Estaba despampanante, sus tres amigos la seguían a unos metros de distancia. Nunca la habían visto así, su uniforme diario era un chándal negro, pero el conjunto que llevaba resaltaba su físico fibrado esculpido en el gimnasio. Llamaba mucho la atención. Muchos hombres la paraban e intentaban ligar con ella, todo el mundo la miraba.

No esperaban que en las primeras horas consiguieran nada, salvo que Sara tuviera que aguantar a algún que otro baboso más o menos intenso. Aún era demasiado pronto para poder encontrarse con su objetivo.

No había demasiada gente por Tribunal, aunque los lunes era el día de salir de la mayoría de los que trabajaban en la noche, muchos bares cerraban o reducían el personal debido a que era cuando menos afluencia se solía tener. En opinión de Rafael, era el día que más probabilidades había de que el asesino violador pudiera actuar. Había posibles víctimas, pero más oportunidades de encontrar a alguien sola y sin gente por la calle que pudiera socorrerla.

Tras recorrer durante casi una hora las callejuelas de Tribunal, decidieron irse a tomar algo a La Vía Láctea para hacer tiempo y que llegaran horas más propicias para el menester que los había llevado hasta allí. Entraron en Velarde desde la plaza del Dos de Mayo, que a excepción de algún latero y de algún grupo reducido de

universitarios, estaba en total calma.

La calle Velarde no tenía una afluencia mucho mayor. En la puerta de La Vía había un grupito de gente, más allá de eso, estaba todo despejado, se podía apreciar que no había nadie desde allí hasta que se perdía la vista en dirección a Fuencarral. En la puerta del garito estaba Moisés, cruzado de brazos, llevaba un jersey militar azul marino. Por fin había decidido dejar en casa el abrigo, hacía calor hasta para llevar jersey, pero era cabezón en extremo; si él quería ir con prendas que le abrigaran hasta casi junio, las iba a llevar, hiciera tiempo para ello o no.

Sara llegó a la puerta antes que sus amigos.

«Madre mía», pensó Moisés mirando absorto a la mujer que tenía delante. Abrió la puerta y le hizo una pequeña reverencia a modo de saludo.

—Gracias, Moisés —saludó Sara sonriendo.

El portero arrugó el ceño pensativo, hasta que reconoció a Sara y dio un respingo.

—Hostias, Sara. No te había reconocido —hizo una pausa mirándola de arriba abajo—. Estás espectacular. Qué guapa vas.

—Vaya con el viejo verde —saludó Juan según llegó a la puerta —. No te puedo dejar solo ni un día.

Moisés miró a Sara y señaló hacia Juan.

—No sé cómo te juntas con estos fracasados. Ten cuidado, que todo se pega menos la hermosura. Tómate algo de mi parte en la primera barra.

—¿Y nosotros qué? —preguntó Rafael apareciendo desde detrás de Juan.

—A vosotros me dan ganas de no dejaros entrar —respondió mientras cerraba la puerta tras pasar Sara—. Sois feos, pesados, pobres y, menos tú —señaló a Rafael—, aburridos.

—Bueno, por lo menos yo soy el divertido —rio Rafael mientras le daba un par de toques con el codo a Juan.

Se abrazaron uno tras otro con Moisés. Pedro entró a acompañar a Sara para que no estuviera sola; Juan y Rafael se quedaron a

hacer un poco de compañía al veterano portero.

—¿Estáis de misión? —preguntó Moisés inquieto, pero alegre, frotándose las manos y cambiando el peso de una pierna a otra.

—Sí, estamos de caza —contestó Rafael asintiendo con la cabeza.

—Bien, joder. Tenedme informado. Si me pasan algo por el grupo de porteros de la zona os aviso —dio un toque al bolsillo del pantalón en el que guardaba el móvil—. Contad conmigo.

Tras estar un buen rato charlando con Moisés, Paolo salió del bar de enfrente, en un estado bastante alterado, haciendo aspavientos violentos sin parar. Se puso a andar de forma frenética de arriba abajo, sin sentido y con la cara bastante desencajada. De repente, gritó levantando los puños hacia el cielo y se fue corriendo en dirección a la plaza. Al poco, salió Francesca llorando y con las manos temblorosas. Juan se acercó a hablar con ella.

—¿Estás bien, Francesca? —preguntó acercando su mano derecha y tocándole con cuidado el hombro.

Negó con la cabeza y empezó a llorar con más intensidad, intercalando un hipo agudo cada pocos segundos con sus intentos de hablar: era una tarea imposible. Abrazó a Juan y se mantuvo un par de minutos en silencio pegada a él, con la cabeza en su pecho. Se separó y renegó con la cabeza.

—Me voy, me marcho para no volver —susurró la italiana. Se limpió las lágrimas del rostro, se giró y se fue rumbo al metro. Hasta con el rímel corrido estaba guapa. En el bar se quedó el camarero habitual con todo el trabajo, lo cual también era bastante frecuente.

Juan se quedó con una sensación agria, le apenaba lo mal que trataba a su novia el imbécil de Paolo. «Ojalá se vaya y no vuelva más, puede encontrar algo mejor allá donde vaya». Volvió algo cabizbajo hacia la puerta de La Vía.

—No te metas, te lo tengo dicho, en las cosas de pareja no hay que meterse, haz caso a la voz de la experiencia —le regañó Moisés.

—Bueno —se encogió de hombros Juan con un deje de tristeza en su voz—. Vamos dentro a saludar —hizo un gesto con la mano derecha hacia Rafael—. Mejor no dar más vueltas a esto, que me

enveneno.

Dentro estaban puestos los Spin Doctors, «*Two Princes*» sonaba a todo volumen mientras toda la sala bailaba y agitaba las manos. Carlos, el DJ, estaba bailando en la cabina, llevaba una camiseta tres tallas más pequeñas de lo que debería, asomando su barriga peluda por debajo de la misma. Le hizo a Juan y Rafael un gesto con la mano al estilo de las celebraciones de Ronaldinho mientras sacaba la lengua. «Dios, qué puta grima. Menudo personaje del averno», pensó Rafael. Juan y él se miraron de forma simultánea con gesto de desagrado y se pusieron a disimular como si no le hubieran visto.

Fueron junto a Sara, que tenía a un surtido grupo de buitres y hienas alrededor, solo refrenados por Pedro, que les echaba de vez en cuando una mirada asesina. Estaban en dos banquetas altas en la barra de Nuria. Cuando Juan se acercó la camarera se aproximó y le dio un abrazo largo y tres besos en el lado derecho de la cara. Rafael no podía dejar de mirar de reojo al DJ. Estaba bailando de una forma grotesca.

—Mirad a ese tío —dijo el policía entre dientes acercándose a Pedro y Sara—. Está mal, pero muy mal. ¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta o cuarenta y uno —respondió Juan, que estaba justo a su derecha y se había acercado para oírle.

—¿¡Qué!? —Elevó la voz no dando crédito a lo que había oído—. ¿Qué ha hecho para estar así?

—Pueees, me temo que justo eso —señaló Juan con la cabeza hacia él, riéndose—, durante demasiado tiempo.

Carlos estaba con dos tercios de Mahou bebiendo a la vez, con los dos cuellos de botella dentro de la boca. Se atragantó y tosió, echando parte de la cerveza por la nariz. Se limpió de mala manera, se acercó a una carátula de un disco que tenía al lado y se metió una raya de cocaína. Justo después de meterse se frotó la nariz y soltó un eructo sonoro con un volumen que Rafael no había visto nunca. Estaba impactado, no podía dejar de mirarle con los ojos como platos.

—No te cantees —le amonestó Juan dándole un toque ligero con

el codo—. No se te puede sacar de casa, Rafael. Esto es el día a día en estos ambientes.

—¿Conoces a más gente así? —preguntó Rafael sin poder dejar de mirar a Carlos, que había vuelto a ponerse a bailar.

—¿Que si conozco a más gente así? —preguntó Juan con una media sonrisa—. Solo en La Vía Láctea trabajan mínimo cuatro personas así o peores. En el Nasti ya ni te cuento.

—No sé cómo puedes trabajar aquí, Juan. Son puros despojos. —Rafael no podía dejar de mirar hacia la cabina. El espectáculo iba a peor por momentos. Carlos hizo un intento de quitarse la camiseta, pero no pudo, estaba demasiado perjudicado.

—Ya, bienvenido… —comenzó a decir Juan.

—… al trabajo en bares de noche —completó Nuria guiñándole un ojo.

* * *

Acabaron la consumición y decidieron darse otra vuelta a ver si tenían suerte. Se despidieron de Moisés y de Nuria y se fueron rumbo al 2D. Había un poquito más de vida en la plaza que cuando pasaron la vez anterior, pero tampoco se podía ver una diferencia llamativa.

En la entrada desde la plaza a la calle del Dos de Mayo había dos dominicanos con pintas sospechosas, que diría Rafael. Estaban apoyados en una pared de la iglesia que hacía esquina. El templo estaba todo lleno de pintadas, hacía mucho tiempo que la gente había perdido el respeto hasta por las iglesias, que no dejaban de ser algo de interés público.

Iban vestidos con ropa rojiza y ancha, coronados con sendas gorras planas de los Yankees. Uno de ellos se estaba fumando un porro de grandes dimensiones. Según pasó Sara comenzaron a decirle cosas, incluso uno de ellos se atrevió a acercarse a ella por la

espalda y agarrarla por la parte de debajo de la falda, rozando la parte alta de su muslo derecho por dentro. El puñetazo a la media vuelta le pilló desprevenido y cayó de culo algo atontado al suelo.

Su compinche se acercó con rapidez con intención de pegarle, pero con menos de la que hizo alarde Sara al golpearle con una fuerte patada. El dominicano soltó un chillido agudo ridículo y cayó al suelo mientras se agarraba sus partes con ambas manos.

Cuando Juan y los chicos llegaron, ya estaba todo el pescado vendido. Sara se alejaba alegre calle arriba, con una sonrisa amplia de las que era difícil verla. Rafael le dio un toquecito con el pie en el trasero al dominicano que había recibido la patada genital.

—¿Qué tramáis, morenos? —preguntó riéndose. Juan le agarró de un brazo y tiró de él calle arriba. Sara ya había repartido justicia allí, no hacía falta que hicieran nada más. Solo eran dos babosos, tenían que seguir buscando al violador.

Juan vio que justo antes de llegar al Nasti, junto al viejo obrador, estaba apoyado Damián, el camello que solía pasar tema en torno a su discoteca. Juan no pudo evitar acercarse, no sin dar un codazo a Rafael para que le acompañase. Estaba harto de que las drogas camparan a sus anchas en su lugar de trabajo. Le daba igual lo que le dijeran los encargados.

—Hola, despojo —le dijo Rafael antes de que Juan pudiera decir nada mientras sacaba su placa.

Damián era menudo, escuchimizado en extremo, se notaba a leguas que consumía lo mismo que vendía. Antes de que pudiera salir de la sorpresa por cómo Rafael se había dirigido a él, este continuó hablando.

—Soy patrullero de la zona, y mi hermano trabaja en estupefacientes. Si te vuelvo a ver a una distancia menor de la que hay de la plaza al Nasti te voy a joder la vida. Y como le digas algo a los encargados también voy a ir a por ti. ¿Te queda claro?

Intentó hablar, posiblemente lanzando la típica bravata de traficante, pero un sonoro bofetón de Rafael le giró la cara y le hizo trastabillar contra la pared.

—¿Queda claro? —insistió volviendo a cargar la mano.

Damián no volvió a hablar, asintió y se fue hacia la plaza a paso ligero.

—Hala, otro éxito de Rafael —dijo riéndose y haciendo como que se ponía a sí mismo una medalla.

—Quería solucionarlo yo. Me has jodido todo lo que tenía pensado decirle.

—Piensas demasiado, a veces hay que actuar, y más si es por los amigos —respondió pasándole el brazo por encima del hombro y yendo hacia el Nasti.

Juan no dijo nada, solo sonrió y dio gracias por los buenos amigos que tenía. «Si un buen amigo no te puede hacer un favor, ¿quién puede hacértelo?».

Según Sara puso un pie cerca del Nasti, Matei ya estaba hablando con ella. Juan no pudo evitar sonreír al verlo, pero se acercó rápido a hacer las presentaciones antes de que pudiera ocurrir otro percance. Eran las dos y media, aún seguía siendo pronto, la hora en la que el agresor solía hacer de las suyas aún estaba lejana.

Sara se asomó al interior de la discoteca y salió espantada de la música y del ambiente. Quiso moverse de allí y volver más tarde al cierre. La discoteca no solía abrir los lunes, pero ese día había una fiesta privada a primera hora y decidieron abrir hasta las cinco y media.

—Normal —dijo Matei mirando a Sara—. Semejante mujerón no aguanta en este antro ni dos minutos.

—Eh —le llamó la atención Juan dándole un empujoncito amistoso—. Córtate un poco, que es de carácter fuerte, además de una amiga inmejorable.

El grupo entero se fue por San Vicente Ferrer en dirección al metro de Tribunal. A la altura con el cruce con San Andrés, un *hípster* pasado de vueltas y con un marcado aliento a cebolla se acercó de más a hablar con Sara, poniendo su cara a escasos centímetros de la de ella. De forma educada, pero tajante, le separó

hacia un lado con un movimiento de su mano derecha. El *hípster* insistió y ella le volvió a apartar, pero la actitud del moderno era la de que Roma no se construyó en un día; a la tercera fue la vencida, pero no logró lo que él quería, sino un bofetón cuyo sonido hizo que todos los que estaban cerca en la calle se giraran hacia ellos.

Acabó con su mano izquierda sobre el lado de la cara en el que había sido abofeteado. Cejó en su mala actitud al instante, incluso se disculpó con ella. Cuando los chicos llegaron hasta el *hípster* borracho, aún se le podía ver la cara roja como un tomate.

—Qué, chaval —se mofó Rafael—. El amor duele, ¿eh? Ja, ja, ja.

Juan volvió a tirar de él hacia delante. El *hípster* no quiso ni responder, ya se había llevado una buena lección esa noche, no tenía intención de que le dieran alguna más; siguió apoyado en una farola mirando hacia ninguna parte.

—Menudo genio se gasta, ¿eh? Está repartiendo sopapos a diestro y siniestro a media Malasaña. Se lo está pasando en grande —afirmó Rafael divirtiéndose casi tanto como la propia Sara.

Juan le miró jovial, aunque no le gustaba demasiado que su amiga se estuviera exponiendo tanto. Iban a cierta distancia para evitar desincentivar al posible agresor, así que si pasaba algo grave no estaba seguro de poder llegar a tiempo y evitar que le hicieran algún daño; por mucho que ella supiera defenderse y fuera capaz de resolver situaciones peliagudas.

Estuvieron paseando un buen rato, y salvo los mirones de rigor no pasó gran cosa. Pedro quiso parar para retomar fuerzas en el kebab, pero ninguno de sus compañeros le secundó. De hecho, Rafael estuvo especialmente en contra:

—Carne de rata en forma de *durum*, no —hizo la cruz con los brazos—. Desde luego que no, antes prefiero pasar por el Burger Murder o el McRati's.

Al final, fueron hasta la plaza de San Ildefonso a por unas porciones de *pizza* a Il Siciliano. Se sentaron todos, incluida Sara, en unos bancos de piedra que había junto a la carretera. Ella necesitaba descansar los pies, llevaba una buena paliza encima. La plaza estaba

desierta, no entendían como la pizzería estaba aún abierta a esas horas; pero ellos, desde luego, no se quejaron de que estuviera dando servicio. Pudieron cenar y descansar para reponer fuerzas.

—¿Estás bien, Sara? —preguntó Juan, acariciando su brazo derecho.

—Sí, estoy un poco dolorida, pero estoy bien —respondió ella mientras se quitaba uno de los zapatos y se masajeaba de forma concienzuda la planta del pie.

—Pasan las horas y no nos hacemos con ese hijo de puta —intervino Rafael justo antes de hincarle el diente a una de las cuatro porciones de *pizza* cuatro quesos que se había pillado.

—Bueno, es el primer día —intentó animar al grupo Juan—, si piensas que lo íbamos a conseguir en tan poco tiempo, es que crees demasiado en tu suerte. Esto no es un trabajo de un rato, hay que ser meticulosos e insistir.

—Pues sabes qué —volvió a hablar Rafael—, por primera vez desde que te conozco creo que por fin tienes razón en algo —asintió con la cabeza—. Esto es una carrera de fondo; nosotros no vamos a esperar a que cometa un error, vamos a buscarlo, lo vamos a encontrar y vamos a hacer que se acuerde de nosotros el resto de su miserable y patética vida.

Pedro asintió con la cabeza. Estaba tan cansado que no dijo ni una sola palabra. Sara miraba al suelo pensativa y tardó unos segundos en hablar:

—Pues yo me lo he pasado genial, esta semana me gustaría volver a intentarlo y, hasta que lo consiga, puedo tortear a algunos babosos molestos —chocó el puño derecho con la palma izquierda—. Tenemos que dar con esa escoria y frenarle de una vez por todas.

—¿Os parece que volvamos al Nasti a ver un poco la zona y ya nos replegamos después? —preguntó Juan levantándose del banco.

Todos mostraron su conformidad y se dirigieron hacia San Vicente Ferrer. Rafael era el que parecía más cansado, pero de su boca no salió ni una solo queja, quería seguir hasta el final.

* * *

Cuando llegaron ante el Nasti, Matei era el único miembro del equipo de seguridad que estaba en el exterior, se le veía bastante aburrido, apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados y mirando al suelo. No había nadie esperando a entrar y apenas había una veintena de personas dentro de la discoteca. Se acercaron a saludar. Pedro y Rafael fueron dentro a tomarse algo; Sara y Juan se quedaron haciendo compañía al portero rumano.

El ambiente dentro era bastante tétrico, ese tipo de discotecas cuando no estaban llenas dejaban aflorar a vista de todos las claras deficiencias que tenían como establecimientos. A Rafael y a Pedro les dio igual, se apoyaron en la barra de Cynthia y pidieron unas cervezas.

—Pues a mí no me parece tan mala la música —soltó Rafael bailoteando, moviendo hombros y brazos.

Pedro le miró extrañado y bebió un trago largo del tercio que le acababan de poner delante. «Qué loco está este hombre —pensó esbozando el inicio de una sonrisa—. Pero loco de atar».

Rafael estaba riéndose de las caras de Pedro cuando se dio cuenta de que un tipo estaba intentando robar una cartera a un hombre que tenían justo al lado. Se acercó y le enseñó la placa, el susodicho iba algo achispado y se lo tomó a risa.

—Vete por ahí, maderillo. No he hecho nada —dijo levantando las manos y riéndose—. Además, dudo que estés de servicio.

—Es cierto —asintió justo antes de cerrar la cartera y pegarle con el canto un toquecito en el cuello. El carterista se echó las manos a la garganta y Rafael le agarró con fuerza de una oreja y le sacó fuera.

—Os lo dejo por aquí, chicos —dijo al salir—. No le dejéis entrar, que es un carterista. —Volvió con tranquilidad con Pedro a

terminarse la consumición.

No hizo falta que hicieran ni dijeran nada, el ratero había aprendido una lección sobre la autoridad y el respeto. Se fue rumbo a San Bernardo sin decir una sola palabra ni tener un mal gesto.

Fuera de la discoteca había un par de grupitos bebiendo en la calle, uno junto a la pizzería de casi enfrente del Nasti, y otro junto a la señal de *stop* al otro lado de la calle del Dos de Mayo. El primer grupo era de cuarentones pasados de vueltas y el otro, de modernos de apenas veinte años bastante pasados también. Bebían haciendo un ruido moderado, salvo cuando alguno se ponía a dar voces.

Matei estaba intentando que Sara le hiciera caso, pero no había manera. Juan estaba riéndose, pero tenía una leve inquietud por si el portero se pasaba de intenso y se llevaba una bofetada de padre por parte de ella. Seguía haciendo su despliegue respetuoso de seducción, pues en su repertorio también había otro irrespetuoso que se estaba guardando, cuando se giró y señaló hacia el grupo de jovencitos.

—Mira, Juan. Está tu amiga la de los mil y un novios —rio a carcajadas mirando hacia Ana.

—¿Quién? —preguntó Sara observando al grupo.

—Es una loca que viene aquí a liarse con tíos, bastante cuerpo escombros para ser sinceros, para poner celoso a Juan —respondió Matei sin hacer caso a la cara de pocos amigos de este, que intentaba decirle que se callase.

—¿Ah, sí? ¿Es un exligue tuyo, Juan? —preguntó Sara riéndose.

—No —levantó ambas manos el interpelado—, no he tenido nada nunca con ella. Solo era mi amiga.

—Tienes muchas amigas, eh —afirmó Sara metiéndose con él—. No sé por qué no me sorprende. ¿No decías que querías echarte novia? Con tantas amiguitas no sé si te va a aguantar nadie.

Juan refunfuñó por lo bajo, no quería seguir la conversación por ahí. Se cruzó de brazos y se apoyó en la pared, mirando hacia delante a la nada, ignorando a los presentes. Ana comenzó a besarse con uno de los chicos del grupo, colocándose de cara hacia

la puerta, dejándole a él de espaldas.

—Madre mía, te está mirando todo el rato —señaló Sara hacia Ana—. Es bastante grotesco, escabroso incluso. Da verdadero miedo.

Juan no quería ni mirar, suspiró con fuerza. Matei, como era común en él, se estaba descojonando, se reía tanto que tuvo que apoyarse en la pared, no podía ni mantenerse recto. Sara no podía dar crédito. «Será guarra», pensó.

—¿Esto lo ha hecho muchas veces? —preguntó a Matei.

—Sí, y con muchos diferentes. Casi todas las semanas desde hace un tiempo. Quiere llamar su atención. En realidad, él —señaló hacia Juan— se portó muy bien con ella. La ayudó cuando la intentaron agredir, la protegió cuando se intentó aprovechar de ella uno de su trabajo, incluso se la llevó a su casa esa noche porque estaba mal, para protegerla y que no la echaran del colegio mayor. Y no tuvo nada con ella, pura amistad. Me cuesta admitir esto, pero, aunque parezca un cabrón, en realidad es un gran tipo.

—Estoy delante, Matei —intervino Juan.

—¿No se acostó con ella? ¿En serio? —preguntó Sara levantando ambas cejas.

—Sigo estando delante —insistió Juan.

—No, te juro que no —respondió Matei.

—¿Y ella le paga así? —El rostro de Sara se había vuelto serio. Se estaba indignando por momentos.

Juan resopló mirando en dirección a San Bernardo. Se iban a estar riendo de él por lo menos dos meses. Estaba renegando y protestando de forma mental cuando una mano le agarró con firmeza el mentón por debajo y le giró la cara. Unos labios carnosos se plantaron en los suyos y le besaron con pasión. Tras un beso largo, y muchos dirían que sucio y libidinoso, se separó algo impactado.

—¿¡Sara!? ¿Qué haces? —Atinó a reaccionar.

Ella volvió a acercarse y agarrándole de la pechera volvió a acercarle y le besó de nuevo. A pesar de la sorpresa no es que Juan

se resistiera precisamente, se dejó llevar y disfrutó del momento. Sara se separó unos centímetros, se acercó con sensualidad a su oído derecho y le susurró:

—Veo que te alegras de esto. —Con un movimiento rápido le dio con la palma abierta un toquecito suave en el paquete y se separó.

Juan se metió la mano en el bolsillo para intentar disimular lo que le había crecido en el pantalón. Matei estaba llorando de la risa apoyado en la puerta. Hacía mucho que no se lo pasaba tan bien. El momento álgido fue cuando se dieron cuenta de que Ana no se había perdido nada de lo acontecido y se fue dando voces y llorando calle abajo, enfadada como una mona.

—Esa no creo que vuelva por aquí a hacer más el tonto, y si vuelve me avisas, Juan —hizo una leve pausa—, que ya me encargo yo.

—Yo si fuese tú, le avisaría, amigo —dijo Matei con una sinceridad a la que no tenía a nadie acostumbrado.

Hasta Sara se rio, lo cual no era normal en ella, era la mujer más seria que Juan conocía. No tardaron en salir Rafael y Pedro, ya era hora de ir yéndose. Tendrían que volver a intentarlo otro día. Tras despedirse se fueron hacia el *parking* de Fuencarral, ya que habían dejado todos los coches allí.

Juan y Sara iban delante, Pedro y Rafael detrás. Este último no podía creérselo. Le dio unos toquecitos frenéticos a Pedro en el hombro.

—Mira —señaló hacia ellos susurrando—, se han dado la mano. ¿Sara de la manita con alguien?

Pedro se encogió de hombros y sonrió.

—Cosas más raras se han visto.

Juan le oyó y se dio la vuelta, los miró primero a ellos y luego a su mano y la de Sara. Se sonrojó, cosa no habitual en él, se quedó pensativo un segundo y sonrió. Apretó la mano de Sara, que se estaba dando cuenta de todo, ella le abrazó con la mano libre por delante y pegó la cabeza a su pecho. Él soltó su mano y pasó el brazo por su espalda, apretándola contra él.

Rafael siguió sin dar crédito a lo que veía, lo cual fue a más cuando vio que se iban juntos en el coche de Juan.

—Todos los tontos tienen suerte —exclamó Rafael cuando Pedro y él se quedaron solos.

—Sí, no hay más que verte a ti —respondió Pedro yendo hacia su coche riéndose.

LA ÚLTIMA

Laura estaba sentada en el suelo al borde de la zona acordonada, tenía el pelo moreno un poco revuelto de no parar de tocárselo; estaba sollozando de forma ahogada, tapándose con las manos abiertas los ojos y parte del rostro. Juan estaba de pie a su lado con los brazos en jarra mirando hacia el frente. No podía creérselo, había vuelto a pasar y, para más inri, cerca de él. El asesino violador al que habían estado buscando había estado a apenas un centenar de metros de él. Renegaba con la cara desencajada mientras recordaba a la pobre chica que habían matado, una chiquita en la flor de la vida, dilapidada por un cerdo repugnante.

Se le comían los demonios, avisó al equipo y sacó fuerzas de flaqueza, centrándose en Laura. Procedió a agacharse pasándole su brazo por detrás del suyo y por su espalda y comenzó a levantarla. Los policías estaban esperando al forense y no tenía sentido quedarse ahí en ese momento. Ya llegaría el tiempo de enterarse de qué había pasado, continuar ahí era tener un sufrimiento adicional innecesario, que esa pobre chica no tenía aún fuerzas de afrontar.

La llevó con delicadeza en dirección al obrador y le ayudó a que se sentara a los pies de la entrada del número 7 de esa misma calle. Allí esperaron a que llegaran Sara y Pedro. Rafael estaba durmiendo y no hubo forma humana de dar con él. Al cabo de cerca de cuarenta minutos en los que Laura no paró de llorar con amargura, llegaron los dos.

Sara se acercó a Juan y le dio un abrazo y un beso en la boca. Después se agachó junto a Laura y le acarició la cabeza.

—Tranquila, ven aquí —abrazó a Laura—. Ven, vamos a una cafetería, te tomas una infusión y te llevamos a tu casa. Mañana será otro día.

La pobre Laura se puso a llorar con más intensidad, estaba un poco ida, pero se dejó llevar por Sara y la obedeció. «Cosas de chicas», pensó Juan, al que le había costado más que le hiciera caso. La ayudó a levantarse y avanzaron al número 9, al Nöburu Specialty Coffee, una cafetería de modernos que había en esa misma calle, justo enfrente un poco más adelante.

No era del gusto de Juan, pero no había nada mejor cerca. Sentaron a Laura en una de las pequeñas mesas circulares rojas y le pidieron una infusión relajante y algo de azúcar, le apeteció una napolitana de chocolate. Intentaron que hablara y que se relajara un poco, pero fue imposible. Se acabó cabizbaja el bollo y la infusión, les dio las gracias e hizo amago de levantarse e irse.

—No, ni hablar —dijo Sara levantándose y extendiendo una mano impidiéndoselo—. Te llevo yo a casa, y no se hable más.

Para sorpresa de Pedro y Juan, Laura hizo caso sin rechistar. Las acompañaron hasta el *parking* en el que había dejado el coche Sara y se fueron rumbo a su casa. Juan volvió a llamar a Rafael, pero siguió sin contestar.

—Bueno —dijo en voz alta—, mañana volvemos a por este hijo de puta. No voy a parar hasta encontrarle. Pienso en esa pobre chica tirada como un perro muerto en el asfalto y se me revuelven las tripas. Una niñita, desnuda y violentada.

—Desde luego —reafirmó Pedro con la nariz arrugada mirando al final de la calle—. Esto no puede quedar así —renegó—. ¿Qué lleva a un hombre a hacer estas cosas? ¿Por qué la mata? Si ya tenía lo que quería, ¿por qué tuvo que matarla?

—No lo sé, pero te aseguro que no lo voy a dejar pasar. Me da igual si está enfermo o no. Va a pagar todo lo que ha hecho —apretó los puños hasta que le comenzaron a temblar—. Eso te lo

puedo asegurar.

* * *

Habían pasado varias semanas desde que encontró el cuerpo de esa chiquilla cerca del Nasti, si no hubiera sido por el apoyo de Sara sus demonios internos le habrían robado la paz. Parecía una superheroína de cómic, dio soporte a Laura y al principio fue la que más dinamizó la búsqueda de ese bastardo asesino y violador. Dedicaron una semana entera a presionar a los delincuentes de la zona, aunque ya no podían hacerlo, por lo menos de forma tan abierta: se había corrido la voz de que gente profesional estaba apalizando e incluso torturando a los rateros de la zona y se estaban escondiendo. Se cuidaban mucho de estar por los callejones de Malasaña a partir de cierta hora. Parecía una broma, pero los acosadores y ladrones habituales eran los que actuaban con toque de queda.

Rafael y su binomio, Hidalgo, ya le habían avisado de que la policía estaba investigando a ese supuesto grupo que estaba realizando agresiones racistas e interrogatorios extraños a ciudadanos, produciendo a algunos graves lesiones. Habían dado descripciones, incluida la del propio Rafael, pero poco más, se cuidaban mucho de evitar las cámaras de vigilancia, actuaban siempre en zonas *a priori* sin nadie e iban bien tapados, sin dejar ver casi ninguna de sus características.

Por ese motivo, empezaron a actuar en binomios, y con ropa diferente a la que usaban cuando iban a preguntar a los pandilleros y delincuentes, a la escoria social y lumpenizada del barrio. La policía estaba buscando a un grupo de cuatro o cinco individuos.

—No entiendo por qué dicen lo de «racistas», hemos apretado a todo el mundo por igual —protestó Juan desde la puerta de La Vía Láctea.

—Eres un dechado de derechos humanos y lucha contra la discriminación —sonrió Rafael—. De hecho, diría más, la madre Teresa de Calcuta estaría orgullosa de que aporrees por igual a todos los sospechosos.

Guardaron silencio en lo que pasaba un cliente al bar. Moisés retomó la conversación cuando volvieron a quedarse solos.

—Tenéis que llevar cuidado. Solo falta que os metan un puro por hacer lo que no hace la policía. —Moisés era un poco paranoico y miraba en todas direcciones, no solo cuando hablaba él, también cuando lo hacían los demás.

—Eh, yo soy policía —se quejó Rafael.

—Tú no cuentas —respondió Juan—. Y, por cierto, ¿qué se sabe de la investigación? ¿Qué han ordenado tus jefes que se haga?

—Pues siguen con la misma táctica. Esperar a que cometa un error, pero de momento no ha cometido ninguno —se encogió de hombros Rafael—. Yo quiero seguir buscando.

—Yo también, no parar hasta conseguirlo. —Juan le dio una palmada en el hombro—. Esa es la única actitud posible. Llevamos semanas tendiendo trampas, tarde o temprano esa rata caerá.

Sara y Laura venían desde el metro, Sammy estaba en la puerta del bar y estuvo tentado de decir algo, pero al ver la gélida mirada que le echó Sara se lo pensó mejor y siguió a lo suyo con sus paranoias de loco politoxicómano. Era un alivio para todos que Sara se hubiera hecho amiga de Laura y consiguiera sacarla de casa. Una vueltecita de vez en cuando por la tarde o la tarde-noche no le venía nada mal. Dejaron de hablar del tema y las invitaron a pasar. Estuvieron tomando algo durante un par de horas y salieron del bar para volver a casa. Tampoco le venía bien a Laura quedarse hasta tarde por ahí. Sara se despidió con un beso largo de Juan y se fueron hacia el *parking* en donde aparcaba siempre que iba a Malasaña.

—No me acostumbro a verte con ella aún —dijo Moisés observando cómo se iban en la distancia.

—Ni tú ni nadie —añadió Rafael.

—Bueno, a veces las cosas que quieres están más cerca de lo que pensamos. —Juan sonreía mirando cómo la figura de Sara desaparecía poco a poco en el horizonte de la calle.

* * *

—Hombre, ven, ven, Julián —dijo Moisés con un tono de voz elevado cuando le vio salir—. Cuenta aquí a los amigos —señaló hacia Juan y Rafael— lo que hiciste ayer después del cierre.

—Venga ya, Moisés, estás intensito con esto. No sé para qué te cuento nada. Eres Radio Patio. Además, que te quede claro, no me arrepiento de nada —señaló hacia el portero e intentó envararse y sonar lo más serio posible.

Moisés rompió a reír, tuvo que apoyarse en un lateral de la entrada, los gruesos lagrimones caían por su cara mientras daba leves golpes a la pared con el puño. No podía parar. Rafael y Juan no entendían nada.

—Bueno, pues me piro dentro —contestó Julián airado—. No tengo por qué estar aguantando esto —abrió la puerta con agresividad y entró de nuevo al bar sin haber llegado a fumar.

—Venga, Mbappé —gritó Moisés casi ahogado de lo que se estaba riendo—, dale recuerdos a tu novia.

Rafael, que era futbolero, lo entendió al instante. Juan no se enteraba de nada.

—¿Se fue con un travelo? —preguntó comenzando a reírse también.

—Sí, descubrió que venía con sorpresa ya en su casa, o eso dice él —contestó Moisés limpiándose las lágrimas.

—¿Y qué hizo cuando se dio cuenta? —dijo Juan mientras miraba por la ventana de la puerta hacia el interior del bar, buscando ver a Julián.

—Pues ya que estaba… se comió el Kinder Sorpresa —respondió

Moisés.

Los tres rompieron a reír.

—Esto es bastante habitual en los últimos tiempos —reflexionó Juan—, conozco otros dos casos de chicos que les ha pasado lo mismo, aunque estos se fueron enfadados, por lo menos…

—Sí, eso dicen, yo me metería con ellos igual —cortó Rafael—. Eso se ve, si se han ido con ellas es porque les gusta, que no pasa nada, cada uno con lo suyo, pero no puedo con la hipocresía. Si te gusta el duelo de espadas al anochecer pues muy bien, pero no vayas de hetero, serás bisexual en todo caso.

—Claro… —respondió Juan—. A ti lo que te disgusta no es la hipocresía, lo que te molesta es no meterte con la gente.

A Juan le daba un poco de pena Julián, Moisés le iba a estar haciendo bromas durante tres años, cuando se fue Rafael le pidió que le dejase en paz. Una cosa era reírte de broma un par de veces y otra machacar al personal.

DESAHOGO

Llevaban siendo socios del club de tiro Mandrágora desde hacía dos años, aunque Sara había sido socia de otros muchos clubes años antes. Fue ella la que arrastró a Juan a esta afición que tanto la ayudaba a desestresarse. El local era regentado por un señor mayor entrañable que siempre era agradable y cercano con ellos.

Entraron cada uno con su maletín. Dentro de cada uno iba el arma descargada, la documentación de la misma, la licencia F y la munición. Sara tenía la manía de comprar la suya propia y no la que vendían en las galerías. Además, tenía la costumbre de llevar un cargamento de chocolatinas, le encantaban los Kinder Bueno, y siempre llevaba media docena para, según ella, «retomar fuerzas».

Una vez tomaron los datos en recepción y aceptaron que fueran a hacer tiro de competición les dieron las galerías nueve y diez. Después de ponerse las protecciones auditivas y visuales, y tras el permiso pertinente del jefe de galería, pudieron empezar a disparar. Ella tenía una CZ Shadow 2 plateada y Juan una Glock G 19 negra.

Sara dio el noventa por ciento de los disparos en el diez, nueve y ocho de la diana, teniendo en cuenta que estaba a veinticinco metros de distancia no estaba nada mal; Juan no tenía tan buena puntería, tuvo muchos disparos en el tres, el dos e incluso el uno.

Juan miraba con envidia sana a Sara, pero estaba preocupado por el odio que destilaba, sabía que a cada disparo que hacía se imaginaba la cabeza del violador. No estaba disfrutando como

antaño, solo entrenaba y se mentalizaba para hacer algo que podría arruinarle para toda la vida.

Cuando terminaron de disparar se fueron a la cafetería del club a tomarse algo antes de irse a casa. Pidieron dos Nesteas y unas patatillas y unas olivas para picar. El ambiente del bar era agradable, siempre había un grupo de veteranos contando sus batallas, y más que dispuestos a hablar con cualquiera; pero ese día, Juan quería estar tranquilo con Sara, por lo que la dirigió a la esquina más alejada de la barra donde estaban los parroquianos.

—¿Por qué nos ponemos tan lejos? —preguntó Sara extrañada.

—Para poder hablar mejor tú y yo —respondió Juan con una sonrisa algo forzada.

Sara miró hacia el techo y resopló.

—¿Qué te pasa ahora? Ni se te ocurra darme la chapa, que te veo venir —le señaló con el índice.

—Sara… solo me preocupo por ti.

—Pero ¿por qué? —Sara no entendía por qué se ponía tan intenso.

—No sé —se encogió de hombros—, te veo meditabunda todo el rato. Me dan miedo tus pensamientos violentos y cómo puedas querer resolver todo este problema que estamos intentando solucionar. Además, como eres exlegionaria y estuviste en combate…

—No soy exlegionaria —respondió ofendida—, los legionarios lo somos de por vida, no existe la figura del exlegionario. Hazme el favor de dejar de rayarme. Tengo muy claro lo que tengo que hacer y pensaba hasta ahora que tú también —hizo una pequeña pausa mientras seguía mirándole a los ojos—. No me pasa absolutamente nada y no me vas a dar la chapa con nada hoy. He venido a desestresarme, no a que me rayes más. Así que pilla las cosas, que nos vamos a hablar con los veteranos de otros asuntos. A ver si el que no para de pensar en lo que no debe eres tú.

Juan se quedó perplejo ante la larga e intensa respuesta que acababa de recibir. No le dio tiempo a contestar. Sara cogió su bebida y la de él y se fue hacia la barra con los demás. A él no le

quedó más alternativa que seguirla, como en todo.

PERVERSIÓN

Apesar de que Vélez le había conseguido un trabajo bien pagado para esa noche de lunes, Juan avanzaba meditabundo, mirando al suelo y sin prestar ni un ápice de atención a nada de lo que le rodeaba. La situación se estaba complicando desde hacía unas semanas y no habían conseguido aún ni un solo avance significativo. Tenían una descripción, como la de tantos delincuentes que había en la zona que tenían el mismo aspecto. Solo necesitaban un golpe de suerte y acabarían con ese bastardo, pero debían insistir, y vaya que si lo estaban haciendo.

Rafael y su binomio presionaban por su cuenta usando métodos que no se considerarían como demasiado ortodoxos, hasta el punto de que se estaban jugando el puesto de trabajo; Sara estaba desquiciada, insistiendo en ir a apretar a cualquiera que pudiera tener la más mínima información sobre el sospechoso; Pedro era el que menos activo estaba, aunque siempre cumplía con los turnos o misiones que se le encargaban, y Juan era el coordinador de todo, además, se comía el mismo volumen de trabajo que los demás. Incluso Moisés ayudaba buscando de forma permanente información a través de sus contactos.

Juan llegó a la puerta del garito, en la entrada había un cartel rectangular en el que ponía «*Lucy in the Sky*», en blanco sobre fondo negro. La fachada era rosa, una horterada que echaba para atrás a cualquiera que no fuera un moderno extraño. La puerta

estaba abierta y no había nadie cerca, por lo que entró a preguntar por el encargado, un tal Mike. Estaba junto a la barra que había a la derecha nada más entrar.

Era un moderno de casi cincuenta años con pantalones pitillo, la cara maquillada y un peinado al estilo de Ringo Starr en sus buenos tiempos. Llevaba una camiseta ajustada que parecía de mujer y estaba fumando dentro del bar. Todavía faltaba cerca de media hora para la apertura al público.

—Hola, soy Mike —avanzó hacia Juan con la mano extendida. Sabía su descripción y reconoció al portero con echarle solo un vistazo.

Juan sonrió y apretó con fuerza.

—Pues este es mi bar —señaló con un movimiento de su brazo derecho estirado hacia todos lados—. No es gran cosa, pero es acogedor.

Juan miraba intentando que no se le notara el desagrado, pero le estaba costando. El local era estrecho en su mayor parte, pero largo. Al final había una parte un poco más ancha. Estaba sucio y desgastado, un antro casi al nivel del Nueva Visión. Tenía pinta de que el suelo del baño era como una trampa de una araña para que te quedaras pegado a él hasta ser devorado, pero le habían prometido doscientos euros por apenas cuatro horas. Temía que podía haber algún gato encerrado, pero Vélez le había jurado y perjurado que no era así, por lo que decidió fiarse. Lo que más le extrañó fue que hubiera una cortina negra gruesa que separaba la parte más estrecha del local de la parte que había al final.

—Hoy hay una fiesta especial, no sé si te ha contado Vélez…

—No, no me ha dicho nada —contestó Juan con tranquilidad, observando cada detalle del lugar.

—Bueno, da igual —hizo un gesto con la mano derecha quitándole importancia al asunto—. Es solo una fiesta. Tú solo tienes que estar en la puerta y no dejar entrar a los que no están en la lista. Es una fiesta privada, uno de los organizadores se pondrá contigo y te dirá quién está o no y quién tiene que pagar.

—¿Y por cuatro horas me vas a pagar doscientos euros? —Juan tenía dudas razonables de que el negocio pudiera ser tan beneficioso para él. Estaba preocupado porque Vélez hubiera entendido mal la oferta.

—Sí, es que para fiestas así tan repentinas, de un día para otro, no es fácil encontrar gente competente —respondió algo azorado Mike, incrementando las sospechas que ya tenía Juan.

Este solo asintió y se dirigió hacia la puerta para empezar a trabajar. No habían pasado cinco minutos cuando un hombre de mediana edad, bastante canoso, llegó y, tras saludar, se llamaba Isaac, se puso en una mesita y una silla que Mike había sacado para la ocasión, preparado para cobrar entradas.

En apenas unos minutos comenzó a llegar bastante gente, haciéndose una fila considerable justo a la izquierda de la entrada del bar, donde se habían colocado postes guía para la ocasión.

—Dale, por favor —señaló Isaac con voz grave, pero con amabilidad, comenzando a frotarse las manos de forma compulsiva.

Juan hizo un gesto hacia los primeros que estaban esperando en la fila y empezaron a acercarse.

—Nombres —les pidió Juan.

Fueron diciéndolos uno a uno e Isaac les cobró treinta y cinco euros a cada uno, sin consumición. «Joder, pues sí que es cara la fiestecita esta», pensó Juan algo sorprendido.

El siguiente grupo eran dos cincuentonas que venían en gabardina, con tacones y maquilladas en exceso. Juan no sabía qué perfume llevaban, pero olía ácido, demasiado cítrico y fuerte. Cuando Isaac quiso cobrarles se abrieron las gabardinas y Juan pegó un respingo: iban vestidas de pornochachas. La ropa interior que llevaban, no portaban nada más, era medio transparente, dejando poco a la imaginación.

—Vamos de código —cantaron más que hablaron a dúo, contoneándose de una forma que desagradó sobremanera a Juan.

Para su sorpresa, Isaac les dejó pasar sin más.

Después de varias personas que parecían clientes habituales de

los bares de la zona, por lo menos en apariencia, y que les tocó pagar, llegaron tres mujeres, que ninguna bajaba de cien kilos, vestidas de *dominatrix*. Iban las tres iguales, a cada cual más rechoncha, vestidas con una falda negra de cuero, un top a juego que dejaba ver más sus pechos de lo que los tapaba, unas botas del mismo color ajustadas hasta casi las rodillas y una gorra extraña de plato. Además, llevaban unas fustas con las que iban pegando al resto de clientes. ¡Y encima, lejos de indignarse, parecía que les gustaba!

—No digáis más, chicas, código —dijo Isaac con una sonrisa bobalicona y levantándose para abrirles la puerta.

Pasaron veinte minutos en los que no dejó de entrar gente. Incluido un negro ciclado que iba sin camiseta, con pantalones bombachos y botas militares, que por supuesto entró con el maldito código. Juan no aguantó más.

—¿Me puedes decir que tipo de fiesta es esta?

—Ah, ¿no lo sabes? Es una fiesta *swinger*.

—¿¡Qué!? —Se sobresaltó Juan—. Venga ya, no me jodas.

—Claro, ¿cómo es posible que no lo sepas si estás trabajando en la misma puerta? —Isaac no daba crédito. Miraba a Juan con las cejas subidas y una media sonrisa burlona.

Juan decidió entrar dejando a Isaac solo. Por dentro el ambiente no era demasiado diferente al de otros bares de la zona: gente divirtiéndose, bailando y bebiendo. En la barra había una camarera rubia, no había ni rastro de Mike. Se dirigió hacia la parte trasera mirando en todos lados. Descorrió la cortina y la volvió a cerrar de golpe con los ojos fuera de las órbitas. Le dieron recuerdos de Vietnam de aquella noche en la fiesta de la pasarela Cibeles.

—¡Véeelez! —gritó con agresividad sin mirar a ningún sitio en concreto y apretando la mano con la que había cerrado la cortina y aún seguía agarrando.

Se fue enfurecido hacia la entrada sin encontrar a Mike. «Seguro que era uno de los que estaban dentro fornicando en grupo —pensó —. Eso era una puta bacanal, ¡qué asco, por Dios!». Salió a la calle

con el rostro desencajado, estaba a punto de mandar todo a paseo cuando vio que desde la esquina venía Rafael. «No, mierda. Justo tú ahora no», se echó las manos a la cabeza.

—¿Qué pasa, Juan? —saludó con su habitual alegría—. He venido un poco antes de lo que me dijiste. Así te hago un poco de compañía, y ya luego nos damos la vuelta de rigor —le guiñó un ojo.

No le dio tiempo a decir nada cuando por la derecha llegaron a la puerta tres personas, dos mujeres y un hombre. Él iba vestido de oficial de las SS, al completo, de pies a cabeza, ellas iban disfrazadas de putillas nazis. Rafael no podía parar de mirar al hombre y de forma alterna a Juan.

—Código —soltaron los tres a coro con una sonrisa viciosa, pasando al instante al interior del local.

—Pero ¿qué tipo de fiesta es esta? —preguntó Rafael empezando a reírse—. ¿Esos eran el cadáver reencarnado de Himmler y sus putillas del Valhala? Menudos guarrones estos nazis de ahora, en mi época no eran así. Antes no la metían en caliente ni pagando.

—No son nazis, imbécil —respondió Juan renegando con la cabeza.

—¿Entonces qué son? Llevaban esvásticas —se encogió de hombros.

—Pues pervertidos. Con el dichoso código, que es ir disfrazados de… bueno, de…, qué más da —terminó refunfuñando y cruzándose de brazos.

—¿Y qué haces trabajando en una fiesta de pervertidos? —preguntó Rafael mirándole a los ojos.

—Joder, no lo sé —atinó a contestar Juan gesticulando en exceso —. Vélez me ha engañado, o no lo sabía. Te juro que yo no lo sabía.

—Ay, guarrete —le dio un par de toquecitos en la espalda con la mano abierta—. A ver si me voy a chivar a Sara.

—No tiene ni puta gracia —le señaló con el dedo índice—. Para de bromear con esto. Además, ya me iba a ir, no soporto estar aquí.

—Ya, claro, Juan —sonrió con malicia—. Te ibas a ir justo ahora que te he pillado. Claro, no un momento antes, justo ahora. En este

preciso momento.

Juan no pudo responder, una de las *dominatrix* que había entrado al principio estaba paseando por la calle a un tío extraño como si fuese su perro, de hecho, llevaba una máscara de dicho animal. Se puso enfrente de la puerta y se sentó en la espalda del desdichado con las piernas cruzadas y mirando a Juan. Sin romper el contacto visual con el portero comenzó a pegarle con fuerza con la fusta.

Rafael se tuvo que sujetar a la pared para no caerse de la risa, siempre hacía lo mismo en las situaciones que para él eran cómicas, aunque para los demás fueran trágicas.

—Vamos, Juan, que has ligado —le dio un par de golpes con el codo—. ¿Ahora qué vas a hacer?

Juan estaba petrificado, quería irse de ese antro y de esa maldita fiesta de inmediato. Le daba igual no cobrar y haber trabajado gratis, ya hablaría con Vélez por todo aquello. Cuando la incomodidad estaba al límite otra *dominatrix* se acercó a la que estaba sentada encima y golpeando con la fusta la palma de su otra mano sonrió y se fue acercando poco a poco a Rafael.

—A mí me gustas tú, grandote —le dijo con una sonrisa torticera que dejó entrever varios dientes renegridos.

—Hostias —se puso Rafael serio al instante.

—Bueno, Rafael —intervino Juan—, vamos a quedarnos un poco más. Venga, no es para tanto, puedo aguantar visto lo visto.

—Ni de coña —respondió Rafael—. Aleje ese arma infecta y llena de venéreas de mí, mujerzuela.

—Uy, será gilipollas —comenzó a indignarse la *dominatrix*.

No le dio tiempo a más. Rafael agarró a Juan de un brazo y tiró de él calle abajo alejándose del bar.

—¡Gilipollas! —le gritó la mujer mientras se alejaban.

—Adiós. —Rafael levantó un brazo girándose hacia las dos *dominatrix*—. Cuidaos mucho, *lady* herpes y *lady* gonorrea.

Le gritaron una larga serie de exabruptos, pero Rafael disfrutaba de ese tipo de situaciones. Si hacía perder los estribos a alguien,

para él, era una misión más cumplida con éxito.

Como era costumbre en Rafael, obligó a pararse a Juan en el primer establecimiento en el que dieran comida. Por suerte para él, no tuvieron que irse lejos. En la esquina de la calle con San Bernardo, había una cafetería extraña que cerraba a horas intempestivas. Tras hincharse a *pizza* pudieron empezar con la ronda para la que había venido el policía.

* * *

Acabaron horas después en la puerta de La Vía Láctea, con los pies doloridos y hartos de dar vueltas. Sin Sara, ese día no pudo acompañarlos, las probabilidades de encontrar al sospechoso eran aún menores que de costumbre. Rafael abofeteó a un carterista y amenazaron a un patinetero que estaba acechando a un grupito de chicas con intenciones lascivas, un acosador callejero de tres al cuarto. Poca cosa, nada relevante para la investigación que estaban llevando a cabo.

El violador no había hecho ningún intento en unas semanas, debía estar a punto de volver a actuar, el tiempo apremiaba, pues nunca había dejado más de un mes entre un intento y otro. Tenían otra oportunidad y estaban haciendo más rondas y trampas que nunca para lograr encontrarlo. El equipo estaba agotado, pero estaba dando lo mejor de sí mismo.

A veces, Moisés les pasaba información del grupo de los porteros de Malasaña y acudían raudos a cualquier aviso que pudiera estar relacionado con el sospechoso, pero en todas las ocasiones o habían llegado tarde o había sido una falsa alarma. Los nervios estaban a flor de piel. Sobre todo, para Sara, que estaba cada vez más obsesionada y solo pensaba en matar al violador. Se pasaba muchos días en la galería de tiro desahogándose. En Afganistán había estado en misiones de combate y sabía lo que era cargarse a alguien, a

Juan le daba miedo que pudiera buscarse la ruina, pero sacarle el tema era una pelea intensa garantizada, y los pocos momentos en que podían estar a solas prefería dedicarlos a otros menesteres mucho más placenteros.

—¿Alguna noticia nueva por parte de nuestro querido frente policial? —preguntó Moisés a Rafael.

—Poca cosa. Mi amigo el de Homicidios me ha contado que tienen muestras de semen del violador, pero que no coinciden con nada que tengan en la base de datos —se encogió de hombros—. Hasta que no detengan al violador y cotejen muestras de ADN, no hay nada que hacer.

—¿Me estás diciendo que no están haciendo nada más que esperar? —volvió a preguntar Moisés, aumentando poco a poco la indignación.

—Han reforzado ligeramente las patrullas —respondió Rafael sin justificar a nadie—, pero los jefes tampoco dejan apretar, así que no sirve para nada. Les preocupa demasiado que les tilden de racistas. A mí me tienen harto.

—Ya, ya supongo —suspiró Moisés apesadumbrado—. Yo seguiré atento por si os puedo aportar algo nuevo.

—Claro —intervino Juan—. Nosotros seguiremos.

—Debemos tener cuidado. Los jefes han sobredimensionado lo del grupo que está agrediendo a personas en situación de exclusión por toda la zona. Gracias a mis contactos —Rafael sacó pecho—, se han añadido treinta descripciones nuevas de ese —hizo la señal de las comillas—, «malvado grupo», que no tienen nada que ver con nosotros. Hay tanto emborronamiento que podemos estar tranquilos, pero hay que tener cuidado. La mayoría de los policías piensan que somos héroes, pero para los jefes somos el demonio. Han desplegado a más gente para buscar al grupo «racista» que al asesino.

—Hazme el favor de no decir nada a nadie, que te gusta mucho gustar —le reprendió Juan—. Más con lo desquiciada que está Sara con todo esto. No sé por dónde va a terminar saliendo.

—Claro, puedes estar tranquilo. Soy una tumba. —Rafael hizo el gesto de una cremallera sobre sus labios.

* * *

Justo antes de que fuera la hora de cerrar La Vía y que todos se fueran a sus respectivas casas llegó Claudia desde la plaza. Iba con su contoneo sensual habitual, con un vestido corto azul de verano y su tradicional pamela a juego. Por supuesto, también tenía unos taconazos de quince centímetros que estilizaban sus piernas.

—¿Qué te ha pasado en el Lucy, guapito? —le dijo nada más acercarse a Juan—. Me han dicho que has dejado tirado a Mike.

—Pues claro, menudo antro de pervertidos —se defendió Juan—. Había hasta gente follando en la parte de atrás.

—Claro, pero en eso consisten ese tipo de fiestas —respondió Claudia con su dulce voz, capaz de embobar a cualquiera—. ¿No lo sabías de antes?

La cara de Juan respondió a la pregunta sin que tuviera que decir nada. Moisés y Rafael solo observaban, de hecho, decidieron dejarles solos y se metieron al bar a tomarse algo antes de que cerraran.

—¿Sueles ir a ese tipo de fiestas de pervertidos? —preguntó Juan con el gesto algo torcido.

—Antes iba bastante —hizo una pausa y puso morritos—, pero desde hace un tiempo, no. Llega un momento en que te aburren. Pero cuando eres joven hay que divertirse un poco.

—A mí me ha creado un rechazo importante —renegó con la cabeza—. Me da mucho asco toda esa degeneración.

—Bueno, pues entonces has hecho bien en irte, supongo —dijo con una sonrisa embaucadora, acercándose a pocos centímetros de la cara de Juan.

Este se echó hacia atrás, no sin esfuerzo, mostrando una gran

fuerza de voluntad.

—Clau —atinó a decir mientras los ojos de ella no daban ni un segundo de tregua—, esto me hubiera encantado hace unos meses, siempre me has gustado, pero he encontrado lo que llevo buscando desde hace mucho tiempo. Así que no puede ser.

Claudia esbozó una media sonrisa triste y se encogió de hombros.

—Tú te lo pierdes. Este tren no pasa dos veces —respondió algo airada pasando sus manos por su figura hasta las caderas.

—No me importa. Tengo lo que quiero.

—Pues espero que te dure —respondió dándose la vuelta y marchándose a paso ligero hacia la plaza.

Juan se quedó pensativo hasta que cayó en la cuenta de algo: «Coño, he dominado por fin las distancias cortas», no pudo evitar sonreír. Por primera vez en mucho tiempo estaba orgulloso de sí mismo.

No pasaron más de diez minutos hasta que salieron Moisés y Rafael.

—¿Todo bien, chaval? —preguntó Moisés.

—Sí, todo perfecto. He perdido su amistad para siempre —suspiró—, pero por lo demás todo bien.

—Pues mejor, que le den —intervino Rafael—. No me gustaba nada esa petarda. Cree que vive en París en 1970. Fuera. Además, es una pervertida sexual. Ojalá hubiera estado aquí Sara, seguro que entonces no se habría acercado.

—No, desde luego —rio Juan—. Por cierto —dijo mirando su reloj de pulsera—, me voy que me ha dicho que quería dormir conmigo, aunque fuera un rato. Que os den —se despidió y se fue hacia los Apartamentos Tribunal. Ese día había vuelto a conseguir aparcar allí.

ESTRECHANDO EL CERCO

Las calles en aquella zona estaban desiertas, no había ni un alma que pudiera delatar dónde estaban ni lo que iban a hacer. Era noche cerrada, y frente al Convento de las Comendadoras de Santiago, un edificio de ladrillo marrón que ocupaba buena parte de la calle, se encontraba el piso del objetivo. La calle era estrecha, estaba algo apartada de las zonas más concurridas y era de naturaleza tranquila.

Gracias a los contactos de Moisés habían recibido un chivatazo de dónde vivía un camello de tres al cuarto que conocía a alguien que se jactaba de follar por la fuerza con mujeres en la zona. Este sujeto se había dedicado a propagar sus hazañas entre la comunidad delincuencial, pero al ser okupas, y algunos de ellos indocumentados, no era fácil obtener más información. Solo sabían que ese sujeto podía conocer al violador de Malasaña, e iban a sacarle dónde podían encontrarle, por las buenas o por las malas.

Era el segundo piso del número 20, un piso okupa en el que suponían vivía bastante gente. Este tipo de sitios eran cada vez más habituales en el barrio, que se estaba degradando por momentos. El edificio tenía la fachada deslucida, llena de desconchones, la pintura que quedaba era gris, y en la parte de abajo había grafitis de varios tipos. Sin duda había pasado mejores tiempos.

Como solía pasar en los bloques viejos donde vivían delincuentes, la puerta metálica del portal estaba rota y no cerraba. Con un leve empujón entraron, no sin ponerse unos pasamontañas antes por

encima de las mascarillas sanitarias con las que habían llegado hasta allí, y subieron por unos escalones con la mitad de las baldosas rotas hasta el segundo piso: estaba todo sucio y descuidado.

La puerta de los okupas tenía una cerradura bastante precaria, Sara la abrió de un patadón antes de que Juan y Pedro pudieran asimilar qué iban a hacer. No sabían lo que podía haber dentro, así que siguieron a Sara sacando una pistola táser el primero y una porra extensible el segundo. Dentro solo había un yonqui fumando base, impregnando el ambiente de un fuerte olor a plástico quemado que ocultaba el olor a basura podrida que había por toda la estancia. El yonqui estaba con la cara ida y sin ninguna energía, recostado con la pipa en la mano derecha.

De la habitación contigua al salón salió un delincuente sin camiseta con el pelo rizado corto y los dientes torcidos y amarillos. Llevaba una pistola en la mano derecha, pero no le dio tiempo a apuntar. Sara sacó una Beretta negra de su espalda y le apuntó a la cabeza.

—Deja eso en el suelo, subnormal —le ordenó con voz seria, con la determinación de matarle si no obedecía. Tras el pasamontañas solo se le veían los ojos, pero denotaban que no dudaría en cumplir lo que dijo.

El delincuente obedeció moviéndose con lentitud. Según dejó su pistola, Sara se acercó a él y le golpeó con la culata del arma, tirándole al suelo. Siguió golpeándole hasta que Juan la sujetó. La cara del agredido era una masa sanguinolenta, varios dientes habían salida por los aires cayendo a poca distancia.

Sara se zafó de Juan y le metió la pistola en la boca al delincuente.

—Dime dónde está tu amigo al que le gusta violar y asesinar a mujeres jóvenes —hizo una breve pausa y apretó con más fuerza la pistola—. O me lo dices o te vuelo la cabeza.

El delincuente se orinó y se cagó encima, pero Sara ni se inmutó y no le dio un instante de tregua.

—Tres, dos —comenzó a contar haciendo amago de matarle.

Hizo gestos con los ojos y sonidos raros, pues no podía vocalizar con la pistola dentro de su boca, dando a entender que quería hablar.

—Ti lo diré —tosió con fuerza—, por favor, no matar —dijo justo antes de escupir sangre.

Sara siguió apuntando a su cabeza.

—Solo saber zona. No sé casa. Es desconfiado. Ti lo juro —continuó acelerado, temiendo que cada segundo pudiera ser el último.

Les dijo la dirección que sabía, pero, aun así, Sara le volvió a golpear con la culata del arma hasta dejarle inconsciente, si no la hubieran sujetado le hubiera matado. Juan y Pedro la sacaron casi a rastras de la casa. El yonqui seguía sin dar señales de vida. Dejaron al delincuente tirado en el suelo junto a un charco de sangre. Salieron del edificio y tras comprobar que nadie se percataba de su presencia se quitaron los pasamontañas, dejándose puestas las mascarillas sanitarias hasta alejarse de la calle. Tras hacerlo se las quitaron también y las tiraron a una papelera.

* * *

Todo había salido bien, pero Juan seguía inquieto. Se habían separado de Pedro hacía horas y estaban en casa de Sara, en un piso en Getafe. El salón era amplio y estaban los dos sentados en un sofá alargado que tenía frente a una televisión de grandes dimensiones. Justo a su lado estaba Óscar, un gato arrabalero negro que Sara se había encontrado hacía años en la calle.

—Esa arma que has sacado hoy no es tu arma de tirar en la galería —le dijo Juan intentando no enojarse—, ¿está a tu nombre?

—Pfff, claro que no —respondió ella negando con la cabeza—. Si estuviera a mi nombre no podría dispararla.

—¿Y qué puede pasar si te pillan con ella encima? —preguntó,

aun sabiendo de sobra la respuesta.

—¿Qué hubiera pasado si no llego a llevarla y nos dispara ese hijo de puta? —se defendió ella con otra pregunta—. Alguno de nosotros estaría muerto. He hecho bien en llevarla.

—Pero si te pillan…

—Si la hubiera usado me hubiera deshecho de ella —le interrumpió. Se mantenía firme, sacando pecho por lo que había hecho.

—¿Y si te pillaran con ella antes de usarla? —Juan no paraba de incidir. Estaba empezando a enfurecer a Sara.

—Llevo teniendo armas de toda la vida —respondió con un tono cortante—, no me sermonees ahora —le señaló con el dedo—. Este asunto hay que acabarlo, sí o sí —golpeó con el índice dos veces el sofá—, no lo pienso dejar pasar. Y no quiero oír una palabra más al respecto. ¿O estamos buscando nosotros al hijo de puta violador y asesino para dárselo a la policía y que le suelten por falta de pruebas? ¿Vamos a dejar que siga matando y violando a pobres chicas indefensas?

—A ver, no es que…

—¡Que no! —le interrumpió con un grito que hizo que Óscar se fuera corriendo asustado a otra habitación—. Vamos a acabar con esto, como si tengo que hacerlo sola. No quiero oír una palabra más que la respuesta a esta pregunta: ¿estás conmigo o no?

Tras una pausa larga durante la cual Sara no dejó de mirarle fijamente a los ojos, Juan no pudo sino admitir de forma interna que quizá ella tuviera razón. La quería demasiado para dejarla sola ante cualquier tesitura adversa: iría hasta el final con ella, aceptaría las consecuencias de sus actos si era necesario. Además, sin duda, era lo justo.

* * *

Caminaban los dos solos y sin móviles por Vallecas, por la avenida de la Albufera, habían quedado para dar una vuelta tranquilos y poder hablar de lo que sucedió el día anterior y lo que les quedaba por delante. Ya tenían la zona por la que se movía el asesino, solo les quedaba actuar o cedérselo todo a la policía. Pedro tampoco estaba por la labor de apostar por la segunda opción.

—¿Vas a dejar a Rafael fuera de esto? —preguntó sorprendido.

—Sí —respondió firme Juan—. No quiero que se arruine el trabajo y la vida. Ya lo hacemos nosotros. No quiero que tenga un conflicto de lealtades. Espero que lo entiendas y me apoyes.

—Claro, ya sabes que estoy a muerte con esto —contestó Pedro —. El plan es sencillo, desde luego. No tenemos muchas más opciones.

—Sí. Sara hace de presa, le enganchamos, vienes con el coche, que ya estarás por la zona, y nos lo llevamos —le dio una palmada en la espalda a Pedro.

—Así contado parece hasta fácil.

—No hay nada fácil con estas cosas —esbozó una sonrisa a medias—. Estamos jugando a la lotería, esperemos que nos toque el premio.

Pedro asintió con determinación. Había muchas posibilidades de fracasar, pero el sentido del deber les llamaba a hacerlo.

—Sea, pues —concluyó con determinación.

DOS CAMINOS

La noche se le estaba haciendo pesada a Rafael, iba en el asiento del copiloto del C5, con los brazos cruzados y la mirada perdida hacia el horizonte. Estaba enfadado, pensando todo el rato en que sus amigos no querían darle la información que habían sacado hacía unos días a un sujeto infecto sobre el paradero del asesino violador. «Conflicto de intereses, ¡los cojones! ¿Cuándo había demostrado falta de compromiso con la causa?», pensaba con el gesto algo fruncido. Además, por supuesto, tampoco le dejaban participar en lo que fuera que estuvieran haciendo.

—¿Estás bien? Te veo más callado que de costumbre. Es un alivio, pero me preocupas un poco —intentó Hidalgo sacarle del ensimismamiento.

—Nada, nada —hizo un gesto con la mano derecha desentendiéndose—. Solo estoy pensando.

Estaban patrullando, buscando a unos sospechosos de abrir coches. Desde hacía un tiempo se habían recibido muchas denuncias y los jefes temían que una posible noticia de periódico dejara en evidencia su trabajo. No les gustaba que hubiera alarma social con ningún tema.

Así que ahí estaban los dos, dando vueltas buscando sospechosos por todo el barrio, llevaban más de dos horas y lo único relevante que habían visto era un perro orinando encima a un moderno que estaba medio dormido y borracho en la acera junto a

una papelera sucia. Debía de tener menos de veinticinco años.

«Qué lástima de juventud», pensó Rafael. Ni se estaba enterando de lo que estaba pasando. Hizo parar a Hidalgo junto a él.

—¡Eh, ingeniero! —le llamó dando un grito tras bajar la ventanilla.

El joven se sobresaltó y se giró hacia todas partes buscando quién le había molestado. Tenía los ojos entrecerrados y la boca torcida, incluso boqueaba un poco. Su ropa era sucia y olía mal, debía llevar un par de días de fiesta sin hacer parada por casa.

—Levántate y vete a casa o te voy a detener —le amenazó Rafael —. No puedes estar durmiendo en la calle.

El joven estaba bastante perjudicado. Solo asintió con la cabeza, temeroso de no poder ni responder de forma correcta. Comenzó a levantarse poco a poco, apoyándose en la papelera. El espectáculo era lamentable, pero dio la impresión de que podía andar e irse a su casa a dormir la borrachera. Rafael subió la ventanilla y continuaron con su búsqueda de rateros.

* * *

Las calles estaban tranquilas. Sara iba a estar recorriéndolas toda la noche, el tiempo que fuera necesario. Era un martes de julio y no había casi un alma en el barrio, la mayoría de las calles estaban vacías. Iba con una minifalda pantalón negra, un top y unas zapatillas deportivas a juego. Quería estar cómoda para lo que debían hacer, aunque debía llamar la atención lo mínimo para captar el interés de su presa. Juan la seguía de cerca y Pedro estaba aparcado en la calle acordada, fuera de esa zona, preparado para ir donde le dijeran a recoger el paquete. Todos llevaban móviles de prepago para comunicarse si fuese necesario.

Sara no permitió que nadie la disuadiera de lo que iba a hacer, llevaba la Beretta en una bandolera, presta a usarla si era necesario

para llevarse de allí al asesino. Su determinación era plena. Todos sus años de entrenamiento y su experiencia en misiones de combate la avalaban. No estaba dispuesta a que el asunto que tenía entre manos pasara de aquella noche. Pedro estaba algo nervioso, pero era un conductor excelente, daría la talla. El que más inquieto estaba era Juan, estaba preocupado por Sara, no quería que le pasara nada, y esa noche muchas cosas podían salir mal.

Iba con los auriculares en las orejas, pero ninguna música sonaba por ellos. Sara estaba concentrada, atenta al más mínimo detalle en todo el entorno. Quería parecer distraída, pero nunca en su vida había estado más concentrada en algo. Juan la seguía, pero la perdía de vista cada poco tiempo, pues debía dejar la suficiente distancia para que el agresor actuara sin que él fuera descubierto. Le sudaban las manos, era un manojo de nervios. Ella se estaba arriesgando mucho y no le gustaba estar tan separado de ella.

Anduvo por la calle del Pez y se encontró a unos guiris borrachos en un portal que intentaron importunarla, pero Sara les ignoró, tenía un cometido y no era escarmentar a esos dos babosos. Siguió avanzando y giró hacia la calle de la Madera. Estaba desierta; continuó a paso rápido hasta llegar al cruce con la calle de El Escorial. Juan iba bastante atrasado.

Había un silencio antinatural, roto por el motor de algún coche solitario o el ladrido de algún perro lejano. Las calles seguían sin estar limpias, pero no estaban tan sucias como de costumbre.

Una figura embozada y oculta en un portal vio girar a Sara y comenzó a seguirla pegada a la pared, acortando distancia y de una forma tan silenciosa y cuidadosa que para cualquier espectador hubiera sido algo perturbador. Juan aún estaba en la calle de la Madera, cuando llegó a la calle de El Escorial, Sara estaba girando hacia la calle del Molino de Viento. Al ir su perseguidor pegado a la pared y no por el medio de la calle, Juan no se dio cuenta de que nada más girar ella lo hizo él, desapareciendo la posibilidad de que le viera. Desde un cruce a otro había bastante distancia, y la calle era bastante oscura.

Cuando se acercaba a la calle por la que había girado Sara, oyó ruidos de pelea. «Mierda», pensó con el corazón en un puño. Sacó su pistola táser con las manos temblorosas y corrió como no lo había hecho en su vida.

* * *

El C5 iba despacio por la calle del Espíritu Santo, rumbo a la plaza Juan Puyol, esperando por lo menos ver a alguien que rompiera su aburrimiento, ya que llevaban un rato en el que no habían visto ni a un alma. Pero no tuvieron suerte, en la plaza tampoco había nadie. Iban a seguir en dirección a Corredera Alta de San Pablo cuando vieron que desde San Andrés venía una mujer con una pamela rosa.

—¡Hombre, qué suerte! —exclamó Rafael sobresaltándose y feliz —, el fin de nuestro aburrimiento. «Esa es la golfa que era amiga de Juan y fue una idiota», pensó sonriendo.

Rafael se bajó del coche a la altura de Claudia. Hidalgo se quedó en el vehículo, le daban mucha pereza las acciones de Rafael para no aburrirse, siempre estaba parando y molestando a gente extraña por la calle.

—Documentación, por favor. ¿Lleva algo que pueda perjudicarle encima? —preguntó con tono serio, a pesar de que por dentro estaba divirtiéndose.

—Eres el amigo de Juan, corta el rollo —respondió enfadada.

—No haga que me repita, señorita. Documentación y enséñeme lo que lleve en el bolso —insistió Rafael elevando el tono.

Claudia suspiró y sacó el DNI renegando. Abrió el bolso y se lo enseñó.

—¡Ja! ¿Qué es esto? —preguntó sacando un espray de defensa personal.

—Me lo dio tu amigo para defenderme. Me dijo que era legal.

Rafael agitó el espray, estaba casi vacío.

—¿Lo ha usado? —siguió hablándole de usted—. Esto ya no sirve, está casi vacío.

—Sí, lo usé contra dos borrachos que empezaron a babosearme.

Rafael sonrió y asintió con gesto de aprobación.

—Ha hecho muy bien, pero hágame el favor de comprarse otro porque este ya no le saca de ningún problema.

Claudia se relajó y sonrió.

—Así lo haré.

—Tenga cuidado, señorita. A estas horas el ambiente se vuelve peligroso.

Rafael le devolvió el DNI y volvió al vehículo. Pensaba hacérselo pasar un poco mal, pero le gustó que ajusticiara a esos babosos. Le había caído bien al final.

Arrancaron y siguieron adelante hasta el cruce con la calle de la Madera, en la cual giraron y continuaron hasta la calle de Don Felipe.

* * *

No se dio cuenta de nada hasta que el acechador estaba prácticamente encima de ella, sintió un abrazo por la espalda, pero su capacidad de reacción era envidiable. Agarró con las dos manos el brazo del agresor que se cernía sobre su cuello, metió mentón para que no pudiera ahogarla y en un movimiento rápido, antes de que pudiera cerrar, la presa giró con violencia hacia afuera librándose de su peligroso agarre.

Frente a frente tenía a quien había estado buscando durante tanto tiempo. Estaba fuera de sí, hiperventilando, presta a lanzarse al ataque. Sus ojos pedían muerte. El agresor se adelantó e intentó golpearla, pero Sara se cubrió con agilidad y encajó el golpe. Intentó devolvérselo, pero una frenética lluvia de puñetazos la obligó a

cubrirse y lanzarse a agarrarle. Su adversario era más alto y pesado que ella. Le agarró en *clinch* en un instante entre golpes y tirando de él hacia abajo y a la derecha le dio un rodillazo en la cara que le hizo irse para atrás. Ella le soltó y le lanzó un uno-dos del que solo impactó el segundo, haciendo que la sangre comenzara a manarle de la nariz de forma profusa.

Siguió echándose hacia atrás y sacó con un movimiento ágil un cuchillo de su espalda, lanzando sin mediar ni un segundo un golpe diagonal a la cara de Sara. Esta, que estaba lanzada hacia delante, no tuvo tiempo de sacar su arma ni de esquivar debidamente el golpe, tuvo que seguir hacia delante e intentar bloquear el ataque a la desesperada, lo cual logró por azar con la parte de atrás de su antebrazo izquierdo. El asesino cambió de táctica e intentó ensartarla con el cuchillo, que era de grandes dimensiones, lanzando una fuerte estocada a su estómago, pero Sara, que tenía una pared de un edificio a la espalda, estuvo más rápida. Salió hacia su izquierda desviando con su mano el arma y dejó pasar a la nada el golpe del enemigo.

El asesino lanzó una serie de golpes alocados hacia ella intentando cortarla y haciendo que Sara fuera incapaz de sacar el arma que llevaba en la bandolera, el agresor no le daba un momento de respiro. Cuando estaba retrocediendo de forma ordenada, controlando la distancia del enemigo, fintando golpes e intentando abrir espacio para sacar la Beretta y disparar, pisó un adoquín en mal estado y cayó hacia atrás.

La mirada desencajada, perturbada y enferma del asesino saboreaba ya su victoria, pero desde el final de la calle llegaba alguien dando gritos. Levantó un instante la vista, el tiempo justo para ver que alguien más llegaba y que llevaba algo que parecía una pistola en la mano. Sara no necesitó más tiempo, primero se levantó para evitar ser apuñalada y a continuación se echó la mano a la bandolera; pero no tuvo opción de disparar, cuando quiso sacar la Beretta el asesino corría ya calle arriba.

—¡Joder! —gritó cuando vio que no estaba a tiro. Estaba tan

agotada que no se veía capaz de atraparle, pero Juan era harina de otro costal.

—¿Estás bien? —preguntó Juan llegando a la carrera.

—¡Corre! No te detengas. Píllale —atinó a hablar entre jadeos señalando hacia donde había huido el asesino violador.

Juan apretó a correr, la rabia le consumía y le daba fuerzas, pero a una veintena de metros del cruce con la calle de Don Felipe tuvo que detenerse en seco.

* * *

El asesino corría por su vida, pero justo cuando llegaba al final de la calle se cruzó con un C5 Aircross de la Policía Nacional. Dudó en qué hacer, pero la tesitura de que le pillaran sus perseguidores era peor que una detención de la policía de la que podría salir con facilidad con un abogado. Sonrió, tiró el cuchillo al suelo, levantó las manos y se acercó al coche patrulla.

Rafael bajó del coche, no le dio buena espina un personaje con esas pintas de lumpen corriendo así a esas horas. Cuando vio que tiraba el cuchillo sacó su pistola, no se fiaba nada de ese tipo. Hidalgo salió también del coche, aunque no le extrañó la actitud de su binomio teniendo en cuenta cómo estaban las cosas en los últimos tiempos.

Estaba apuntando al sospechoso, le pidió a Hidalgo que le esposara y le metiera en el coche. Miró hacia abajo y vio a poca distancia a su amigo Juan. Tenía la mirada desencajada, respiraba con fuerza, moviendo la caja torácica más de lo normal. Mantenía tensión en todo el cuerpo, parecía que la ira le consumía, pero no movía ni un músculo, ni pestañeaba. Por supuesto, Hidalgo también le había reconocido, pero no dijo nada. Redujeron y esposaron al criminal, metiéndolo en la parte de atrás del coche.

No hizo falta que le dijera nada ni que se acercara a Juan. Sabía

a la perfección lo que había pasado y quién era el detenido. No era un ladrón que se habían encontrado en una patrulla, su mirada, al igual que la de Sara antes, era la de la muerte, la del que actúa a las órdenes de esta como su fiel guadaña.

—¿Qué hacemos con tu amigo, Rafael? —Le sacó de su ensimismamiento Hidalgo.

—Nos vamos —respondió yendo hacia el coche.

—Pero… —comenzó a decir señalando hacia Juan.

—He dicho que nos vamos —insistió interrumpiéndole sin dar pie a réplica ninguna.

Hidalgo miró una última vez a Juan y se preocupó: parecía fuera de sí, como si estuviera loco. Se metió en el vehículo y arrancó el coche. Rafael no decía nada; solo miraba al frente, absorto en sus pensamientos y con la cara desencajada. Tenía la misma mirada acerada que su amigo Juan, parecía que se le había contagiado.

—Rafael, di algo —intentó Hidalgo hacerle reaccionar—, me estás preocupando. De repente estás como ido.

La cabeza de Rafael iba a diez velocidades más de lo normal. Siguió sin decir nada durante unos segundos. En su cabeza se abrían dos caminos, y no tenía claro qué era lo que debía hacer. De repente, rompió el silencio.

—Gira a la derecha —indicó sin cambiar ni un ápice su expresión y con un tono más tétrico del que tenía acostumbrado a su compañero.

—Pero la comisaría está por la izquierda —respondió Hidalgo con preocupación.

—He dicho que gires a la derecha —insistió Rafael volteándose hacia su compañero con una mirada que no permitía discrepancia alguna.

Hidalgo suspiró y se lo pensó por un momento.

—¡Que gires! —gritó Rafael agarrando el volante y moviéndolo hacia la derecha.

—Vale, vale. Tranquilo —intentó apaciguarlo Hidalgo yendo hacia donde le indicaba su binomio.

* * *

En un sótano lóbrego y húmedo en las afueras de la ciudad, un hombre estaba atado y amordazado a una silla vieja de madera en el medio de la estancia. Tenía una capucha en la cabeza. Todo estaba en silencio, exceptuando el goteo intermitente que llegaba de un grifo cercano. Intentó gritar desesperado, pero la mordaza que llevaba le impedía hacerlo. Los ruidos que emitía apenas llegarían a oírse a un metro de la estancia en la que se encontraba.

Oyó chirriar una puerta metálica a su espalda y empezó a intentar gritar de nuevo con desesperación. Una mano femenina apuntó a su cabeza y no le tembló el pulso: una bala del calibre nueve le perforó el cráneo, quedando incrustada en su interior. Quedó atado a la silla con la cabeza colgando hacia un lado de forma antinatural. Un charco de sangre oscura se formó a su alrededor en el suelo. Un instante después, la puerta volvió a chirriar dejando al asesino violador de mujeres de Malasaña en un profundo sueño del que no volvería a despertar.



ROBERTO VAQUERO (Madrid, 1986) es historiador y escritor. Actualmente se está doctorando en historia contemporánea por la Universidad de Valencia. Es presidente del Frente Obrero desde junio de 2022. Colabora y publica en revistas de historia, como por ejemplo en «*La Razón Histórica*». Ha publicado una antología de relatos, «*Historias de la cárcel*» (2021) y una novela de ciencia ficción «*Tiempos de Infantería*» (2023). También ha publicado varios ensayos políticos y libros de historia en los últimos años. Colabora habitualmente como columnista en la revista Zenda con su sección propia, *El Baluarte*. Audiovisualmente, tiene un canal de divulgación y crítica política en YouTube y colabora asiduamente en el programa televisivo Horizonte de Iker Jiménez, en Cuatro.

Notas

[1] Las dos referencias a bofetadas policiales son un homenaje al buen humor del Molestador Nocturno y su libro referente a estas. <<